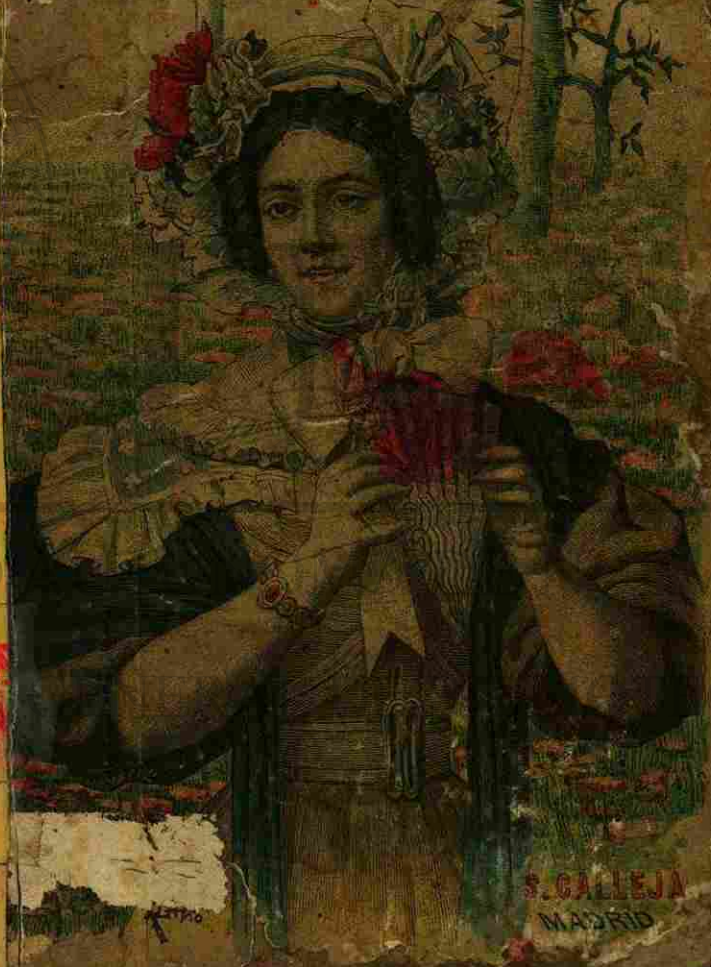


LA PIEL DEL LEON



S. GALLEJA
MADRID

2196

EDICIÓN

206

88p

PQ2196

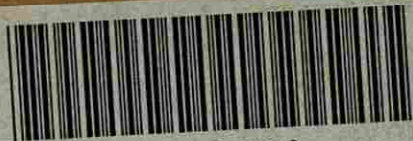
.B4

P68

1906

B518p

La piel del león Ch de Bernard



1020026110



BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS

DE

AUTORES CÉLEBRES

XXIII

Núm. Clas.

Núm. Autor

Núm. Adg.

Procedencia

Precio

Fecha

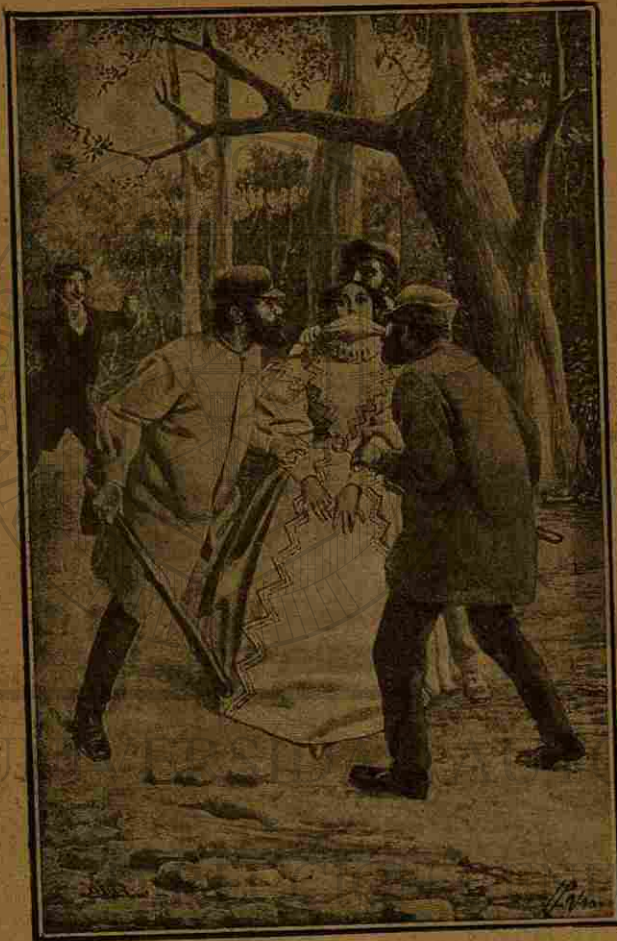
Clasific.

Analogo

N.
B 578
29773
-8-

DIRECTOR:

Rafael Calleja Gutiérrez.



...y para ahogar sus gritos le aplicaron sobre la boca
un pañuelo...

CH. DE BERNARD

LA PIEL DEL LEÓN

VERSIÓN CASTELLANA

ILUSTRACIONES DE L. PALAO



29773

MADRID
SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

Calle de Valencia, núm. 28.

México: Herrero Hermanos, Sucesores.

243 PQ 2196

13

B.4

P68

1906



ES PROPIEDAD

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

116710

BIBLIOTECA

"ALFONSO REY"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Imp. de E. Teodoro, Amparo, 102 y Ronda de Valencia, 8.



LA PIEL DEL LEÓN

I

El fantasma rojo.

Entre Compiègne y Verbiere, á un lado de la carretera, se divisa una casa aislada, muy conocida de los ribereños del Oise y de los que frecuentan la antigua posesión regia, porque en ella encuentran albergue, mediante la correspondiente retribución, cuando, alejados de sus pena-

en sus manos se entrecocaban convulsivamente. De repente soltó una y otra y un momento después cayó de espaldas ante los ojos de Servian, en extremo sorprendido ante semejante desenlace.

II

La prueba nocturna.

Al ver desplomarse como una masa inanimada al fantasma del ropón rojo, salió Servian de su escondite, recogió la linterna, que en su caída no se había apagado, y, sin aparentar emoción, sino simplemente curiosidad, se acercó al personaje misterioso, que permanecía tendido sobre el césped. Con una mano palpó las ropas y se confirmó en la creencia de que el cuerpo que cubrían, aunque de muy fantástica apariencia, era en realidad de carne y hueso; y con la otra mano colocó la linterna ante el rostro del desconocido, á quien el repentino resplandor de la luz no hizo abrir los ojos y cuyo rostro, tan blanco como si estuviera pintado de yeso, conservó la fúnebre inmovilidad que caracteriza la faz de los difuntos.

—¡Cáspital, el aparecido se ha desmayado—se dijo Servian.—Parece que no esperaba mi contestación. Desearía, sin embargo, que recobrase el conocimiento; me inspira curiosidad saber si habla mejor que canta.

Después de haber recapitado un momento sobre los medios de dar fin á un desmayo que llevaba camino de prolongarse indefinidamente, recordó Servian que á algunos pasos de allí corría un arroyuelo cuyos caprichosos giros constituían uno de los principales atractivos del parque del señor Herbelin. Iluminándose con la linterna, á él se encaminó inmediatamente y sumergió en la fresca corriente un pañuelo que llevaba en el bolsillo. Regresando con igual presteza que á la ida, aplicó ese remedio improvisado sobre el rostro del hombre desvanecido, quien en el mismo instante entreabrió los ojos é hizo un esfuerzo para incorporarse.

Animado por este resultado, Servian retiró el pañuelo, que, debido al agua que lo empapaba, se había adaptado á las facciones del desconocido; y entonces vió, con sorpresa cercana á la estupefacción, que la sobrenatural palidez de aquél había milagrosamente desaparecido, dejando sólo

tal cual mancha blanquecina como vestigio de su existencia. Sin desconcertarse ante el nuevo fenómeno, Servian frotó rudamente con el pañuelo mojado el rostro del fantasma, quien, bien pronto reanimado por la helada fricción, dió un brusco respingo y se quedó sentado. Al efectuar este movimiento, el rojo capuchón que le envolvía la cabeza cayó sobre sus hombros y dejó al descubierto una morena y espesa cabellera, cuyos sedosos rizos hubieran merecido adornar la frente de una linda muchacha.

—Pero, ¿si es el loco de Félix!—exclamó Servian, aproximando de nuevo la linterna á los ojos del exfantasma, cuyo rostro lívido se había repentinamente convertido en la cara llena de salud de un guapo mozo de diez y ocho años.

—*Et lux... perpetua... luceat eis*—murmuró el joven con voz entrecortada.

—¿Estás loco, ó eres sonámbulo?—dijo Servian, quien, al observar la expresión de terror impresa en las facciones de su sobrino, perdió toda gana de reír y se sintió un tanto inquieto.

—... *luceat eis*—balbuceó por segunda vez Félix Cambier, paseando en torno suyo su mirada extraviada é imitando la entonación sepulcral

que su tío había empleado.—El muerto ha hablado... ¡Qué espantosas tinieblas!... El cosaco... Pero, ¿soy un espectro?... Quitá ese espejo...; que no vea ese rostro espantable... Prefiero que me fusilen como al cosaco... ¡Oh, mi cabeza! ¡mi cabeza! ¡Dios mío! ¿Iré á volverme loco?

Al decir estas palabras se llevó Félix las manos á la frente, que oprimió con fuerza, como para ahogar la demencia cuyos primeros accesos creía ya experimentar; después se dejó caer hacia atrás y pareció próximo á perder de nuevo el conocimiento.

Servian, cuya ansiedad habían recrudecido aquel lenguaje incoherente y aquella convulsiva pantomima, le retuvo en sus brazos y con voz suave, como la de una madre que habla con su hijo:

—Vuelve en ti—le dijo;—todo esto no era más que una pesadilla y ya estás despierto. Vamos, háblame y explícame lo que significa esta mascarada... Pero, ¡mírame!

El joven Cambier entreabrió los ojos y los cerró al instante con espanto.

—¿Es que no me ves?—continuó Servian.—¿Es que no conoces á tu tío?

—Cosaco..., espejo... *Lux perpetua*,—balbuceó Félix, dando diente con diente.

—Pero, ¡cáspita!, estás temblando—prosiguió Servian, que creyó oportuno utilizar la burla como recurso.—¡Cómo! ¡Un hombre hecho y derecho, un bachiller en letras, un guerrero que va á ingresar en Saint-Cyr, temblar como una chiquilla á quien se le habla del coco! No es mi sangre la que circula por tus venas. ¿Es que no tienes corazón? ¿Es que eres un cobarde?

Esta última palabra produjo un efecto mágico sobre el futuro oficial, que de un salto se puso en pie. Después de mirar en torno suyo con la expresión del hombre que sale de un sueño, fijó la mirada en su interlocutor, que á la sazón se dedicaba á recoger la linterna y el espejo.

—Señor Tonayrion—dijo con voz que, no el temor, sino la cólera, alteraba;—la broma será muy graciosa, pero á mí me resulta estúpida. Demostraré cuando usted quiera que no soy un cobarde y que usted no es más que un imbécil.

—¡Bravo, Félix!—exclamó Servian incorporándose.—¡Ya he encontrado á mi Cid! Es una suerte para mí no ser ahora el señor Tonayrion, porque veo que ibas á hacerme pasar un mal rato.

—¡Cómo! ¿Es usted, tío?—exclamó el joven, estupefacto al reconocerle;—¿es usted el que hace un momento me ha?...

—Asustado tanto; yo mismo.

—¡Asustado! Usted no me creerá tan niño como para eso,—dijo Félix, ruborizándose hasta las orejas.

—¿Por qué negarte á reconocerlo? Los mayores héroes no están exentos de esa debilidad y sólo los fanfarrones pretenden no haber tenido miedo nunca. Pero, ahora que te veo repuesto del susto, ¿querrás explicarme qué significa la escena que acabas de representar? ¿Ha sido un acceso de sonambulismo? ¿Ha sido resultado de una apuesta? ¿O es que en casa del coronel se celebra un baile de máscaras?

Durante este diálogo, Cambier había acabado de recobrar su aplomo. Incluyó la cabeza, confundido, y cuando la levantó, gruesas gotas de sudor humedecían su frente y dos lágrimas temblaban en el borde de sus párpados.

—Tío mío—dijo con entonación patética,—usted me ha demostrado siempre cariño paternal y estoy seguro de que no querrá ocasionarme una pena mortal.

—Ni siquiera una pena pequeña—respondió Servian afectuosamente.

—Pues bien; entonces, deme usted su palabra de honor de que no dirá nunca, á nadie en el mundo, una sola palabra de lo aquí acaba de ocurrir. Piense usted en que, si me niega lo que le pido, me siento capaz de todo.

—¡De todo! Eso es un poco vago; ¿de qué te sientes capaz en particular?

—De saltarme la tapa de los sesos—dijo Félix trágicamente.

—¡Diantre! ¡Nada menos que eso! ¿Y por qué, si es que haces el favor de decírmelo, quieres saltarte la tapa de los sesos?

—¿Por qué?—contestó el futuro alumno de Saint-Cyr, de cuyos ojos, semejantes á un cielo tempestuoso, brotaban á la vez lágrimas y relámpagos.—¿Me pregunta usted que por qué? Porque soy indigno de vivir; porque, á mis años, tengo menos corazón que un chiquillo; porque he merecido que me tilde usted de cobarde; porque soy un gallina, un poltrón, ¡UN NIÑO!—exclamó finalmente Félix, que, á modo de última y definitiva bofetada que propinarse, no encontró nada más enorme que la palabra *niño*, el vocablo más

ignominioso en todos los idiomas á los ojos de un hombre de diez y ocho años.

—¡Vamos! ¿Está bien que lllore un soldado?—respondió Servian, reprimiendo una sonrisa.—Vamos, sécate los ojos; te prometo no decir nada que pueda comprometer tu reputación.

—Es que, como usted comprende, tío,—continuó el héroe en agraz, un tanto tranquilizado con las seguridades que acababan de dársele;—si la señora Caussade supiera que he tenido miedo, se burlaría de mí desde por la mañana hasta la noche y á eso preferiría recibir un balazo en la cabeza.

La sonrisa que retozaba en los labios de Servian desapareció súbitamente.

—¿Por lo visto, tienes en mucho la opinión de la señora Caussade?—dijo á su sobrino, mirándole con fijeza.

—A menos de carecer de alma, ¿cómo no he de tenerla?—respondió el joven con exaltación;—¡es tan hermosa, tan ingeniosa, tan burlona! ¡Tan encantadora cuando sonríe á una persona, tan terrible cuando la satiriza! Posee tan hermosos ojos negros, dientes tan blancos, un continente tan vivo y tan noble á un tiempo mismo, un ta-

lle tan seductor; ¡tanta gracia en cuanto dice, en cuanto hace!... ¡tantal!...

—La señora Caussade es una mujer encantadora; lo sé desde hace mucho tiempo— interrumpió Servian con seriedad;— así, pues, huelga el entusiasmo. Y ahora, conviene que nos encaminemos á casa del coronel, porque no creo que abrigues, ni yo tampoco, el proyecto de tomar por cama la *Fosa del Cosaco*. De paso, vas á referirme el motivo de haberte encontrado en plena noche y en sitio semejante con ese grotesco equipo, que ha debido hacer morir de miedo á todas las lechuzas del parque.

—Usted sabe que en casa del coronel se vela hasta bastante tarde— contestó Félix, echando á andar al lado de su tío;— unas veces se juega al *whist*, otras se hace música. Esta noche se hablaba de fantasmas y de aparecidos. El coronel refería una aventura que le había acaecido en un cementerio, en Alemania. El señor Tonayrion, un fatuo á quien detesto por sus trazas insolentes, el guapo señor Tonayrion, se atribuía igualmente un papel en dos ó tres escenas de la misma clase, á cual más increíble. Únicamente yo, que carezco de imaginación para inventar hechos fa-

bulosos, nada tenía que referir; pero, como no me convenía parecer deslumbrado por las fantásticas proezas del señor Tonayrion, me tomé la libertad de poner en ridículo aquellas maravillosas aventuras, buenas cuando más para asustar á los niños. A renglón seguido me retaron á probar con obras la absoluta incredulidad que manifestaba. La señora Caussade me miraba con su maliciosa sonrisa, que tanto temo; parecía dudar de mi firmeza y conocía yo que deseaba ponerla á prueba. Usted seguramente comprende que, puestas las cosas en tal estado, aunque hubiera tenido yo que afrontar una batería cargada de metralla, me era imposible eludir el compromiso.

—¿Qué compromiso?— preguntó Servian, un tanto impaciente.

—Verá usted. Yo me obligaba, con el traje que llevo...

—¿Este hermoso ropón colorado? ¿De dónde has sacado espantajo semejante?

—Es una magnífica bata, estilo medioeval, que me hicieron en París. aún no hace un mes— replicó Félix, algo picado al ver de qué irreverente manera se trataba á su prenda favorita.— Digo, pues, que se convino en que, vestido con

esta bata, que con el capuchón levantado tiene apariencias verdaderamente aterradoras, con el rostro pintado de blanco, con una linterna en una mano y en la otra un espejo en el que debía de mirarme constantemente, cruzaría el parque, que de aquí á la casa tiene, por lo menos, medio cuarto de legua de longitud, y vendría á cantar un versículo del *Requiem* sobre la tumba del cosaco. Para comprobar que he realizado la prueba hasta el fin, debo presentar un trozo de la corteza del plátano inmediato. Como en todo el parque no existe un solo árbol de esa especie, se consideró decisivo tal medio de prueba.

—¿Es la señora Caussade quien ha establecido los detalles de tan divertida broma?—preguntó Servian, con entonación reveladora de vivo descontento.

—La señora Caussade, el coronel, el señor Tonayrion, todos emitieron su parecer para hacer mis trazas lo más terroríficas posible. Queriendo de buena voluntad seguir la corriente, no sólo consentí en todo ello, sino que también puse algo de mi parte; á mí fué á quien se ocurrió la idea de pintarme de blanco la cara. Para acabar, una vez ataviado, me puse en camino. Al principio

todo marchó perfectamente. Oía detrás de mí el socarrón del coronel, la risa burlona de la señora Caussade, y yo mismo, al ver mi rostro enyesado, apenas podía conservar mi seriedad; más de una vez estuve á punto de echarme á reír. A medida que adelantaba, las bromas que desde el salón se me dirigían llegaban hasta mí más indistintamente. Poco á poco, llegué á no oír nada y me encontré solo en medio de la noche cerrada y de un silencio solemne. En vano aguzaba el oído, queriendo percibir algún ruido: ni un soplo de viento, ni el canto de un pájaro, ni el rumor que produce al caer una hoja seca. El parque entero estaba mudo como una tumba.

A pesar mío, la tristeza de esa tranquilidad absoluta y el espesor de las tinieblas en que me veía envuelto me hicieron experimentar entonces una inquietud indefinible. Avergonzado al darme cuenta de aquella emoción naciente, quise burlarme de ella y de nuevo empecé á reirme de mi cara, que no había dejado de contemplar en el espejo ni un solo instante del modo más concienzudo. Pero, probablemente, no era muy franca mi alegría, porque el infernal espejo me envió, en vez de una sonrisa, una mueca espan-

tosa. Entonces... ¿qué diré á usted?: una especie de vértigo se enseñoreó de mi imaginación; cuantas consejas de aparecidos lei en mi infancia acudieron en tropel á mi memoria. Recordé, sin quererlo, los terribles episodios de las más descabelladas novelas.

Las apariciones misteriosas cuyo relato acababa yo de oír perdieron toda su inverosimilitud. Mi imaginación se acaloraba más y más. Acabé por olvidar que se trataba de una apuesta, de una prueba, de una broma, en una palabra, y me pareció ser juguete de una de las visiones á las cuales no había querido dar crédito. La horrible fisonomía de la cual, por sortilegio diabólico, no podía separar la vista, me devoraba con los ojos y adoptaba una expresión cada vez más aterradora. Sin duda, la emoción, que yo trataba de avasallar, alteraba mi rostro, que, al reflejarse en el espejo, resultaba para mí mismo algo desconocido, sobrehumano y espantoso.

Medio loco, proseguí, sin embargo, mi camino, impulsado no sé por qué energía ajena á mi voluntad. Ya no pensaba ni me daba cuenta de mis actos; el espectro del espejo, que veía retroceder ante mí, me arrastraba consigo, sin que yo tuviera

energía suficiente para sustraerme á su influjo.

Lo que pasó en mi cabeza durante el resto del trayecto es un sueño como los que deben sufrir-se en un manicomio y que me desquiciaría el cerebro si tratara de reconstituirlo en sus detalles. Llegué ante la *Fosa del Cosaco*, llevé á cabo maquinalmente lo que me estaba prescrito, arranqué el trozo de corteza y entoné el *Requiem*: lo recuerdo admirablemente. Después, una voz espantosa contestó á la mía y me hizo perder el escaso buen sentido que todavía conservaba. ¿Confesaré á usted mi debilidad, mi estupidez?; me pareció que acababa de cometer un sacrilegio y que el cosaco se alzaba en su tumba para castigarme. Sentí que perdía la cabeza y que se me helaba el corazón; después de esto, no recuerdo nada.

Servian había escuchado á su sobrino con expresión distraída.

—Es la misma de siempre—dijo, hablándose á sí mismo entre dientes, cuando Félix hubo terminado su relato;—irreflexiva, voluntariosa, exigente y sin reconocer más ley que su gusto, ni más regla que sus caprichos. Como los salvajes de que habla Montesquieu, cortaría el árbol por coger el fruto. ¡Qué lástima!

Ambos guardaron silencio durante algún tiempo; de repente, hacia el fondo de la alameda por que transitaban, divisaron una luz que venía hacia ellos.

—¿Será otro aparecido?—dijo Servian sustrayéndose á sus meditaciones.

—Es á mí á quien buscan—respondió Cambier con inquietud;—les habrá parecido que tardaba mucho y hasta quizás crean que no he podido realizar la apuesta. Tío, ¿recuerda usted lo que me tiene prometido?

—Tranquilízate—contestó Servian sonriendo;—si me preguntan, daré buenos informes de tu valentía.

—Búrlese usted de mí cuanto quiera, con tal de que las burlas queden entre nosotros—repuso Félix con apresuramiento;—delante de ella, sobre todo, ni una broma, ni una palabra, se lo suplico.

—*Delante de ella...* El colegial no gasta cumplidos—pensó Servian, á quien su sobrino desagradó en extremo sin darse cuenta de ello;—esa mujer le tiene sorbido el seso. Pero, ¿con qué derecho habría yo de darle una lección? A su edad, más que á la mía, es lícito estar loco.

En este intervalo, la luz que habían divisado se acercó considerablemente y bien pronto pudieron vislumbrar un grupo que se adelantaba hacia ellos. A la cabeza se encontraba un criado provisto de una linterna. Detrás de él el coronel Herbelin marchaba, marcando el paso militarmente y conservando regularmente las distancias, como hace el oficial de ronda con el porta-farol que le precede. En la misma línea, la señora Caussade, envuelta en un largo chal con el que se cubría la cabeza, andaba apoyada en el brazo del señor Tonayrion, quien, á juzgar por las frecuentes carcajadas que se oían, se esforzaba en entretenir la alegría de su pareja.

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el coronel con voz estentórea cuando los dos grupos estuvieron lo bastante próximos entre sí para oírse mutuamente.

—Dos fantasmas en lugar de uno—repuso Servian, con entonación no menos formidable.

—¡Eh! Si no me engaño, es nuestro amigo Servian—exclamó el señor Herbelin cuando, á la luz de las dos linternas reunidas, pudo examinar las facciones del nuevo huésped que se le deparaba y estrechando su mano cordialmente.

Devolvió Servian al coronel el amigable apretón de mano; después se inclinó silenciosamente ante la señora Caussade, quien, al reconocerle, se había ruborizado un tanto, y acabó por cambiar con el Sr. Tonayrion un saludo, igualmente seco por ambas partes.

—¿Quién diantre hubiera esperado el placer de ver á usted esta noche?—dijo el coronel, asiendo de un brazo á su amigo;—le hacía á usted en Italia. Por de contado, espero que habrá usted dado por terminados sus viajes. ¡Más de un año corriendo por esos mundos! Pero ya hablaremos de eso más adelante. En este momento tenemos que confesar á un fantasma. Vamos, Félix, ¡dos pasos al frente!

El joven Cambier obedeció el mandato y, llevándose militarmente la mano á la frente, presentó el trozo de corteza que arrancara al plátano.

—¡Bravo! ¡Bien por los jóvenes!—exclamó el coronel, riendo bondadosamente;—ya sabía yo que había de salir bien de la prueba.

—¿Esa corteza es verdaderamente de plátano?—preguntó la señora Caussade con burlona incredulidad.

—Señora...—dijo Félix ofendido.

—¡Vamos, bueno! No se enfade usted—continuó la joven.—Quiero creer que ha cumplido usted escrupulosamente las condiciones de la apuesta; pero, al menos, ha de confesar usted que ha pasado mucho miedo.

—¡Miedo, señora!—respondió Cambier, desconcertándose á pesar suyo.—Usted no cree lo que dice.

—Lo creo tanto más cuanto que en este momento se pone usted colorado—replicó la señora Caussade implacablemente.

—¡Que me pongo colorado!—dijo el alumno de Saint-Cyr, cuyo rostro pareció competir en color con su espléndida bata;—juro á usted, señora, que se engaña... Para despintarme la cara me he visto obligado á restregármela durante largo rato... Por eso parezco más colorado que de costumbre...; pero, en cuanto á tener miedo..., no soy un niño...; pregunte usted á mi tío...

Servian contestó con un malicioso signo á la mirada suplicante que le lanzaba su sobrino. Adoptando después la seria solemnidad de un testigo que declara ante la justicia:

—Rindiendo homenaje á la verdad—dijo,—

debo declarar que Félix ha desempeñado su papel de espectro con toda valentía. Creo que pocos hombres de su edad hubieran ganado sus espuelas de modo tan intrépido.

—Puesto que el señor Servian se presta á ser fiador del valor de su sobrino, este punto será para nosotros, de ahora en adelante, artículo de fe—contestó vivamente la señora Caussade;—el señor Servian es harto práctico en achaques de valentía para que su opinión no sea autoridad en la materia.

Estas palabras fueron subrayadas con tal expresión de mofa, que cualquiera, sin ser puntilloso con exceso, habría visto en ellas propósito ofensivo. En vez de mostrarse resentido, Servian sonrió.

—Usted me adula, señora—respondió con irónica molestia;—pero no puedo aceptar en serio sus elogios. Lejos de atribuirme una intrepidez heroica, debo confesar que, al divisar á Félix, he estado á punto de emprender prudentemente la retirada.

—¿Creyó usted, sin duda, que era un ladrón?—dijo la señora Caussade, articulando esta última palabra con afectación singular, como si con ella

aludiera á alguna circunstancia conocida tan sólo del hombre á quien se dirigía.

—No siempre me inspiran temor los ladrones—repuso Servian, acompañando la frase con una mirada que, sin duda, convirtió en contrariedad sus burlonas genialidades, toda vez que, en lugar de proseguir la conversación, volvió á asirse al brazo del señor Tonayrion y afectó no hablar más que con él.

Eran ya las doce de la noche cuando efectuaron su regreso á la casa. No tardó mucho el coronel en dar la señal de retirada encendiendo una palmatoria, y, en tanto que los demás hacían otro tanto, Servian se aproximó á la señora Caussade, ocupada á la sazón en cerrar el piano.

—Señora—dijo á media voz, con entonación seria en que se traslucía cierta emoción involuntaria,—opine usted de mí lo bastante bien para creer que no hubiera venido aquí si hubiese creído encontrarla. Toda vez que mi presencia le es á usted desagradable, diga usted una sola palabra y mañana, antes de que usted se levante, me habrá ausentado.

—Estoy en casa de mi padre y no en la mía—repuso la señora Caussade con frialdad un tanto

29773

áspera;—aquí no tengo que dar órdenes á nadie; á usted toca, caballero, apreciar la mayor ó menor inconveniencia de su visita.

Dió fin la dama al diálogo con una ligera inclinación de cabeza y, despidiéndose de su padre, así como de sus huéspedes, salió del salón, donde pocos momentos después no quedaba nadie.

III

El asalto á la diligencia.

Al siguiente día, antes de que la campana hubiera indicado la hora del desayuno, el señor Herbelin, á quien la lluvia había impedido dar por el parque su paseo cotidiano, se encontraba sentado en su alcoba, en donde ponía á mal tiempo buena cara con el auxilio de una larga pipa de espuma de mar.

Dos ó tres golpecitos rápidamente asestados á la puerta interrumpieron su agradable ocupación.

El coronel, como un colegial sorprendido haciendo novillos, se levantó; escondió la pipa, sin tomarse el trabajo de apagarla, en uno de los cajones de su mesa de despacho y abrió la puerta

acto continuo. En el dintel vió á su hija coquetamente ataviada con un lindo traje de mañana.

—Lo hubiera apostado—dijo la señora Causade, quien al entrar empezó por abrir las ventanas para dar salida al humo mal oliente que llenaba la habitación.—¿Cuándo querrá usted corregirse de tan fea costumbre? Merecería usted que se le arrestara.

—¡Arrestarme por haber fumado un cigarrito!—respondió el coronel, con el acento de sumisión familiar á los padres que miman á sus hijos.

—¡Un cigarro! ¿Cree usted que no conozco por el olor su horrendo tabaco de hebra? ¿No es así como se denomina ese veneno? Andese usted con cuidado, porque si alguna vez llego á poner la mano en la pipa...

Furtivamente el señor Herbelin quitó la llave del cajón en que había ocultado el cuerpo del delito y se la echó al bolsillo.

—Vamos, Estela, no gruñas—dijo con entonación cariñosa;—te prometo no usar más que los cigarros del señor Tonayrion; esos los toleras; así, pues, levanta mi arresto y ven á darme un beso.

áspera;—aquí no tengo que dar órdenes á nadie; á usted toca, caballero, apreciar la mayor ó menor inconveniencia de su visita.

Dió fin la dama al diálogo con una ligera inclinación de cabeza y, despidiéndose de su padre, así como de sus huéspedes, salió del salón, donde pocos momentos después no quedaba nadie.

III

El asalto á la diligencia.

Al siguiente día, antes de que la campana hubiera indicado la hora del desayuno, el señor Herbelin, á quien la lluvia había impedido dar por el parque su paseo cotidiano, se encontraba sentado en su alcoba, en donde ponía á mal tiempo buena cara con el auxilio de una larga pipa de espuma de mar.

Dos ó tres golpecitos rápidamente asestados á la puerta interrumpieron su agradable ocupación.

El coronel, como un colegial sorprendido haciendo novillos, se levantó; escondió la pipa, sin tomarse el trabajo de apagarla, en uno de los cajones de su mesa de despacho y abrió la puerta

acto continuo. En el dintel vió á su hija coquetamente ataviada con un lindo traje de mañana.

—Lo hubiera apostado—dijo la señora Causade, quien al entrar empezó por abrir las ventanas para dar salida al humo mal oliente que llenaba la habitación.—¿Cuándo querrá usted corregirse de tan fea costumbre? Merecería usted que se le arrestara.

—¡Arrestarme por haber fumado un cigarrito!—respondió el coronel, con el acento de sumisión familiar á los padres que miman á sus hijos.

—¡Un cigarro! ¿Cree usted que no conozco por el olor su horrendo tabaco de hebra? ¿No es así como se denomina ese veneno? Andese usted con cuidado, porque si alguna vez llego á poner la mano en la pipa...

Furtivamente el señor Herbelin quitó la llave del cajón en que había ocultado el cuerpo del delito y se la echó al bolsillo.

—Vamos, Estela, no gruñas—dijo con entonación cariñosa;—te prometo no usar más que los cigarros del señor Tonayrion; esos los toleras; así, pues, levanta mi arresto y ven á darme un beso.

—Besaré á usted cuando no fume—repuso la señora Caussade con mohina terquedad, que, respecto de cualquiera que no fuera un padre, se hubiera asemejado á coquetería.

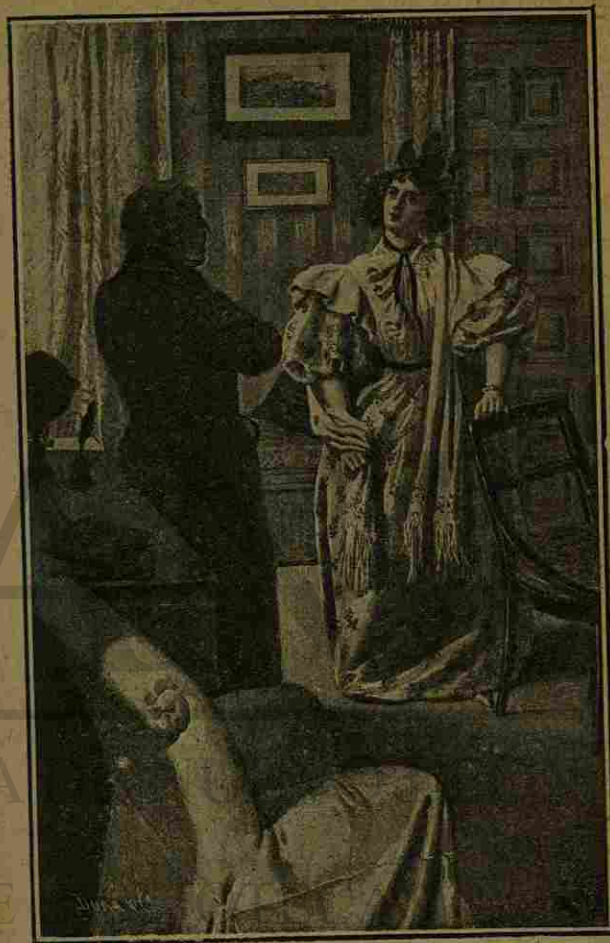
—Como usted quiera, señora—contestó el bueno del coronel, simulando enfado;—pero no creo que haya usted venido aquí con el único objeto de sermonearme. ¿Puedo saber qué es lo que me proporciona el honor de recibir su visita?

—Iba á decírselo—respondió Estela, cuyo rostro encantador adoptó cierta expresión de gravedad:—vengo á despedirme de usted.

—Pero, ¿qué es lo que me dices?—interrumpió el señor Herbelin, mirando á su hija con asombro.

La señora Caussade cogió una silla y se sentó al lado de su padre. Al observar esta maniobra, preludio habitual de las conversaciones confidenciales, éste, á su vez, se puso serio y aguardó en silencio á que la joven se explicara.

—Padre mío—dijo entonces Estela,—sólo pido á usted cinco minutos de atención. Hace año y medio, cuando me quedé viuda, un hombre, á quien usted conoce mucho y que igualmente fué amigo del señor Caussade, pidió mi mano...



... vengo á despedirme de usted.

—¿Sin que yo supiera nada?—interrumpió bruscamente el coronel.

—Sin que usted se enterara. Pensaba mi pretendiente, sin duda, que mi consentimiento había de ser más difícil de obtener que el de usted y juzgó oportuno dirigirse á mí desde luego. Aunque el partido en cuestión me conviniera desde diversos puntos de vista, lo desairé por una razón única, pero á mis ojos poderosísima. Tolerar las atenciones de un hombre cuyas pretensiones no quería aceptar, hubiera constituido una imperdonable ligereza; se me hubiera acusado, y con razón, de coquetería. La persona de quien se trata se vió, pues, obligada á someterse á mi determinación, expresada con toda franqueza, de no volver á recibirla. Un viaje le sirvió de pretexto para alejarse de mí y durante más de un año no hemos vuelto á vernos. Hoy una casualidad, que difícilmente puedo creer no sea algo premeditada, nos ha reunido de nuevo. Esta proximidad me contraría, me estorba, me desagradaba, en una palabra, y estoy decidida á ponerle término lo antes posible; pero no es justo que ello ocasione á usted el menor disgusto, ni quiero privar á usted del placer de recibir en su casa

á uno de sus amigos. Soy yo, pues, quien habrá de ausentarse esta vez. Hoy salgo de París y regresaré cuando haya terminado la visita; espero que el interesado tendrá la discreción de no prolongarla.

—Pero, ¿es de Servian de quien quieres hablarme?—dijo el señor Herbelin, mirando á su hija con expresión de aturdimiento.

—De él mismo—respondió Estela con frialdad.

Levantóse el coronel impetuosamente, dió varios paseos por la estancia con paso acelerado y, deteniéndose al fin ante la joven viuda, dijo bruscamente:

—¡Servian te ha dispensado el honor de pedir tu mano y se la has negado! Si estuviera yo seguro de ello, creo que te desheredaría.

—Pues desherédeme usted, porque es la pura verdad—respondió la señora Caussade, con una sonrisa que parecía desafiar la ira paterna.

—Pero, ¿qué objeción has podido hacerle? ¡A un hombre rico, bien nacido, bien educado, lleno de talento, de cultura y de méritos!... Porque Servian es todo eso.

—Convengo en ello.

—¡Pues entonces!... ¿Será su edad?; ¿le crees demasiado viejo para ti?

—No tiene aún cuarenta años y yo cuento veintisiete. La desproporción no es grande.

—¿Te desagrada su persona?

—No. Me parece bien, por el contrario. Tiene modales agradables y aspecto distinguido.

—¿Reconocerás que tiene talento?

—Talento, cultura, amabilidad, discreción, una muchedumbre de buenas cualidades.

—¿Y no le has aceptado? Pues, ¿qué tienes que echarle en cara?

—¡La menor de las cosas! ¡Una futesa! ¡Una insignificancia!—dijo Estela, dejando asomar á sus labios una irónica y desdenosa sonrisa.

—Pero, ¿qué es ello? ¡Por vida del diantre!—exclamó el coronel, profiriendo en su impaciencia el terno mayor que su hija le permitía.

La señora Caussade aproximó su silla á la butaca en que su padre había vuelto á tomar asiento y bajando la voz, como si temiera que alguien pudiese oirla desde fuera de la habitación, dijo:

—No conozco á su amigo Servian más que un defectillo; el de ser...

—De ser ¿qué?

—¡Cobardel!

—¡Cobardel!—repitió el señor Herbelin, con tanta indignación como si el ultraje hubiera sido dirigido á su misma persona.—Estela; sé muy bien que, en concepto de niña mimada, tiene usted el derecho de decir cuantas tonterías se le ocurran; pero ésta pasa de castaño obscuro... ¡Por vida de...! ¡Servian, cobardel!

—Mandria, si le parece á usted mejor—replicó la señora Caussade, sin aparentar emocionarse ni poco ni mucho ante la cólera de su padre.—Si quiere usted concederme otros dos minutos más, le demostraré lo que afirmo. Cuando un cristal está rajado, lo mejor es romperlo del todo; pues bien, la valentía del señor Servian está, en mi concepto, más que rajada.

—Habla; te escucho—dijo el coronel refunfunando.

—Sabe usted que hace dos años, ó sea, aproximadamente, seis meses antes del fallecimiento del señor Caussade, los médicos, desconfiando de curarle, le enviaron á las aguas de Vichy. El señor Servian, desde tiempo atrás, se me mostraba muy asiduo y, además, conocía íntimamente á mi marido. Hizo, pues, el viaje con nosotros, pretextando

tando que asuntos particulares le llamaban á Lyon; pero, en realidad, por no separarse de mí. Entre Nevers y Moulins...

—Sé lo que vas á decir—interrumpió el señor Herbelin;—os aconteció una aventura novelesca; la diligencia fué asaltada por ladrones. Ya me lo has referido.

—Sí; pero lo que no he contado á usted es el papel que hizo el señor Servian en aquella ocasión. Ocupábamos el cupé y sería aproximadamente la una de la madrugada. De repente se deja oír un gran estrépito; se detiene el carruaje, se abre la portezuela y varios hombres con blusa, con el rostro tiznado ó cubierto con antifaz, no sé cual de las dos cosas, nos ordenan brutalmente que nos apeemos. Yo soy una mujer, el señor Caussade era anciano y estaba enfermo; nuestra obediencia era bastante natural, por lo tanto; pero el señor Servian, ¡un hombre en toda la fuerza de la edad, un hombre, en una palabra! Figúrese usted, padre mío, que él fué quien primero se apeó, sin oponer la menor resistencia y recomendando tan sólo á los ladrones que no me hicieran daño alguno. La atención no era galante ni oportuna.

—Los ladrones estaban armados, sin duda—observó el coronel, tratando de justificar á su amigo.

—Hasta los dientes. Pero, ¿qué importa?

—¡Qué importa! ¡Diablo, y qué expeditiva eres! ¿Y si Servian no tenía armas?

—Disponía de dos pistolas colocadas en las bolsas del coche; dos pistolas tan largas como mi brazo y que se dejó quitar tranquilamente por aquellos caballeros, en lugar de romperles la cabeza con ellas.

—Óyeme, hija mía—dijo el coronel, con la perplejidad que experimenta un abogado concienzudo al defender una causa que juzgaba justa, pero cuyos puntos vulnerables le han sido revelados por la discusión;—había mucho que hablar sobre la conducta de Servian en aquella ocasión; y estoy seguro de que, si no estuvieras prevenida en contra suya, verías quizás la cosa bajo otro prisma. Advierte que conviene diferenciar el valor de la temeridad. No es dable á cualquiera romper el fuego sobre una cuadrilla de bandoleros, que lleva sobre el viajero toda clase de ventajas. Se debe, además, tener en cuenta la sorpresa, la natural emoción en tales

casos. Yo mismo, que te estoy hablando y que he tomado parte en todas las campañas del Imperio con bastante lucimiento, si me hubiera encontrado en el puesto de Servian es posible que hubiera procedido como él.

—¡Usted, padre mío!—exclamó la señora Caussade, clavando en el coronel sus bellos y relampagueantes ojos.—Si usted hubiera estado allí hubiera usted cogido una pistola en la mano derecha y otra en la izquierda. ¡Como si lo viera! Hubiera usted muerto á los dos primeros bandidos que se acercaron á la portezuela; los restantes se hubieran declarado en fuga y, ¡arrea, cocherol!

—Es posible, es posible que yo hubiera sido lo bastante loco para hacer eso—contestó el coronel, sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción;—pero piensa en que Servian no tiene, como yo, costumbre de manejar armas; nunca fué soldado y los únicos disparos que ha tenido ocasión de hacer...

—No trate usted de disculparle, se lo ruego—interrumpió Estela con impaciencia.—Mi opinión es irrevocable. Antes de esta ridícula aventura, no he de ocultar á usted que me agradaba

ese hombre. Su trato, su ingenio, su conversación, todo en él me era grato; y una vez libre, es posible que le hubiera amado. Pero, ¿qué sentimiento resistiría á una prueba de esta naturaleza? Cayó la careta y el héroe se desvaneció. Jamás, lo comprendo, podría amar yo á un hombre cuyo carácter no me inspirara confianza y estimación, únicas cosas que legitiman la supremacía de un marido.

—Pero, no sé yo que el señor Caussade haya sido un Aquiles y, sin embargo, te casaste con él.

—¿Cree usted que una muchacha de diez y ocho años se niega nunca á casarse?—dijo riendo la joven viuda;—ahora soy una mujer razonable y, si me viera en el caso de reincidir, me mostraría algo más exigente. La primera vez me casaron, la segunda, me casaré yo... con su consentimiento, padre mío—añadió Estela para dulcificar lo que esta frase pudiera tener de demasiado independiente.

—Ya sabes, perversa niña, que no te contrariaré—respondió el coronel, dándole un ligero golpecito en la mejilla;—tu matrimonio con Servian me hubiera complacido en extremo, porque es un hombre honrado y creo que te hubiera

hecho feliz; pero, puesto que no te conviene, no se hable más de ello. En cuanto á tu proyectado viaje á París, comprenderás perfectamente que es una niñada y que no lo he de consentir. Servian tiene talento, tú misma lo reconoces: comprenderá que su presencia no debe serte agradable y antes de dos ó tres días, puedes estar segura de ello, se despedirá de nosotros. Todo lo que te pido es que de aquí á entonces te muestres cortés con él. Valiente ó no, recuerda que es mi amigo y nuestro huésped.

—Vaya por los dos días—dijo Estela, levantándose;—pero advierto á usted que, si ese señor es lo bastante indiscreto para permanecer aquí más tiempo, le cedo el puesto. Y ahora, que estamos de acuerdo—continuó, sonriendo encantadoramente,—prométame usted que tirará por la ventana su horrible pipa; el señor Tonayrion le dará cigarros y yo besos.

El coronel asió con ambas manos la linda cabeza de su hija y la besó en la frente y en los ojos, á despecho de su fingida resistencia.

—Eso no vale—dijo Estela, lanzándose de un salto hacia la puerta.

—Algo me queda que decirte.

La joven volvió á aproximarse á su padre.

—Puesto que hoy es para ti día de confesión—dijo el coronel con expresión perspicaz,—tanto da que hagas confesión general. Vamos, sé franca: ¿estás enamorada del señor Tonayrion?

—¡Ah! ¡ah!—dijo Estela, riendo malignamente,—¿ha observado usted que el señor Tonayrion me corteja?

—¡Caramba! En la campaña de Rusia se me helaron las orejas, pero no los ojos. ¿A qué quieres que atribuya la frecuencia de sus visitas, sino al deseo ó quizás á la esperanza que abriga de agradarte?

—Puede usted decir la esperanza—contestó Estela con tono confidencial.

—¿Luego tú le permites que espere?

—¿Acaso los hombres necesitan ese permiso? ¡Son tan presumidos!

—Sobre todo él, me parece.

—Él, como los demás; tiene, por lo menos, el mérito de serlo con franqueza y sé que es hombre capaz de hacer compartir á los demás la buena opinión que de sí mismo puede tener formada, de grado ó por fuerza.

—¿Lo crees?

—Estoy segura de ello.

—¿Todo esto quiere decir que estás enamorada del señor Tonayrion?—preguntó el coronel, mirando á su hija con expresión escudriñadora.

—No del todo, padre mío—contestó la señora Caussade, inclinando la cabeza con un mohín un tanto orgulloso;—aún no he llegado á eso. Pero, si más adelante, no hablo de hoy ni aun de mañana, si más adelante ocurriera eso, ¿desagradaría á usted mi elección?

—Me molesta que hayas tardado tanto en hacerme esa confidencia—dijo el coronel con seriedad;—yo hubiera debido adquirir noticias y antecedentes oficiales respecto de él antes de permitir que se estableciera aquí con tanta intimidad.

—Pero ¿no le conoce usted?

—Su persona sí la conozco y creo que hasta su carácter. Ni de la una ni del otro tengo nada que decir. Es un buen mozo, apto para agradar á una mujer y, aunque endiabladamente fatuo, se puede vivir con él. Pero de su posición no sé ni una palabra; todo lo que sé es que no ejerce profesión alguna.

—¿Acaso en el mundo elegante es necesario

tener una profesión? ¿Tiene alguna el señor Servian?

—No; pero, en cambio, posee una buena fortuna, muy sólida y muy firme. ¿Quién te dice que el señor Tonayrion podría ofrecer otro tanto?

La señora Caussade se levantó y fué á sentarse sobre las rodillas del coronel con la zalamería que emplean las mujeres cuando se trata de conseguir una victoria.

—Escúcheme usted, mi buen padrecito, y, sobre todo, no se me enfade usted—le dijo con su voz más acariciadora;—en un asunto en que se trata de mi porvenir, no mencione usted, por Dios, miserables cuestiones de intereses. Cuando me casé con el señor Caussade no pensó usted más que en mi fortuna; permítame usted que hoy me ocupe un poco de mi felicidad. Ignoro si es rico el señor Tonayrion; pero supongamos que no lo sea. Con la legítima de mi madre y con lo heredado de mi marido, no puedo considerarme...

—¿Y mi capital, que no tienes en cuenta?—interrumpió el señor Herbelin.—¿Me consideras como un padrastro?

—Ya ve usted—continuó Estela, estrechando

tiernamente la mano de su padre;—ya ve usted que mi posición es lo suficientemente desahogada para que al volver á casarme pueda hacerlo sin consultar exclusivamente la mayor ó menor fortuna que posea el hombre por mí elegido. Si es rico, tanto mejor; si no lo es, lo soy yo suficientemente para los dos... En el señor Tonayrion creo haber encontrado cualidades que, á mi modo de ver, son preferibles á cuantas riquezas existen en el mundo. Posee quizás menos instrucción y hasta menos talento que el señor Servian; pero, en cambio, reúne un mérito sin el cual, á mis ojos, todos los demás son nulos: es valiente.

—¿Y cómo lo sabes?—preguntó el coronel;—¿será porque usa espuelas y se deja el bigote?

—¡Padrel!—exclamó Estela ofendida.

—¿Qué quieres? Es uno de mis prejuicios del tiempo del Imperio; no quiero acostumbrarme á ver un burgués, un *paisano*, esta es la palabra, adornado con mostachos, como si fuera un veterano de la guardia.

—Puesto que usted mismo conviene en que eso es un prejuicio, no regañaremos por ello. El único defecto del señor Tonayrion, y á mis ojos no es defecto muy grande—añadió Estela son-

riendo,—es el de haber nacido demasiado tarde. Veinte años antes hubiera sido militar, porque esa es su vocación, según él me lo ha dicho cien veces. Hubiera servido como usted, á sus órdenes quizás; se hubiera distinguido, estaría condecorado, á los veinticinco años hubiera sido coronel...

—¡Ta, ta, tal No vayamos tan deprisa; yo no ascendí á coronel hasta los cuarenta y dos años y, dicho sea sin faltar al respeto al señor Tonayrion...

—Sin duda, tiene usted razón, padre mío; lo que yo quería decir es que lo único que le ha faltado ha sido ocasión propicia para adquirir una nombradía que le hiciera digno del honor de ser yerno de un hombre como usted. Hacerse militar en tiempo de paz hubiera sido risible. Tasca, pues, con impaciencia el freno que á los corazones intrépidos impone el carácter pacífico de nuestra época. Observe usted con qué ardor aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para saciar su pasión por la milicia, innata en él. Últimamente, por cierto, ¿no ha asistido como aficionado á la campaña de Constantina?

—Vamos, vamos, no te acalores—dijo bené-

volamente el señor Herbelin;—lejos de mí la intención de rebajar la gloria de tu héroe; veo que no estás encaprichada por él á medias. ¿De modo que pones gran empeño en que un hombre sea valiente?

—¿Y cómo podría pensar de otra manera, con el modelo que tengo ante mis ojos?—respondió Estela, adulando á su padre con la voz y la mirada á un mismo tiempo.—¡Qué quiere usted!... No en balde soy su hija. Si hubiera nacido hombre, sería militar. Es la primera de las profesiones, la única que puede seguirse con orgullo y con pasión. ¿Se concibe que seres dotados de pelos en la cara se dediquen á ser abogados, notarios ó agentes de Bolsa y que encuentren mujeres que quieran casarse con ellos?

Al pronunciar estas últimas palabras con irónico desdén, mostrábase Estela tan radiante de gracia y hermosura, que el coronel sintió conmoverse deliciosamente en el fondo de su corazón todas las fibras de la vanidad paternal.

—Un capitán general, únicamente, sería digno de ti; y aun así, sería preciso que fuera joven—dijo el coronel, casi en éxtasis.—Tonayrion será un tunante afortunado. Si estás decidida á unirte

á él, yo no lo impediré; pero, te lo suplico, no precipites los acontecimientos y reflexiona maduramente antes de decir que sí. Por lo que á mí hace, voy á escribir á París: comprenderás que, antes de otorgarte mi consentimiento, conviene que sepa á qué atenerme respecto de él.

—Escriba usted—contestó la señora Caussade con seguridad.—Estoy cierta de que Raul no teme ninguna clase de investigaciones; es hombre que se presenta bien, lo mismo ante sus amigos que ante sus adversarios.

La campana, anunciando el almuerzo, puso fin á esta conversación y el coronel Herbelin, dando el brazo á su hija, bajó con ella al comedor, en donde sus tres huéspedes se hallaban ya congregados.

IV

El balcón.

La charla indiscreta de la señora Ribois había producido sus frutos. Al ver Servian por primera vez á Raul Tonayrion, desde el primer instante le consagró el odio que inspira siempre al

volamente el señor Herbelin;—lejos de mí la intención de rebajar la gloria de tu héroe; veo que no estás encaprichada por él á medias. ¿De modo que pones gran empeño en que un hombre sea valiente?

—¿Y cómo podría pensar de otra manera, con el modelo que tengo ante mis ojos?—respondió Estela, adulando á su padre con la voz y la mirada á un mismo tiempo.—¡Qué quiere usted!... No en balde soy su hija. Si hubiera nacido hombre, sería militar. Es la primera de las profesiones, la única que puede seguirse con orgullo y con pasión. ¿Se concibe que seres dotados de pelos en la cara se dediquen á ser abogados, notarios ó agentes de Bolsa y que encuentren mujeres que quieran casarse con ellos?

Al pronunciar estas últimas palabras con irónico desdén, mostrábase Estela tan radiante de gracia y hermosura, que el coronel sintió conmoverse deliciosamente en el fondo de su corazón todas las fibras de la vanidad paternal.

—Un capitán general, únicamente, sería digno de ti; y aun así, sería preciso que fuera joven—dijo el coronel, casi en éxtasis.—Tonayrion será un tunante afortunado. Si estás decidida á unirte

á él, yo no lo impediré; pero, te lo suplico, no precipites los acontecimientos y reflexiona maduramente antes de decir que sí. Por lo que á mí hace, voy á escribir á París: comprenderás que, antes de otorgarte mi consentimiento, conviene que sepa á qué atenerme respecto de él.

—Escriba usted—contestó la señora Caussade con seguridad.—Estoy cierta de que Raul no teme ninguna clase de investigaciones; es hombre que se presenta bien, lo mismo ante sus amigos que ante sus adversarios.

La campana, anunciando el almuerzo, puso fin á esta conversación y el coronel Herbelin, dando el brazo á su hija, bajó con ella al comedor, en donde sus tres huéspedes se hallaban ya congregados.

IV

El balcón.

La charla indiscreta de la señora Ribois había producido sus frutos. Al ver Servian por primera vez á Raul Tonayrion, desde el primer instante le consagró el odio que inspira siempre al

hombre enamorado el rival que cree preferido. Sin embargo, acostumbrado á reprimir sus emociones, se había esforzado por ocultar bajo una cortesía intachable la violenta antipatía que no era dueño de dominar. Por su parte, el elegante y soberbio Tonayrion no había creído que fuese digno de su atención un individuo vestido con sencillez, circunspecto en sus ademanes, modesto en su modo de expresarse y que, para acabar de ser ridículo del todo, había llegado en diligencia.

En lugar de tratarse con la libertad familiar que autoriza la estancia en el campo, ambos rivales, el uno por orgullo y el otro por celos, se mantenían mutuamente reservados cuando el anuncio del almuerzo los reunió en el comedor. Dejando el cuidado de sostener la conversación al joven Félix, que desempeñaba esta misión con la vivacidad propia de su edad, apenas habían cambiado dos ó tres palabras frías y triviales, cuando la llegada de la señora Caussade vino á suscitar nuevos motivos de descontento para el hombre que aspiró á su mano y para la presunción del que la pretendía en aquel momento.

Emplean las mujeres á veces en sus aversiones

tanta vehemencia como en sus ternuras; y se entregan á aquéllas con más franqueza porque los convencionalismos sociales, que consideran el amor como un crimen, no prohíben el odio, con tal de que se muestre ingenioso y bien orientado. Más de una gazmoña se envanece de la antipatía que sus adoradores le inspiran; pero la ira en casos tales no es, á menudo, más que una artimaña del amor propio y un medio digno para contrastar la pasión de que es objeto.

Sin poder ser tachada de gazmoñería, Estela experimentaba irresistibles deseos de hacer expiar á Servian la libertad que se había permitido al aproximarse á ella, desafiando su prohibición. A su entender, el actual encuentro no debía atribuirse á la casualidad, sino que evidentemente estaba premeditado. ¿Qué objeto podía perseguir el amante desdeñado, sino el de emprender una nueva campaña contra el corazón de quien ya le había desairado una vez? Y si tales eran sus intenciones y tales su presunción y su audacia, ¿no merecía que con una pena ejemplar y decisiva castigara tan indiscreta obstinación?

—Pretende haber ignorado que ya viviera con

mi padre — se decía la joven viuda; — pero, ¿es eso verosímil?, ¿es eso posible? Enamorado de mí, como lo estaba, ¿me hará creer que ha permanecido más de un año fuera de Francia sin pedir noticias mías á tantas personas como han podido suministrárselas? ¿Qué es, pues, lo que quiere? ¿Qué espera? ¿Me cree lo bastante inconsecuente para aceptar hoy lo que antes rechazó? La suposición sería bastante impertinente. Si abrigara la seguridad de que ese es su pensamiento, juro que habría de arrepentirse de haberme tratado como á una mujer sin carácter.

Para castigarle por lo que ella denominaba «encarnizamiento» de su exenamorado, la señora Caussade disponía del arma más eficaz que puede utilizar una mujer en casos semejantes. En uno de los increíbles combates que se relatan en un antiguo libro de leyendas el protagonista ase de una pierna á uno de sus adversarios y machaca y pulveriza á los restantes con aquella maza improvisada. En las manos de una coqueta, la personalidad del rival afortunado desempeña á veces el papel de maza mortífera. Tal fué el cargo á que Estela creyó conveniente elevar al señor Tonayrion, quien mejor que nadie parecía

destinado á llenarlo de modo perentorio y contundente.

Sonrisas amables, expresivas miradas, interpelaciones graciosas, confidenciales cuchicheos; en una palabra, cuantas pequeñas preferencias puede ostensiblemente conceder una mujer á un hombre para desesperar á otro, fueron prodigadas al señor Tonayrion durante el almuerzo y después de él. No satisfecha con tal crueldad y sin respetar la tregua que su padre había solicitado en favor de su huésped, la implacable viuda abrió al mismo tiempo contra éste uno de esos tiroteos de salón que no dejan á la desgraciada víctima de él más recurso que la fuga ó la rebelión.

Hubo, pues, durante varias horas fuego granado de epigramas, de picantes alusiones, de acerbas bromas, que hacía más mortificantes el tono constantemente elegante é ingenioso con que se encubrían. No obstante el visible descontento del coronel y sus esfuerzos para hacer inofensiva la conversación, Estela trataba obstinadamente á ella el asunto más á propósito, en su creencia, para humillar á Servian. En sus labios, el enfático elogio de la valentía transformábase

en la agresión más personal para el hombre cogido por ella en flagrante delito de cobardía.

—Hay defectos que son acreedores á indulgencia—decía la viuda con acento de enérgica convicción.—Comprendo que se perdona á un hombre que sea irreflexivo, pródigo, arrebatado. La perfección no existe en el mundo y deben excusarse las debilidades cuando no entrañan nada vergonzoso; pero la cobardía es tan degradante, que su contacto mancha y tolerarla es envilecerse. Un disipador, un calavera, hasta un jugador, pueden enmendarse; un cobarde, ¡nunca!

En tanto que la señora Caussade desarrollaba esta severa opinión, á la que el brillo de su mirada, la altivez de su sonrisa y el vibrante timbre de su voz revestían con una especie de atractivo caballeresco, la fisonomía de sus oyentes ofrecía una variedad de expresiones tal, como pudiera haberla deseado un pintor encargado de trasladar la escena al lienzo.

Condolido de la humillación que su amigo debía de experimentar, el señor Herbelin tosía, se sonaba, limpiaba sus gafas, cambiaba de postura en el asiento; trataba, en una palabra, aun-

que sin resultado, de salvar las dificultades de la situación. Félix Cambier, con la mirada girando indecisa en todas direcciones y con la frente empapada en sudor, se encontraba aún más molesto que el coronel, porque cada palabra de la joven viuda mordía como un cáustico abrasador la herida ocasionada en su amor propio por el miedo que experimentara la noche anterior. El señor Tonayrion, por el contrario, se acariciaba con complacencia sus bigotes y erguía la cabeza más aún que de costumbre. Servian, finalmente, lejos de parecer desconcertado, como hubiera podido creerse, escuchaba con expresión tranquila y de vez en cuando sonreía con ironía un tanto melancólica.

—Parece que mis palabras hacen reír á usted —le dijo Estela bruscamente, fijando en él su mirada deslumbradora;—por lo visto, le parece muy ridículo que una mujer admire el valor y desprecie la cobardía.

—Eso, señora, me parece, por el contrario, muy natural—respondió Servian con entera sangre fría;—la mujer debe apreciar en el hombre las cualidades viriles; del mismo modo que nosotros, los hombres, admiramos con preferencia

en la mujer la dulzura, la reserva, la benevolencia; en una palabra, todas las virtudes amables é indulgentes.

Molesta por la lección encerrada en estas palabras, la señora Caussade volvió orgullosamente á un lado la cabeza y, dirigiéndose al señor Tonayrion, le dijo:

—Si se viera usted atacado por unos ladrones, ¿qué haría usted?

—Lo que he hecho en casos parecidos—respondió el guapo Raul, con una especie de heroica negligencia.

—¿Y qué fué lo que hizo usted?

—El primer caso—dijo Tonayrion,—ocurrió en París. Me retiraba á mi casa, á eso de las dos de la madrugada, y, por una casualidad que sería prolijo explicar, iba á pie. En la esquina de la calle de Chantereine, tres hombres se arrojaron sobre mí; por toda arma llevaba un bastón, de hierro por más señas. Me puse á la defensiva y empecé á describir un molinete digno de un maestro en esa clase de esgrima. Al medio minuto de practicar tan higiénico ejercicio, ví que uno de mis adversarios estaba tendido en medio de la calle y que otro se arrastraba arrimado á

las paredes; el tercero no ha dejado de correr todavía.

—¿Y el otro caso?—preguntó Estela, con muestras de vivo interés.

—El otro caso estuvo á punto de ser trágico para mí. No hace aún seis meses que ocurrió, durante mi estancia en África. A cierta distancia de Argel, una noche, al regresar de una cacería, me ví atacado por dos ferocísimos beduinos. Salí del paso con un balazo que me atravesó la ropa y un sablazo de yatagán en el brazo izquierdo.

—¿Y los beduinos?—dijo Félix, que escuchaba al narrador con admiración y envidia.

—No creo que desde aquella época á los buenos argelinos les haya dolido nada.

—Pero, ¿es que mató usted á los dos?—preguntó la señora Caussade.

—Por lo menos, me dieron derecho á creerlo; aunque mi escopeta sólo estaba cargada con perdigones, como nos encontramos de manos á boca y disparé á boca de jarro, mi doble disparo los derribó, á la izquierda uno de ellos y el otro á la derecha: la culata hizo lo demás.

—¿Y en ninguna de estas dos ocasiones experimentó usted sentimiento alguno de temor?—

replicó la joven viuda, cuyos ojos radiantes daban testimonio del placer que le causaban las proezas de su adorador.

—¡Temor, señora!—exclamó Tonayrion, lanzando una carcajada;—¿acaso se puede tener miedo?

—Algunas veces—observó el coronel Herbelin, con el propósito generoso de endulzar la tortura que, á su juicio, debía de experimentar Servian;—yo mismo, en mi carrera militar he experimentado en dos ó tres ocasiones una emoción que se asemejaba mucho al miedo; en Eylan, entre otras, en el momento en que, derribado de mi caballo, pasaba por encima de mí una división de coraceros rusos, tuve miedo de morir aplastado, positivamente miedo.

—¡Vamos, coronel!—exclamó Raul con risa incrédula.

—Usted no conoce la nueva manía de mi padre—dijo la joven viuda con burlona expresión;—por amor al prójimo quiere aparecer como un hombre desprovisto de valor; por desgracia, su reputación está ya formada y nadie le da crédito.

Servian estaba sentado al lado del señor Herbelin; la palabra «prójimo» se dirigía á él con

alusión tan transparente, que el coronel, no sabiendo cómo arrancar el aguijón de este nuevo sarcasmo, se levantó bruscamente para poner término á conversación, que tan poco hospitalarios matices iba tomando.

—Ya no llueve, señores—dijo aproximándose á la ventana;—vamos á dar una vuelta por la terraza.

Los tres huéspedes del señor Herbelin se levantaron á un tiempo mismo: la señora Caussa-de hizo otro tanto; pero, en vez de salir con ellos del salón, se sentó al piano. Al observar la expresión de vivo descontento impresa en las facciones de su padre, temió irritarle con exceso si continuaba acosando con sus ironías al hombre que había escogido como víctima. Concedió, pues, á éste una tregua, sin perjuicio de reanudar más adelante las hostilidades.

Servian, en apariencia al menos, había soportado con calma imperturbable el ataque de que acababa de ser objeto; Estela había agotado contra él un carcaj entero de ironías sin hacerle pestañear; sin embargo, las flechas lanzadas por la joven no habían sido inútiles. En un combate ocurre frecuentemente que falla un golpe dirigido

á un combatiente, pero, en cambio, hiere á otro de ellos. De igual manera, en aquellas circunstancias, Félix Cambier se vió atravesado de parte á parte por las flechas dirigidas á su tío. Celoso en extremo, como se es celoso á los diez y ocho años, el tímido adorador de la señora Caussade observó, no sin furioso despecho, las atenciones que ésta prodigara á Raul Tonayrion; y á esta herida en el corazón se unió otra no menos dolorosa inferida á su amor propio.

—Estoy seguro de que ella cree que he tenido miedo la noche pasada—pensó el alumno de Saint-Cyr, ruborizándose de vergüenza ante tal idea;—todas sus burlas respecto al escaso valor de algunos hombres se refieren á mi persona. ¡Por vida del... Si supiera que me conceptúa cobarde, me saltaría la tapa de los sesos á sus pies, para demostrarle que tengo corazón.

Ségún respetuosa costumbre, propia de adolescentes, Félix Cambier no se atrevió á dar franca salida al resentimiento que le inspiraba la conducta de la señora de sus pensamientos; pero se mostró menos cohibido respecto de su afortunado rival, quien más de una vez le había hecho paladear las amarguras de los celos.

—Tío—dijo, llevando á un lado á Servian cuando hubieron descendido de la terraza;—¿no cree usted, como yo, que el tal señor Tonayrion abusa del permiso de ser fatuo, impertinente é insoportable?

Servian compartía la opinión de su sobrino; pero no se creyó obligado á expresar su conformidad con ella.

—El señor Tonayrion es un buen mozo—contestó—y tiene derecho á estar bastante satisfecho de sí mismo.

—¿Y á usted le parece buen mozo?—replicó Cambier, haciendo una mueca desdeñosa.—En ese caso, un tambor mayor debe parecerle guapísimo.

—¿Por lo visto, te desagrada mucho?

—Superlativamente; y confieso que experimentaría un placer singularísimo en darle una lección de urbanidad y de modestia.

—¡Tú, pobre Félix!—dijo Servian, contemplando á su sobrino con expresión un tanto burlona;—¡darle una lección, tú! Te aconsejo que para hacerlo esperes á crecer lo bastante para llegarle al hombro.

—Seis dedos más ó menos en nada afectan á

la cuestión—respondió el joven, ofendido;—sé perfectamente que no soy alto y que al salir de Saint-Cyr no entraré en la gendarmería; pero no olvide usted que David era pequeño también y mató á Goliath.

—Vamos, valiente David, no te enfades y á tu vez recuerda que Goliath mereció su desgracia por haber sido el provocador. Ahí viene nuestro filisteo; que sea fatuo ó no, deber tuyo es ser cortés. No olvides que las ridiculeces ajenas no excusan ni justifican nunca las propias.

Después de esta breve lección, que su parentesco autorizaba, Servian se asió familiarmente al brazo de Félix y esperaron al coronel, que se había rezagado con el señor Tonayrion.

En tanto que los cuatro se paseaban por la terraza, la señora Caussade se vengaba en el piano del escaso éxito de sus burlas y, á la vez que torturaba las teclas, recapacitaba sobre los medios de atravesar la armadura con que Servian parecía acorazarse.

—Su sangre fría no es más que cálculo—pensaba;—es imposible que haya llegado al estado de absoluta indiferencia. Ciertó es que respecto de mí ha mostrado perfecto disimulo. Las pala-

bras más crueles resbalaban sobre él como sobre una estatua de bronce. En dos horas he sido más malévolá de lo que sería lícito serlo en dos años: trabajo perdido. Le creería verdaderamente insensible, si las dos ó tres miradas que ha lanzado de reojo al señor Tonayrion no me ilustraran sobre lo que debo pensar de su insensibilidad. Quizás sea poco susceptible; pero lo que aseguro es que está celoso todavía: con eso basta.

Decidida á atormentar á su antiguo enamorado, parecióle á Estela que el medio mejor para lograr sus propósitos era proporcionar al elegante Raul la ocasión de alcanzar uno de esos triunfos aparentemente frívolos, pero que en realidad son eficaces para desesperar á un rival. Después de haber meditado sobre ello algún tiempo, se levantó, cogió la rosa más linda de un canastillo colocado sobre un aparador, abrió una de las ventanas correspondiente á la terraza y se asomó súbitamente, ofreciéndose radiante de coquetería á las miradas de los hombres que por ella paseaban.

Para desvanecer el disgusto que debió de producirle la conducta de la señora Caussade, el coronel se había asido al brazo de Servian y le

abrumaba á preguntas relacionadas con su reciente viaje á Italia. Algunos pasos detrás, Félix Cambier andaba en actitud melancólica, con la frente inclinada y con las manos en los bolsillos, actitud natural en todo joven enamorado; más allá, por último y soberbiamente aislado, Raul Tonayrion fumaba un cigarro y de vez en cuando lanzaba á sus compañeros una mirada desdeñosa, propia del hombre elegante que se encuentra rodeado de seres de condición inferior á la suya.

Al estrépito que produjo la ventana al abrirse, los cuatro paseantes levantaron la cabeza y se detuvieron al mismo tiempo. Estéla, apoyándose en la barandilla, les dirigió un saludo sonriente y mostró con gentil ademán la rosa que acababa de coger.

—¿Quién la quiere?—dijo, después de haber aspirado el perfume de la flor, como para aumentar su valía.

—Yo, señora—exclamó Félix, tendiendo hacia ella ambas manos con inocencia propia de un colegial.

—¿Cree usted que se la voy á echar?—replicó la joven burlonamente.—Me parece que los que



—¿Quién la quiere?

la quieran pueden tomarse la molestia de venir á buscarla.

Tonayrion y Félix se lanzaron á una vez hacia la escalinata que conducía desde la terraza al vestíbulo de que arrancaba la escalera del primer piso. Una carcajada de Estela los detuvo en su carrera.

—¿Por la escalera?—les dijo.—Pero, qué, ¿de veras van ustedes á subir por la escalera?

—¿Y por dónde quieres que suban?—refunfuñó el coronel.

—Padre mío—respondió la señora Caussade, halagándole con la mirada;—á la edad que tienen estos señores, usted hubiera ya escalado la ventana, en vez de hacerme esa pregunta.

No hay ni ha existido viejo alguno que no se deje seducir por los elogios tributados á su pretérita juventud.

—Después de todo—dijo el señor Herbelin,—el balcón apenas se encuentra á diez pies de la terraza; para mis cazadores hubiera sido un juego de niños subir á él.

No había terminado el coronel de hablar y ya Félix se lanzó al asalto de la pared; á pesar del vigor de su impulso, no pudo alcanzar la cornisa

en que el balcón descansaba y cayó pesadamente. Disgustado al verse colocado en el segundo término, Tonayrion, á su vez, saltó con toda la fuerza de sus corvas y no fué más afortunado que su predecesor. Los dos rivales repitieron diversas veces, pero sin éxito, este certamen de nueva especie que Estela animaba con la mirada y con la sonrisa.

—¿Y usted no se siente tentado á disputar la rosa?—preguntó el coronel á su amigo.

—Aún no he hecho los estudios necesarios bajo los auspicios de un acróbata—contestó Servian, en voz bastante alta para que Estela pudiera oírle.

La joven viuda se mordió los labios. Contando con la obcecación, que, según se dice, es compañera inseparable del amor, había proyectado poner en ridículo al cuádragenario, comprometiéndole á una de esas porfías en que sólo la juventud puede hacer papel airoso; pero la ironía con que Servian anuló la pérvida provocación tornó en despecho la diversión que se prometía.

Aguijoneados por la esperanza del triunfo, los dos concursantes redoblaban sus esfuerzos. Al verlos saltar alternativamente bajo el balcón, se

los hubiese creído picados por la tarántula y más de un bailarín profesional hubiera envidiado el vigor de sus arranques. Tonayrion, á quien la elevación de su estatura concedía señalada ventaja, fué el primero en asir la barra inferior del balcón; pero el filo del balaustre, al herirle en la mano, le hizo desasirse casi instantáneamente. El éxito parcial obtenido por su adversario, produjo en Félix más emoción de la que parecía corresponder á lucha tan pueril. Reuniendo todo el vigor de que le dotara la naturaleza, dió á la desesperada un salto y alcanzó el balcón á su vez.

Lejos de imitar entonces la conducta de su rival, Félix se aferró al florón de hierro, que le desgarraba las manos, con valor comparable al del joven espartano de la leyenda, cuyas entrañas devoraba una zorra sin que su rostro expresara la menor emoción. Encontrado el punto de apoyo, lo restante del escalamiento no era más que una futesa para un adolescente recién salido del más afamado gimnasio de París. En menos tiempo del que se invierte en decirlo, Cambier, elevándose á fuerza de muñeca, colocó los pies donde estaban situadas las manos y elevó

éstas hasta la barandilla del balcón, que salvó casi simultáneamente de un salto.

No le había pasado por la imaginación á la señora Caussade que otro que no fuese Raul Tonayrion pudiera merecer el premio. Para él había cogido la rosa; para él reservaba su más encantadora sonrisa; por él se había descalzado el guante al decidir coquetonamente dejarse besar la mano para contristar más á Servian. Al ver súbitamente ante sí al alumno de Saint-Cyr, quien, lejos de ofrecer la apostura gloriosa de un vencedor, parecía desazonado por su triunfo, dió dos pasos atrás con visible mal humor.

—Pero, qué, ¿es usted?—dijo secamente;—¿cómo se las ha arreglado para subir tan alto?

—He mirado á usted, señora—respondió Félix, elevando hacia ella una tímida mirada.

—Ahora, preciso es entregar á usted el premio—dijo Estela, cuya sonrisa sardónica ahogó súbitamente toda alegría en el corazón del joven vencedor.—Lo que siento es no poder ofrecer á usted, en lugar de esta flor, algunos libros bonitos como los que obtuvo usted el año último en los exámenes de retórica.

—¡Hace ya dos años que estudié la retórica.

señoral ¡Ahora no soy colegial, soy soldado!

Al balbucir estas palabras, subrayadas con secreto enojo, Cambier tomó la rosa que le presentaba la señora Caussade é introdujo el tallo en el ojal de su americana, fingiendo un desembarazo que contrastaba con el rubor de sus mejillas.

Excepto Servian, cuya impasibilidad no se desmentía, y el coronel, que era ajeno á aquella escena, todos parecían estar igualmente descontentos de su desenlace. A los ojos de la mujer á quien se corteja no hay defecto pequeño, y así, á pesar de los esfuerzos de Tonayrion para aparecer sereno, su risa afectada dejaba adivinar que sufría en su amor propio de petimetre al verse eclipsado por un colegial. El vencedor, por su parte, no se sentía más satisfecho que el vencido, porque había hallado más espinas que pétalos en la rosa que su agilidad conquistara. Durante el concurso y á la vez que saltaba, Félix había imaginado un plan soberbio.

—Llegaré al balcón—pensó,—ella me sonreirá graciosamente y me ofrecerá la rosa; entonces me arrojaré á sus pies sin cortedad; al coger la flor, asiré la linda y blanca mano que la sustenta

y la besaré audazmente, como un verdadero soldado.

¡Ensueño encantador, pero falaz! En lugar del episodio tiernamente caballeresco que esperaba sumar á su victoria, Félix se había visto felicitado por sus éxitos retóricos. ¿No era aquello bastante para desolar un corazón de diez y ocho años?

Por lo que hacía á la señora Caussade, estaba descontenta de todos y de todo: descontenta de Servian, que no mostraba la cortesía de parecer desgraciado; descontenta de Félix, á quien calificaba de colegial indiscreto; descontenta de Tonayrion, que se había dejado vencer como un niño; descontenta de su padre... ¿por qué?

Se hubiera visto bastante apurada para decirlo; pero eso era lo de menos: estaba enfadada con él; descontenta de sí misma, finalmente, más que de todos los demás.

Cuando con motivo de algún frívolo incidente el universo entero inspira á una mujer tal antipatía, lícito es suponer que ese odio de ramas múltiples tiene el amor por raíz única y verdadera.

V

Tiro al blanco.

Horas después de la escena del balcón, Félix Cambier y Raul Tonayrion se encontraron bruscamente cara á cara en el recodo de uno de los paseos del parque. Este encuentro, imprevisto por una de las partes, era premeditado por la otra. El alumno de Saint-Cyr había buscado la umbría de las hayas y de los castaños con el solo objeto de pasear por ella sus amorosos ensueños; pero las intenciones del guapo Tonayrion eran menos idílicas y menos tiernas. Al ver á su joven rival penetrar melancólicamente bajo la arboleda, le siguió con andares semejantes á los del lobo que divisa un cordero separado del rebaño y que se dice: «Ahí va mi presa».

A la vista del hombre que aborrecía, Félix no pudo reprimir un movimiento de impaciencia y apresuró el paso para evitar el molesto encuentro. En vez de imitarle, Tonayrion se plantó en medio del paseo en actitud arrogante.

—Me alegro de encontrarle—dijo con altanera

entonación;—tengo que decir á usted dos palabras.

Sorprendido por esta interpelación y más aún por la entonación con que se le hacía, Félix se detuvo.

—Usted dirá—respondió friamente;—¿qué me quiere usted?

—Dar á usted un consejo—continuó Raul, mirando al joven de pies á cabeza.—Esa rosa que lleva usted en el ojal está marchita; haría usted bien en tirarla.

Félix examinó la flor que adornaba su americana y, fijando en su rival una mirada resuelta, le dijo:

—Está usted equivocado; esta rosa está fresca y perfumada y, con su permiso ó sin él, me propongo conservarla.

—Está marchita, le repito á usted; y voy á demostrárselo.

Al pronunciar estas palabras, Raul aplicó un capirotazo á la flor, cuyos pétalos fueron á desparramarse sobre la arena del paseo.

Ante el inesperado agravio, el alumno de Saint-Cyr palideció y enmudeció á un tiempo mismo, en tanto que un temblor visible estremecía todo

su cuerpo. El provocador le miró con fijeza, como para dar tiempo á que hablara; después sonrió burlonamente y giró sobre sus talones.

—Caballero—dijo entonces Félix, saliendo de su estupor;—me respeto demasiado para abofetear á usted; pero téngalo usted por hecho.

—¡Diantre!—exclamó Tonayrion, con entonación despreciativa.—Si no habla usted deprisa, en cambio habla bien. No ha crecido usted lo bastante para abofetear de veras á los hombres; pero demuestra usted ingenio para hacerlo verbalmente.

—Si no soy lo bastante alto para poner á usted la mano en la cara, tengo por lo menos estatura suficiente para introducirle en el vientre seis pulgadas de acero.

El guapo Raul examinó, no sin cierta sorpresa, á su adversario, cuyos ojos relampagueaban.

—¿De modo, caballero, que usted me provoca?—le preguntó, adoptando una entonación que, por lo seria, contrastaba con la desdenosa ligereza que hasta entonces había empleado.

—Yo no provoqué á usted—respondió Cambier,—no hago más que contestar á un insulto tan estúpido como brutal.

—Pero, en fin, ¿es que quiere usted llevarme al terreno del honor?

—Ciertamente, y lo antes posible.

—En ese caso, me corresponde la elección de armas; y advierto á usted que me bato á pistola.

—Vaya por la pistola—dijo Félix.

Convinieron los dos adversarios en encontrarse en París el jueves inmediato, con objeto de tomarse tiempo para justificar su marcha, cuya rapidez hubiera podido despertar las sospechas de su huésped, y se separaron acto continuo con mutua gravedad.

Félix, que andaba más despacio que Tonayrion, al verle ya lejos, volvió sobre sus pasos bruscamente; y con el minucioso esmero que comprenderán los corazones enamorados, se dedicó á recoger las hojas de rosa diseminadas por el paseo. Esta amorosa ocupación se vió interrumpida por Servian, quien, desde lejos y sin ser notado, presencié la escena que queda relatada.

—¿Qué altercado acabas de tener con el señor Tonayrion?—preguntó el tío.

—¿Altercado?; ninguno—contestó Félix, esforzándose por demostrar tranquilidad;—nos hemos

encontrado por casualidad y hemos cruzado dos ó tres palabras corteses; nada más.

—Vamos, y, sin duda por cortesía, te ha arrancado la rosa cuyas hojas estás recogiendo—replicó Servian con entonación incisiva.

—¡Ha sido usted testigo del ultraje—exclamó Cambier dramáticamente;—pues bien, también lo será usted de mi venganza! Comprenderá usted, tío mío, que ahora no se trata de sermonearme como á un niño. Soy ya un hombre, pertenezco á Saint-Cyr, pertenezco al ejército; tengo una espada, en fin, y cuando se me insulta debo utilizarla. Así, pues, se lo suplico á usted; no me dé consejos, no me reprenda; es preciso que me bata y me batiré.

—No seré yo quien te lo impida, siempre que el agravio sea serio y que no exista alguna sinrazón de tu parte. Todo lo he visto; pero no he oído nada; refiéreme, pues, lo sucedido.

Félix refirió palabra por palabra el tempestuoso coloquio que acababa de celebrar con el señor Tonayrion. Servian escuchó este relato sin abandonar su calma acostumbrada.

—Hay, en efecto, motivo para el duelo—dijo, cuando su sobrino acabó de hablar;—soy de tu

opinión, á menos que el señor Tonayrion te presente excusas satisfactorias...

—De rodillas había de ponerse—interrumpió Félix—y nos batiríamos; el duelo es necesario.

—¿Necesario, si te ofreciera una reparación proporcionada al agravio? En tal caso no quedaría motivo para querrela alguna; y en semejante situación, ¿cómo iba á ser necesario llevar adelante el asunto?

—Sí, tío, es necesario—repuso el joven con voz conmovida.—Escúcheme usted: es usted el jefe de nuestra familia; para mí ha sustituido usted á mi padre y puedo hacerle una confidencia que me cubriría de vergüenza si otro que usted hubiera de oirla. Desde la noche pasada me persigue una idea horrible. En vano trato de desecharla; apenas lo consigo durante cinco minutos, vuelve más cruel y más encarnizada que nunca.

—¿Qué idea es esa?

Félix miró á su tío cara á cara.

—¿Si yo fuera cobarde?...—le dijo angustiado.

—¡Cobarde!—exclamó Servian, mirando á su vez al futuro oficial;—¡tú, cobarde! ¿Qué locura es esa?

—Quisiera Dios que fuera, en efecto, una locura—contestó Félix con expresión sombría;—de otra suerte, no me quedaría más recurso que morir. Pero en vano trato de engañarme. Si lo que esta noche he experimentado no ha sido miedo, ¿qué es?

—Uno de esos accesos nerviosos de que los hombres dotados de imaginación están menos exentos que los demás. Por lo demás, el valor de media noche es el más raro de todos. Napoleón lo ha dicho.

—En este momento no son las doce de la noche.

—¿En este momento!

—Va usted á despreciarme; pero quiero decirselo todo—repuso el joven con dolorosa efusión;—hace un instante, cuando ese insolente me ha puesto la mano encima, porque esta rosa soy yo, mi primer sentimiento no ha sido ni la cólera, ni la indignación, ni la necesidad de vengarme, sino una especie de estúpido enervamiento; en lugar de inflamarse en mis venas, mi sangre se ha helado en ellas, la voz me ha faltado y mi corazón ha palpitado desordenadamente. ¡Acceso nervioso, dirá usted todavía! ¡No! ¡Emoción,

inquietud, cobardía! ¡Sí, cobardía! Esta debilidad ha sido breve, sin duda, y no tuvo él tiempo para observarla; pero, aunque no hubiera durado más que un segundo, ¿no es larga, mil veces demasiado larga para mi honor? Vea usted por qué, aunque me costara la vida, quiero colocarme frente á un peligro real, que me dé á conocer de una vez si soy un hombre ó un miserable. ¿Cómo quiere usted que viva en esta espantosa pesadilla, que me hace dudar de mi valor? ¿Cómo quiere usted que coloque una charretera en mi uniforme y una espada al cinto, sin saber si soy digno de llevarlas? Se lo repito á usted, tío: es necesario que me bata; si no es con el señor Tonayrion, será con otro cualquiera. Sí; aunque haya de abofetear al primer granadero con quien me tropiece en la calle, se lo juro, no entraré en Saint-Cyr sin haber tenido un duelo. ¡Hijo de soldado y soldado yo también, necesito del bautismo de fuego!

—Seré tu padrino en ese, como lo he sido en el otro—dijo Servian, examinando con secreta complacencia la determinación impresa en los ojos de su sobrino.—Pero cálmate; tu miedo á tener miedo es quimérico y, si es necesario, te

garantizo que te portarás como un Cid. Fíjate, pues, en mí; me encargo de arreglar este asunto.

Félix prometió á su tío dejarse dirigir por él y ambos se separaron para regresar á la casa por caminos diferentes.

—Sobre todo—dijo Servian, á modo de última recomendación;—ni una palabra al señor Tonayrion que le dé á entender que estoy al tanto de vuestro altercado.

El resto del día transcurrió sin incidente digno de mención. A la mañana siguiente, la señora Caussade, disfrazando con el apelativo de jaqueca el invencible mal humor que de ella se enseñoreaba, se retiró á sus habitaciones después del almuerzo.

Servian vió con gusto tal ausencia momentánea, que le dejaba libre el campo. El también tenía que realizar una prueba, á la que dió comienzo sin demora.

—Coronel—dijo al señor Herbelin, que acababa de proponer á sus huéspedes un partido de billar;—usted puede prescindir de mí y, con su permiso, voy á distraerme un rato en el tiro. Al pasar por Lieja he comprado unas pistolas que me agradaría probar.

—Vamos con usted—contestó el coronel;—jugaremos al billar después de comer.

El dueño de la casa condujo á sus acompañantes á un pequeño patio situado detrás de las cuadras. En uno de los muros se hallaba fija una placa de hierro pintada de negro, en cuyo centro se veía una figurilla blanca clavada en un vástago de latón. El coronel cargó por sí mismo las pistolas de Servian y, colocándose á unos treinta pasos del blanco, hizo el primer disparo. Una abolladora en la placa, seis pulgadas por encima del muñequillo, fué su resultado.

—Pistolas de pacotilla, amigo—dijo, examinando desdeñosamente el arma que había defraudado su esperanza.

—¿Está usted seguro, coronel, de que el defecto es del fabricante y no del tirador?—preguntó Tonayrion chanceramente.

—Véalo usted por sí mismo—contestó el señor Herbelin, sonriendo ante la expectativa del fracaso de su huésped.

El guapo Raul armó la segunda pistola, dejando caer sobre Félix una mirada lúgubremente profética. Se perfiló acto seguido, con la cabeza erguida y la mano izquierda apoyada en la cade-

ra; dejó caer negligentemente el antebrazo y oprimió el gatillo, sin aparentar casi haber hecho puntería. Salió la bala y el muñequillo voló hecho pedazos.

—Para ser de Lieja, son pasaderas estas pistolas—dijo entonces, volviéndose hacia los espectadores, como para gozar de su asombro.

Servian esperaba aquella muestra de destreza y así no dió muestra alguna de sorpresa, limitándose á mirar á Félix.

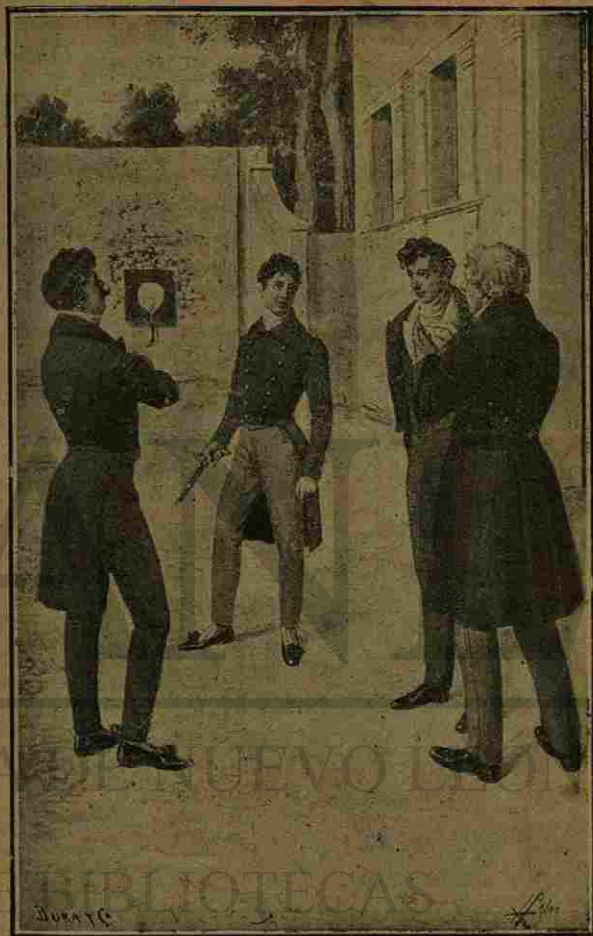
Sintiéndose observado á la vez por su tío y por su adversario, el alumno de Saint-Cyr mantúvose firme ante la emoción que le había producido aquel disparo de funesto agüero y logró conservar un aspecto despreocupado.

—Ahora me toca á mí—dijo, cogiendo la pistola, que el coronel había vuelto á cargar.

—Espera á que se coloque otra figurilla—le dijo Servian.

—¿Para qué? ¿No queda un pedazo de la que había?—respondió Félix con suficiencia.

El futuro oficial apuntó con todo esmero y un momento después el trozo del muñequillo fué á reunirse con los demás pedazos que yacían amontonados delante de la placa.



—¡Bravo! ¡Mil bombas!

—¡Bravo! ¡Mil bombas!—exclamó el coronel, un tanto picado al ver que mostraba menos destreza que sus huéspedes.—¡Buen disparo! Pero apuesto á que no lo repite usted una vez de cada diez.

—Perderá usted, coronel—contestó Cambier sonriendo;—haré otro tanto, si usted quiere, de cada dos veces, una.

Uniendo la acción á la palabra, el joven empuñó otra pistola y miró la nueva figurilla que acababa de colocar en el blanco un criado.

—Apunto á la cabeza—dijo con resolución.

Dócil á la intención del tirador, la bala aplastó contra la placa la cabeza de la figura, que, aparte la decapitación, se conservó incólume.

En aquel momento, en vez de observar á su sobrino, cuya intencionada conducta hacía inútil toda inquietud, Servian interrogó con una penetrante ojeada la fisonomía de Tonayrion, quien trataba de sonreír.

—Usted ahora—dijo galantemente, ofreciéndole una pistola.—Yo tiro muy mal; el coronel me parece que está un poco enmohecido y creo que nadie, excepto usted, puede disputar la victoria á este aprendiz de subteniente.

El guapo Raul empuñó con alguna cortedad el arma que le presentaba el tío de Félix. En aquella ocasión, lejos de aparentar el abandono de un maestro, esmeróse en apuntar con escrupulosa atención; pero su mano, presa de un estremecimiento desacostumbrado, desmintió la destreza que demostrara momentos antes. Al ver la estrella grisácea que apareció súbitamente en la superficie de la placa de hierro, por lo menos á dos pies de distancia del muñequito, Servian y Félix cambiaron una expresiva mirada.

—¿Y qué, Tonayrion?—dijo el coronel, ganso de tomar el desquite;—¿siguen pareciéndole á usted tan buenas las pistolas como antes?

—Sí, ciertamente—contestó Raul, fingiendo expresión desenvuelta;—pero en este momento erraría á un buey á cinco pasos. Cada vez que tiro á las armas se me fija en el brazo derecho un estremecimiento nervioso que no me permite tener la mano inmóvil.

—¿Y dónde diantre ha podido usted hoy tirar á las armas?—preguntó el señor Herbelin.

—En mi cuarto—replicó Tonayrion;—todas las mañanas tiro contra la pared durante una ó dos horas.

—Tiene usted una excelente costumbre—dijo el coronel calurosamente;—aparte de que ese es un ejercicio conveniente para la salud, se puede tener un duelo y conviene tener la mano ejercitada. Se descuida mucho en la educación de los jóvenes de hoy día el cultivo de la esgrima. Se les atiborra el cerebro de griego y de latín, de historia y de matemáticas, y apenas si se les enseña á tener un florete en la mano y á caer en guardia. Si yo tuviera un hijo, otra sería la educación que le diera. Poco me importaría que llegara ó no á ser doctor, con tal de que un buen maestro de armas hiciera de él un alumno aprovechado.

Servian colocó un dedo sobre su boca y señaló con una mirada de reojo á su sobrino, que acababa de romper la tercera figurilla.

—Coronel—dijo bajando la voz, de modo que no pudiera ser oído más que de su interlocutor y de Tonayrion;—sin duda alguna tiene usted razón cuando moteja á la educación actual de harto sabia y de insuficientemente varonil; pero yo le ruego que no hable de eso delante de Félix.

—¿Y por qué?—preguntó el señor Herbelin.
—Porque está ya harto predispuesto á deser-

tar de la sala de estudios para frecuentar más la de armas. Que no llegue á ser doctor, pase; pero tampoco quisiera que se convirtiera en un espadachín. Ya ve usted cual es su destreza en el tiro; pues con el florete en la mano es más diestro todavía. A la edad que tiene, lleva ya seis años de sala; y su maestro, que es autoridad en la materia, me ha dicho que le consideraba como uno de sus discípulos más aventajados. Usted comprenderá que, en mi calidad de tío y de tutor, no me entusiasmen cosa mayor éxitos de esta naturaleza.

—Pues, ¿qué ve usted de censurable en ellos?

—preguntó el coronel con sorpresa.

—Félix tiene mala cabeza—repuso Servian, con apariencias de preocupación;—es irritable, impetuoso, á nada tiene miedo. ¿Recuerda usted cuántas inquietudes causó su padre á mi familia? Pues bien, me temo que Félix siga sus huellas y se convierta en un matón.

—¡Bah! ¡Déjele usted que lo sea!—dijo el señor Herbelin;—un oficial no es un seminarista. Puesto que la carrera que emprende le expone á batirse, tanto mejor es que se encuentre en disposición de defenderse. Tiempos atrás teníamos

en la milicia *tanteadores*, cuya misión era probar á los novatos; si todavía existen, al llegar á su regimiento Félix pasará por sus manos, y...

—Entonces—interrumpió Servian,—tanto peor para los *tanteadores*, porque no los tratará con más miramientos que á esas figurillas.

—Y la verdad es que tira bien—dijo el coronel mirando á Félix, quien durante este lapso de tiempo había destrozado otros dos ó tres muñequitos de yeso.

Tonayrion había escuchado este diálogo sin tomar parte en él, ocultando bajo aparente indiferencia la impresión que debía producirle. No mostró empeño alguno en disputar el premio de tiro al blanco á su adversario y éste no tardó en dar fin á su ejercicio, al cual la ausencia de competidores privaba de su atractivo principal.

—Estoy satisfecho de ti—dijo Servian á su sobrino, llamándole aparte cuando regresaban á la casa;—no te calumnies más. No sólo tienes valor, sino, lo que es menos frecuente, sangre fría.

—¿De veras, tío? ¿No se burla usted de mí?—contestó Félix, sin tratar de disimular el placer que le causaba semejante apreciación.

—Te observaba cuando él disparó; tu continente ha sido perfecto.

—Y sin embargo, cuando he visto la figurilla hecha pedazos, el maldito escalofrío de ayer ha estado á punto de atacarme.

—¡Qué importa! El verdadero valor, el valor inteligente, no consiste en no experimentar emoción, sino en triunfar de ella, y eso es lo que tú has hecho.

—¿No ha observado usted que el señor Tonayrion está pensativo? ¿Será que mi modo de tirar al blanco le habrá sugerido alguna reflexión?

—Puede ser—respondió Servian;—eso es lo que sabremos muy pronto.

VI

El león amordazado.

El guapo Raul habitualmente se reservaba en la conversación parte principalísima. Durante el resto del día permaneció, contra su costumbre, silencioso, meditabundo y distraído; apenas contestaba con monosílabos á las palabras que se le dirigían. Con el entrecejo fruncido, hosca la

en la milicia *tanteadores*, cuya misión era probar á los novatos; si todavía existen, al llegar á su regimiento Félix pasará por sus manos, y...

—Entonces—interrumpió Servian,—tanto peor para los *tanteadores*, porque no los tratará con más miramientos que á esas figurillas.

—Y la verdad es que tira bien—dijo el coronel mirando á Félix, quien durante este lapso de tiempo había destrozado otros dos ó tres muñequitos de yeso.

Tonayrion había escuchado este diálogo sin tomar parte en él, ocultando bajo aparente indiferencia la impresión que debía producirle. No mostró empeño alguno en disputar el premio de tiro al blanco á su adversario y éste no tardó en dar fin á su ejercicio, al cual la ausencia de competidores privaba de su atractivo principal.

—Estoy satisfecho de ti—dijo Servian á su sobrino, llamándole aparte cuando regresaban á la casa;—no te calumnies más. No sólo tienes valor, sino, lo que es menos frecuente, sangre fría.

—¿De veras, tío? ¿No se burla usted de mí?—contestó Félix, sin tratar de disimular el placer que le causaba semejante apreciación.

—Te observaba cuando él disparó; tu continente ha sido perfecto.

—Y sin embargo, cuando he visto la figurilla hecha pedazos, el maldito escalofrío de ayer ha estado á punto de atacarme.

—¡Qué importa! El verdadero valor, el valor inteligente, no consiste en no experimentar emoción, sino en triunfar de ella, y eso es lo que tú has hecho.

—¿No ha observado usted que el señor Tonayrion está pensativo? ¿Será que mi modo de tirar al blanco le habrá sugerido alguna reflexión?

—Puede ser—respondió Servian;—eso es lo que sabremos muy pronto.

VI

El león amordazado.

El guapo Raul habitualmente se reservaba en la conversación parte principalísima. Durante el resto del día permaneció, contra su costumbre, silencioso, meditabundo y distraído; apenas contestaba con monosílabos á las palabras que se le dirigían. Con el entrecejo fruncido, hosca la

mirada y la frente nubosa, parecía fraguar en su espíritu algún terrible proyecto y sólo su modo de atusarse los bigotes entornando los párpados bastaba para infundir temor á las personas pacíficas. Comparándola con aquel rostro bravío, la faz de un león hubiera parecido atractiva y bondadosa.

Según es costumbre de gran número de mujeres encantadoras, la señora de Caussade no toleraba en los demás la desigualdad de humor que ella se permitía sin escrúpulos. La conducta de Tonayrion le pareció caprichosa y, en tal concepto, la desagradó como una invasión de sus privilegios personales.

—Ha observado seguramente que estoy contrariada—pensó ella;—pero eso debería ser motivo para que se esforzara en serme agradable y no para estar enfurruñado en un rincón. Jamás he deseado tanto como ahora que parezca amable, jovial é ingenioso, y parece como que se propone aparentar todo lo contrario. ¡Estos hombres no sienten nada! ¿Se concibe que no haya adivinado aún que Servian ha estado enamorado de mí y que quizás lo esté todavía? Sin embargo, fácil es de comprender que mi malignidad recono-

ce una causa, toda vez que habitualmente soy muy bondadosa. Por otra parte, ¿honraría yo con mis bromas á quien me fuera indiferente?

Impacientada al fin, al ver que Raul persistía en sus cavilaciones, resolvió arrancarle á ellas á pesar suyo.

El coronel jugaba al ajedrez con Servian; Félix acababa de salir del salón y la joven viuda no podía hallar momento más favorable para expresar á su pretendiente lo que pensaba acerca de su actitud huraña y desapacible.

—¿Se digna usted—le dijo—enterarme del tema de sus meditaciones? Muy interesantes deben de ser, toda vez que tan por completo hacen olvidar á usted que tiene una reputación de hombre amable que defender.

Tonayrion esperaba esta pregunta y aun conviene advertir que su conducta no tenía otro objeto que provocarla. En lugar de responder categóricamente, fingió un encogimiento susceptible de redoblar la curiosidad de Estela.

—No pienso en nada que sea digno de excitar su atención—dijo, con expresión embarazada.

—No eluda usted mi pregunta—replicó la señora Caussade;—algo le preocupa. Tengo la pre-

tensión de creer que no soy del todo ajena á ello y deseo saber de qué se trata.

—Usted no puede ser ajena á ninguno de mis pensamientos—replicó galantemente el guapo Raul.

—No es cumplidos lo que pido á usted, sino una contestación.

—Al obedecer á usted, temo desagradarla.

—De ello puede usted estar seguro si no me obedece.

—Apostaría á que me va usted á regañar, pero conste que de antemano conozco mis faltas.

—¿Qué faltas son esas?

—Es una historia tan tonta, tan ridícula, tan absurda, que me avergüenzo realmente al verme obligado á referirla. Por mucho que usted discutiéramos, no adivinaría de lo que se trata.

—Parece que se ha propuesto usted agotar mi paciencia. ¿De qué se trata? ¿Hablará usted? Se trata...

—De la cosa más admirable, más sorprendente, más maravillosa—respondió Tonayrion en tono enfático;—en una palabra, se trata de un duelo entre un servidor y... adivine usted quién.

—El señor Servian—dijo aturdidamente Estela.

—El señor Félix Cambier—repuso el guapo Raul, con solemne acento que aspiraba á ser cómico.

—¿De modo que usted quiere batirse con Félix?—dijo la joven después de un instante de silencio.

—Es él, por el contrario, quien quiere batirse conmigo—repuso Tonayrion, riendo afectadamente.

—¿Han reñido ustedes?

—¡Ay!, sí, señora; y aquí es donde debo darle golpes de pecho entonando el *mea culpa*. Pero, ¿quién iba á imaginarse que fuera el niño tan puntilloso? Oiga usted lo sucedido: ayer, cuando, gracias á una especie de dislocación que sufrí cazando hace unos días, el belicoso adolescente recibió de manos de usted la rosa que yo hubiera querido obtener á costa de mi sangre, sentí, se lo confieso á usted, un acceso de contrariedad, para el cual me atrevo á solicitar su indulgencia. Horas después y habiéndome encontrado en el parque con mi joven y gallardo vencedor, que se paseaba triunfalmente con la rosa

en el ojal, yo no sé de qué alucinación fui víctima: mi imaginación otorgó benévolamente al señor Cambier la docena de años que le faltan para merecer ser tomado en consideración; en lugar de un niño, creí ver un hombre y en el hombre un rival; creo haber explicado suficientemente lo que hice.

—¿Usted le provocó? dijo Estela con ansiedad.

—No recuerdo mis palabras con exactitud; pero, sin duda, se le antojaron al retórico harto poco respetuosas, toda vez que montó en cólera y me propuso muy valientemente que nos cortáramos el pescuezo.

—¿Y usted ha aceptado ese desafío?

—¿Podía acaso hacer otra cosa?

—Puesto que le había usted faltado, así debió reconocerlo en el acto y presentar sus excusas al señor Cambier.

—Sin duda, señora—repuso Tonayrion con expresión de fatuidad,—tiene usted razón, y eso es lo que debí haber hecho; pero, por desgracia, ignero cómo se presentan excusas á nadie.

—Yo se lo enseñaré á usted—repuso la señora Caussade vivamente;—usted comprenderá que no permitiré que esa cuestión extravagante tenga la

más mínima consecuencia. Aunque el señor Cambier hubiera sido el provocador, á usted competiría iniciar las gestiones de conciliación, porque él es un niño y usted un hombre. Pero desde el momento que la sinrazón está de parte de usted, no reconocerlo así sería algo más que obstinación, sería barbarie. ¡Batirse con él! Pero, ¿es que ha pensado usted seriamente en ello? Cuando le haya usted matado ó herido, ¡qué gloriosa victoria habrá usted conseguido! La idea sólo de semejante duelo es tan odiosa, que no puedo recordarla con calma. Prohibo á usted que se bata, ¿oye usted?; si trata de desobedecerme, será á trueque de captarse mi odio y de no volver á verme en la vida.

Semejante amenaza, que hubiera helado el corazón de todo enamorado, en Tonayrion pareció surtir efectos enteramente contrarios.

—Sí, señora, tiene usted razón—dijo expansivamente;—ríñame, maltrátame, castígueme usted, lo merezco. Tengo mala cabeza, lo sé. Soy vivo, irritable, hasta exaltado; en una palabra, tengo mil defectos y, lejos de reprimirlos, la pasión profunda que siento les da nuevo pábulo. Una usted los celos á mis arrebatos y calcule usted la clase de

pólvora que resultará. Pero, si no siempre logro sobreponerme á la violencia de mi carácter, crea usted, por lo menos, que no soy ni testarudo ni sordo cuando se me habla en el lenguaje de la razón. No había aguardado yo á oír la reprimenda de usted para arrepentirme de mi locura de ayer, y toda la mañana de hoy la he pasado repitiéndome lo que acaba usted de decirme. Sí, lo reconozco, un duelo con Félix Cambier es lo más extravagante, ridículo y absurdo que puede imaginarse. Para establecer alguna igualdad, había que escoger las armas que usan en el colegio y el desafío debía ser á cortaplumas. Y si, como usted ha dicho, tuviera yo la desgracia de matarle, ¡qué sentimiento para mí, qué remordimiento! La sangre de ese niño mancharía mi existencia entera. Aseguro á usted, señora, que veo las cosas bajo el mismo aspecto que usted; pero en el punto á que han llegado, ¿puedo retroceder?

—Si tuviera usted por adversario á un hombre de su edad, á un antagonista serio, comprendería ese escrúpulo. Esté usted seguro de que, en ese caso, aunque su conducta no hubiese sido del todo correcta, no sería yo mujer que aconsejara á usted un acto de debilidad. Pero con un

colegial como Félix, ¿qué riesgos puede correr su honor? Ofrecerle sus excusas, ¿no es realmente perdonarle la vida? ¿En qué puede herir el amor propio de usted ese rasgo de generosidad?

—Estoy completamente de acuerdo con todo eso—repitió Tonayrion sonriendo con afabilidad;—habla usted como un ángel y nada tengo que contestar. Pero, ¿cómo quiere usted que vaya y diga al señor Cambier: «Pido á usted que me perdone el modo que tuve de tratarle ayer?» Es evidente que al hablar así soltaría yo la carcajada, no en sus barbas, porque no las tiene, pero sí en sus narices. ¡Qué quiere usted, señora! Me es imposible tomar en serio al señor Cambier; no puedo separar de Félix la idea del tema y de los exámenes. No es posible, pues, pensar en esa retractación que degeneraría indudablemente en una bufonada. Vea usted mi proyecto, que creo más práctico y que va á tranquilizar á usted por completo: el duelo se efectuará, pero sin peligro para mi honorable adversario, porque, después de haber sufrido su disparo, yo tiraré al aire. De ello doy á usted mi palabra de honor.

—¡Exponerse usted á que le maten!—dijo Estela;—¡qué locura!

—¡A mí, matarme!—dijo Tonayrion, con apostura invencible.

—Eso no tiene sentido común; no consentiré que se arriesgue usted al menor peligro por una chiquillada. Puesto que no tiene usted la suficiente humildad para presentar por sí mismo sus excusas al señor Cambier, yo misma le hablaré.

El guapo Raul había logrado su objeto; pero, lejos de darlo á entender, exclamó:

—¡Será usted capaz, señora! Se diría que tuve miedo de mi adversario.

—Sabe usted muy bien que á nadie se le ocurrirá tan ridícula idea.

—Siento contrariar á usted; pero tal gestión se sale tanto de las reglas...

—¿Qué me importan las reglas?

—Aseguro á usted que eso no es posible.

—Posible ó no, será, porque lo quiero.

Tonayrion se inclinó profundamente.

—Esa palabra me cierra la boca—dijo con voz sumisa;—desde el momento que usted ordena, sólo me cumple obedecer. Pero, toda vez que quiere usted experimentar su poderío, ¿por qué no me prescribe usted, en lugar de esa humillación, que desafíe algún peligro, que dé fin á al-

guna empresa, que haga algo, en fin, digno de usted y de mí?

—Ya entiendo—repuso riendo la señora Caussade;—algún gigante que descabezar ó alguna princesa á quien rescatar acreditarían su valentía mejor que un acto puramente pacífico. Resígnese usted y piense que tanto más meritorio es un sacrificio cuanto más contraría nuestras inclinaciones. A otro podría yo pedirle heroísmo, á usted le pido no más que prudencia.

La entonación con que fueron pronunciadas estas últimas palabras envolvía una broma tan halagüeña, que todo hombre objeto de ella hubiera creído bien premiada su obediencia. El guapo Raul se inclinó de nuevo y protestó de su absoluta sumisión.

—Preferiría—dijo—que me enviara usted á buscar y traer de Africa media docena de cabezas de beduinos; pero, puesto que se complace usted en ejercer su imperio á expensas de mi amor propio, haga usted lo que guste, señora; pida la paz en mi nombre al señor Félix Cambier.

Tonayrion pronunció el nombre del alumno de Saint-Cyr con afectación tan despreciativa,

que en los labios de Estela despuntó una sonrisa. Intimamente convencida de que por obedecerla su adorador se imponía violencia extraordinaria, la joven viuda experimentó secreta satisfacción, parecida al vanidoso placer que debió paladear Onfale viendo á Hercúles hilar á sus piés.

—¡Qué dominio tengo sobre él!—pensó Estela.—Es el león amordazado.

Después de haber saboreado durante un rato el agradable pensamiento de un despotismo al que todas las mujeres aspiran, si bien todas no lo consiguen, la señora Caussade se ocupó en buscar los medios de ejecutar la misión pacífica de que acababa de encargarse. La idea de recurrir al consejo del coronel no hizo más que esbozarse en su imaginación. Los niños mimados, y aun los que no lo están, aman á sus padres en la mayor parte de los casos; pero les consultan lo menos posible. En aquella ocasión no constituyó Estela excepción de esta regla general. Dirigirse directamente á Félix le parecía recurso no exento de inconvenientes; no porque dudara del éxito de la gestión, sino por temor á dar alas á la vanidad del adolescente si entraba en discusión con él sobre asunto de tal naturaleza.

—Seguramente se creería un hombre—pensó,—y sería prestarle un flaco servicio alentarle en esa creencia.

Quedaba Servian, cuya intervención en un asunto que concernía al joven Cambier estaba de antemano justificada y en cierto modo impuesta por su doble título de tío y de tutor. Terminadas sus reflexiones, vió claro la señora Caussade que con él y con él sólo debía entablar sus negociaciones. A juzgar por la antipatía de que ella había dado durante dos días tan acerbos testimonios, era natural suponer que la perspectiva de semejante conversación no habría de parecerle muy agradable.

Sin embargo, no fué así. Lejos de ello, Estela experimentó una especie de impaciencia al ver que la tarde estaba demasiado adelantada para que fuera posible empezar el mismo día una negociación que le inspiraba el mayor interés.

Al día siguiente, después del almuerzo, en el momento en que el señor Herbelin invitaba á sus huéspedes á los encantos del billar, la señora Caussade se acercó á Servian.

—Quisiera hablarle—le dijo á media voz;—en el jardín me encontrará usted.

A pesar de sus cuarenta años y de su sangre fría consuetudinaria, Servian se sintió conmovido, poco menos que hubiera podido estarlo un adolescente enamorado por vez primera. Se dominó, sin embargo, siguió á sus compañeros á la sala de billar, dejó que se concertara un partido entre el coronel y el señor Tonayrion y, después de haber aparentado durante algunos instantes que se interesaba en la contemplación del juego de los dos adversarios, cuyas carambolas apuntaba Félix, se retiró furtivamente y bajó al jardín.

Paseábase Estela por una alameda de castaños que unía el parque al edificio y que limitaba por un lado su verde alfombra y por otro la cerca de la finca. Al divisar á su exenamorado, que se adelantaba con paso presuroso, Estela adoptó una actitud glacial, propia para desvanecer cualquier loca ilusión que aquél hubiera podido acariciar. Servian observó la mutación de su fisonomía; la sonrisa que vagaba por sus labios se desvaneció y su rostro no expresó más que gravedad cortés, pero impasible.

—Estoy á sus órdenes, señora—dijo inclinándose.

—Anticipándome á toda falsa interpretación que pudiera darse á mis actos—respondió la señora Caussade,—debo decir á usted ante todo que el asunto de que voy á hablarle no concierne ni á usted ni á mí.

—Lo sabía de antemano—repuso Servian con respetuosa altivez;—es, pues, inútil prohibirme abrigar una esperanza que no tengo.

—Se trata de Félix—replicó la joven viuda;—¿sabe usted que ha de batirse con el señor Tonayrion?

—Lo sé, señora.

—En ese caso, nada más tengo que decirle, toda vez que estoy segura de que impedirá usted que ese desafío se efectúe.

—¿Por qué había de impedirlo?—preguntó el tío de Félix con la mayor calma.

—¿Por qué?—exclamó la señora Caussade;—¿un duelo en el que su sobrino puede perder la vida!

—Peligro es ese que correrá sin duda más de una vez durante su vida; en el momento actual se expone á él sin haberlo buscado. Si Félix hubiera cometido la menor ligereza, yo haría uso de toda mi influencia sobre él para que lo recono-

ciera así, en lugar de agravar la situación de las cosas; pero, lejos de ello, es él el injuriado. Tiene razón, pues, para exigir una reparación y yo no tengo derecho alguno para oponerme á ello.

—¡Injuriado, dice usted! ¿Acaso puede injuriarse á un niño?

—Félix ya no es un niño, señora.

—Niño ó no, es imposible que piense seriamente en batirse.

—Puedo asegurar á usted, por el contrario, que no hay nada más serio que su resolución. Inútilmente trataría yo de contrarrestarla: usted misma, y es mucho decir, creo que no obtendría mejor resultado.

—Eso ya lo veremos—dijo Estela con orgullosa sonrisa.—Entretanto, quiero reconocer que Félix se deja arrastrar por la presunción propia de su edad; pero usted, á quien no puede achacarse imprudencia ni temeridad, ¿no se espanta ante la desigualdad monstruosa de semejante encuentro?

—Para espantarse sería preciso reconocerla.

—¿De modo que usted cree que entre el señor Tonayrion y su sobrino es igual el duelo?

—Lo creo desigual, por el contrario.

—Explíquese usted—dijo Estela, malhumorada.

Servian la miró con expresión penetrante.

—Permítame usted que le dirija una sola pregunta—le dijo:—¿Cómo sabe usted que el señor Tonayrion y Félix van á batirse?

—Él mismo me lo ha dicho—repuso con vivacidad la joven.

—¿Félix?

—No, señor: Raul Tonayrion.

Servian sonrió silenciosamente.

—¿Y, sin duda—continuó,—el señor Tonayrion conoce y aprueba la gestión que usted se digna llevar á cabo en este momento?

Estela miró á su ex novio con altivez.

—No necesito autorización de nadie—dijo—para hacer lo que me parece humano y justo. Es cierto que, después de haber arrancado al señor Tonayrion la confesión de esta deplorable querrela, he conseguido reducirle á la razón. Si cerca de usted no obtengo el mismo éxito, ¿sabe usted lo que creeré?

—¿Qué creerá usted, señora?

La señora Caussade recordó á tiempo el papel de embajadora que estaba representando y con-

siguió reprimir el sarcasmo que acababa de brotar en su pensamiento.

—¿Y á usted qué le importa?—dijo bruscamente, expresando con la mirada el desdén que no quiso expresar con la palabra.

—Puesto que se niega usted á contestarme, permítame usted que lo haga en su lugar—repuso Servian, con la más imperturbable calma:—Si no triunfa en su misión pacificadora, pensará usted que el señor Tonayrion me es tan superior por su mundología y por su docilidad como lo es ya por su valor y por sus virtudes caballerescas.

Un tanto confusa al verse tan bien adivinada, Estela ocultó su turbación bajo apariencias de broma.

—Puesto que es usted brujo—repuso,—dígame quién es el que viene por detrás de usted.

Volvióse Servian y divisó á Félix, que se acercaba con expresión vacilante.

VII

El tratado de paz.

Intrigado por el modo furtivo con que su tío salió de la sala de billar, el alumno de Saint-Cyr aprovechó la primera ocasión para eclipsarse á su vez. Al divisar á la dama de sus pensamientos sola con Servian en un lugar que, por su apartamiento, parecía apropiado para las más confidenciales conversaciones, experimentó un súbito acceso de vagos celos, compañeros inseparables de todo primer amor.

Sin embargo, á pesar de su deseo de interrumpir aquella molesta conferencia, quizás no se hubiera atrevido á permitirse tal libertad, si un ademán amistoso de la señora Caussade no le hubiera invitado á aproximarse. Sin saber de cierto por qué, la joven viuda hallábase descontenta del giro que la conversación había tomado. Se decidió, pues, súbitamente á admitir en ella á una tercera persona, que tenía el más legítimo de los derechos á tal favor, y determinó experimentar sin demora sobre ella la influencia que

siguió reprimir el sarcasmo que acababa de brotar en su pensamiento.

—¿Y á usted qué le importa?—dijo bruscamente, expresando con la mirada el desdén que no quiso expresar con la palabra.

—Puesto que se niega usted á contestarme, permítame usted que lo haga en su lugar—repuso Servian, con la más imperturbable calma:—Si no triunfa en su misión pacificadora, pensará usted que el señor Tonayrion me es tan superior por su mundología y por su docilidad como lo es ya por su valor y por sus virtudes caballerescas.

Un tanto confusa al verse tan bien adivinada, Estela ocultó su turbación bajo apariencias de broma.

—Puesto que es usted brujo—repuso,—dígame quién es el que viene por detrás de usted.

Volvióse Servian y divisó á Félix, que se acercaba con expresión vacilante.

VII

El tratado de paz.

Intrigado por el modo furtivo con que su tío salió de la sala de billar, el alumno de Saint-Cyr aprovechó la primera ocasión para eclipsarse á su vez. Al divisar á la dama de sus pensamientos sola con Servian en un lugar que, por su apartamiento, parecía apropiado para las más confidenciales conversaciones, experimentó un súbito acceso de vagos celos, compañeros inseparables de todo primer amor.

Sin embargo, á pesar de su deseo de interrumpir aquella molesta conferencia, quizás no se hubiera atrevido á permitirse tal libertad, si un ademán amistoso de la señora Caussade no le hubiera invitado á aproximarse. Sin saber de cierto por qué, la joven viuda hallábase descontenta del giro que la conversación había tomado. Se decidió, pues, súbitamente á admitir en ella á una tercera persona, que tenía el más legítimo de los derechos á tal favor, y determinó experimentar sin demora sobre ella la influencia que

Servian había cometido la irreverencia de poner en duda.

—Llega usted con mucha oportunidad—dijo á Félix cuando se hubo acercado;—precisamente hablábamos de usted.

—¿De mí, señora?—respondió Cambier, mirándola con admiración.

—Nos ocupábamos de su grave litigio con el señor Tonayrion—continuó Estela bromeando;—vea usted en mí á la paloma con el ramo de olivo. No quiero que una cuestión frívola destruya la buena armonía que hasta ahora ha reinado entre dos hombres dignos de mutua estimación. He sermoneado ya como conviene al señor Tonayrion, quien, como yo sé y él mismo reconoce, carece de razón en este asunto: espero, en justa reciprocidad, no tener que dedicar á usted más que elogios. Por de contado, su adversario presenta á usted por mi conducto las excusas más formales y más completas. Como usted ve, al tratado de paz no le falta más que su firma; dé-mela usted.

Y tendió la mano á Félix, quien, en lugar de sellar la paz estrechándola, echó hacia atrás la cabeza, como si hubiera temido ceder á la tentación.

—Señora—dijo gravemente,—en cualquiera otra circunstancia me consideraría feliz obedeciendo á usted; pero ahora me es imposible; he sido insultado.

—Eso no; se engaña usted atribuyendo al señor Tonayrion una intención que nunca tuvo. Un hombre de la edad de usted, ¿debe dar semejante importancia á algunas palabras irreflexivas, que sólo podrían ofender á un niño?

—¡Un niño!—exclamó Félix, que, viendo siempre una alusión personal en tal palabra, no la oía jamás con sangre fría.

—Sí, lo sostengo—continuó Estela, apresurándose á acallar el amor propio del adolescente;—solamente los niños se enfadan por niñadas; y, precisamente porque es usted un hombre, creo poder hacer un llamamiento á su buen juicio.

—Lo que usted califica de niñada es á mis ojos un ultraje que exige sangre.

—¡Qué locura! ¡Qué extravagancia!

—Pero, ¿ignora usted, señora, que ese hombre ha tenido la insolencia de arrancarme del ojal la rosa que usted me había dado?

—¿No es más que eso?—dijo la señora Causade con encantadora sonrisa;—la acción es en

extremo censurable, seguramente; pero el mal tiene cura; quedan rosas todavía.

Al decir estas palabras se aproximó á una platabanda que se extendía á lo largo del paseo y de un rosal enano cortó una flor con la que condecoró á Félix, cuyo corazón, con sus desordenados latidos, fué el único que repelió la mano blanca y suave que al colocar la flor en su ojal tocó un instante su pecho.

—Puede usted lucirla con toda tranquilidad —le dijo al mismo tiempo;—nadie, se lo juro, tendrá el atrevimiento de tocarla.

—Antes sería preciso arrancarme la vida,—respondió él con voz ahogada.

Al observar la emoción del adolescente, Estela se creyó victoriosa.

—Hemos evitado una gran desgracia—continuó ella con insinuante dulzura.—Y ahora, ¿me rehusará usted lo que le he pedido?

—¿Qué me ha pedido usted, señora?—respondió Félix, pareciendo salir de un ensueño.

—¡La paz! —dijo ella, tendiendo la mano.

—¿Con el señor Tonayrion? ¡Nunca! —exclamó él con vehemencia.—La bondad de usted no llega á borrar su insolencia. Cuando pienso...

—Piense usted en que soy una mujer; un niño puede no tomar en consideración las peticiones de una señora; pero un hombre—y usted lo es—no puede desairarlas sin faltar á la cortesía.

—Pero, señora, cuando el señor Tonayrion...

—No se trata ya del señor Tonayrion, sino de mí; yo soy quien habla á usted; yo, quien apelo á su buen juicio; yo, quien le dirijo una súplica; yo, quien tiendo á usted la mano: ¿se decidirá usted á darme la suya?

No sabiendo ya cómo resistir á aquella voz apremiante y á aquella elocuente sonrisa, Félix alargó una mano, que Estela asió en el acto.

—¿Usted me da su palabra de honor—le dijo ella—de olvidar este pueril altercado y de tratar al señor Tonayrion como antes de él?

—¿Qué exige usted, señora?—respondió el joven con voz insegura y tratando débilmente de retirar la mano.

—Nada exijo; ruego tan sólo—repuso la señora Caussade, quien, como argumento supremo, fijó en él sus ojos elocuentísimos.

Félix no pudo soportar aquella mirada irresistible; inclinó la cabeza y, con voz tan débil que apenas pudo ser oída, respondió:

—Obedeceré, señora.

—Muy bien—dijo Estela, estrechando su mano para recompensarle;—eso es proceder como un hombre. Es usted tan cortés como valiente y estoy satisfecha de usted. Ahora, caballero de la Rosa, no le entretenemos más; puede usted proseguir su paseo.

Esta salida imprevista acabó de desconcertar al alumno de Saint-Cyr. Se inclinó sin saber qué contestar y se alejó, rehuendo las miradas de su tío, como había venido haciéndolo en el transcurso de la conversación precedente.

Servian quería á su sobrino y, por consecuencia, temía por él los azares de un desafío. Al proporcionarle ocasión propicia de demostrar su habilidad en el tiro, lo mismo que al elogiar sus aptitudes de esgrimidor, no persiguió otro fin que el de inspirar al provocador el deseo de llegar á un desenlace pacífico. Como los acontecimientos vinieron á demostrar la exactitud de su cálculo, juzgó inútil afectar una puntillosa rigidez respecto á ciertos vicios de forma de que pudiera tildarse á la reparación que la señora Caussade apoyara con su graciosa y omnipotente diplomacia.

Aunque presentadas de modo irregular, no por eso las excusas del señor Tonayrion eran menos explícitas y positivas; en todos los casos Servian hubiera aconsejado á su sobrino que las aceptara; pero al ver que Estela se encargaba de este cuidado, vió la negociación en tan buenas manos que creyó deber abstenerse de tomar parte en ellas, sabiendo perfectamente, como sabía, que en el espíritu de un hombre de diez y ocho años obran con más eficacia los ruegos de una mujer bonita que los razonamientos de un tío.

Cuando Félix se hubo alejado, la señora Caussade se encaró con Servian.

—¿Qué le parece á usted?—le dijo con expresión irónica.

Servian se inclinó sonriendo.

—Reconozco que me equivoqué al dudar de su poderío—respondió;—es la primera y última vez que esto me acontece. Ahora, creo que para usted todo es posible; todo, hasta...

—¿Hasta?...—repitió Estela al ver que su interlocutor no acababa la frase.

—Hasta de dotar en realidad al señor Tonayrion del heroísmo que la imaginación de usted le ha atribuido hasta hoy.

La joven viuda experimentó una mezcla de despecho y de satisfacción, que hizo brotar en sus mejillas repentino rubor. Este doble sentimiento es fácil de explicar. ¿No ocurre con frecuencia que una mujer, situada entre dos adoradores suyos, sufre con motivo de los ataques de que uno de ellos es objeto, sin que por esta razón le sean desagradables los celos del otro?

—Ya he observado que el señor Tonayrion no tiene la suerte de ser agradable á usted—dijo con equívoca sonrisa.—Verdad es que ha incurrido en faltas respecto de su sobrino; pero esas faltas están ya reparadas. Por lo que á usted se refiere, no creo que tenga motivos de queja por ello y, sin embargo, parece que no puede usted aguantarle. ¿Qué le ha hecho á usted?

Con una mirada seria y profunda, Servian dió á entender á la señora Caussade que ni por un sólo momento quería prestarse á las sutilezas de la hipócrita controversia á que ella quería comprometerle.

—Oígame usted, señora—dijo con afectuosa gravedad, que parecía participar de la ternura de un padre, más que de la pasión de un enamorado;—no he solicitado yo esta entrevista; pero,

puesto que usted ha querido concedérmela, permítame que me aproveche de la ocasión para ofrecer á usted un consejo. Olvide usted que la he amado y que he pedido su mano; no vea usted en mí más que un antiguo amigo de su padre, un hombre cuya abnegación está consagrada á usted para siempre, por más que finja usted desconocerlo. De ella voy á dar á usted una prueba, á riesgo de aumentar más aún la aversión que hoy parece usted sentir hacia mí. ¿Usted, según me han dicho, ha de casarse con el señor Tonayrion?

—¿Quién ha dicho á usted eso?—interrumpió Estela con curiosidad.

—Poco importa. Me ha maltratado usted mucho desde hace algunos días y quizás, en mi lugar, otro estaría resentido por ello. Por mi parte, lo conozco, aunque me hubiera usted hecho daño, no sabría odiarla. Si me fuera posible abrigar contra usted un pensamiento rencoroso, esa boda me regocijaría; pero amo á usted aún, Estela, y al verme vengado, sería muy desgraciado seguramente.

—¡Qué solemne acento! ¡Qué lúgubres pronósticos!—exclamó la señora Caussade con fingida

jovialidad;—¿de modo que usted cree que, si llego á casarme con el señor Tonayrion, me expongo á ser la más desventurada de las mujeres?

—Espero que su feliz carácter preservará á usted siempre de grandes penas; pero entre los extremos de una vida dolorosa y la dicha ideal con que usted sueña hay muchas gradaciones.

—¿Y teme usted que me quede abajo de la escalera?—dijo riendo.

—Lo que temo para usted—repuso Servian con ternura,—es la pérdida de las ilusiones que dan á su ingenio sabor tan fresco y tan seductor; es esa una de las decepciones mortales que dejan el corazón más vacío y más desolado que la desgracia misma. La opulenta imaginación de usted derrama oro y púrpura sobre los más oscuros é insignificantes objetos que la ocupan; por eso hoy el señor Tonayrion es para usted un héroe; pero, ¿está usted segura de que ese heroísmo no existe más bien en la imaginación de usted que en el corazón de él? ¿Está usted segura de que las plumas de ese pavo real, cuya rueda admira usted, están tan bien sujetas y adaptadas que la prueba del matrimonio no las arrancará

una á una? Hoy, el talento; mañana, la bondad; al día siguiente, el valor...

—Aquí le detengo á usted—interrumpió Estela;—no existe hombre que sea perfecto y, por lo tanto, no garantizo á usted la excelencia absoluta del señor Tonayrion. Por otra parte, tiene usted tanto ingenio, que bajo ese aspecto no me permito compararle con usted; pero, en cuanto á su valor, en cuanto á esa pluma, utilizando la metáfora de usted, está harto bien sujeta para que pueda ser arrancada.

—¿Y si yo se la arrancara?

—¿Usted?—dijo la joven, lanzando una carcajada.

—Yo. ¿Y si derribara á su héroe de su pedestal?

La señora Caussade no se explicó la tenacidad de semejante propósito más que suponiendo que los celos habían trastornado por completo el cerebro de su exenamorado. Esta idea la conmovió.

—Hablemos de otra cosa—dijo con benevolencia, que hacía más meritoria su natural inclinación á la ironía;—aunque no soy aficionada á consejos, sin embargo, reconozco á un antiguo amigo el derecho de dárme los, aun cuando yo no

se los pida. Pero salgamos de lo vago y misterioso, porque me gusta lo recto y positivo, aunque otra cosa crea usted. ¿Conoce usted algo, alguna circunstancia, alguna acción, en una palabra, que imposibilite el matrimonio de una mujer con el señor Tonayrion?

—A mis ojos, el obstáculo es él mismo.

—Los ojos de usted no son los míos—dijo Estela con frialdad.

—Lo sé, señora; luego es cierto que uno de los dos ve mal. Si la boda se efectúa, ¡quiera Dios que sea yo el que se equivoque!

—De todo esto debo deducir, supongo, que usted me aconseja que no me case con el señor Tonayrion.

—Si usted regateara un aderezo de diamantes y una persona de su amistad le dijera: «Las piedras que usted admira son diamantes americanos», ¿compraría usted el aderezo sin comprobar su auténtica valía?

—Hoy no habla usted más que en parábola—dijo Estela con expresión burlona;—hace un momento eran las plumas de pavo real; hétenos ahora con la pedrería. Y otra vez me veo obligada á traducir. Quiere usted decir que el matri-

monio es cosa grave, que no debe decidirse á la ligera y que entre los maridos escasean los diamantes legítimos tanto como abundan los de imitación. Hace tiempo que lo sabía y el consejo de usted huelga, por consiguiente; sin embargo, lo agradezco, porque no creo que no esté inspirado en una benévola intención. Pero, tranquilícese usted; le prometo dedicar á la elección de marido tanta atención, por lo menos, como á la de un aderezo. Sea el que quiera el concepto que tenga usted formado de mi ligereza y de mi atolondramiento, debe usted recordar que cuando llega el caso sé reflexionar también. No creo haber concedido á usted el derecho de suponer que obtener mi consentimiento es cosa fácil.

Con estas palabras, alusión mortificante al desaire que en tiempos sufriera Servian, terminó la entrevista. La señora Caussade cortó la conversación con un saludo tan seco como reservado y, alejándose acto seguido, entró en la casa.

—¿Le ama?—se preguntó Servian, cuando Estela hubo desaparecido;—tanta belleza, tanto ingenio y tanta gracia, ¿podrán ser conquistados por ese fanfarrón? ¡No; le desenmascararé, aun-

que, como premio á tal servicio, no haya de recoger más que ingratitud!

En el momento mismo en que Servian adoptaba esta determinación, Estela, á despecho del tranquilo aplomo que acababa de aparentar, sentía que en el fondo de su alma se agitaba una duda hasta entonces desconocida.

—Aunque los celos del señor Servian hacen sospechosa su opinión—se decía,—preciso es reconocer que hay algo razonable en lo que me ha dicho. Lo que me agrada en el señor Tonayrion es su intrepidez de carácter, llevada hasta el heroísmo. Creo en ella firmemente; pero, ¿qué pruebas tengo de su certeza?

También en aquel momento Félix Cambier, paseando por una alameda del parque, reflexionaba de esta suerte:

—Si esta mujer quisiera, sería yo capaz de arrojarme de cabeza desde lo alto de una torre. Cosa hermosa es el amor; pero no debe llegar hasta la debilidad; y yo hace un momento he sido débil, muy débil. Mi tío, que se congratula de que no me bata, cuidará muy bien de decirme nada; pero en el fondo, estoy seguro, reconoce que he carecido de carácter. Está bien; he jurado

dar por terminada la cuestión y cumpliré mi palabra. Pero el señor Tonayrion habrá de andar derecho; si no, en la primera ocasión le haré pagar de una vez intereses, capital y atrasos.

El heroísmo del guapo Raul se encontraba, pues, amenazado de una triple prueba; al día siguiente, la casualidad suministró á Estela la ocasión de poner en práctica la suya.

VIII

El lobo en la trampa.

Hemos dicho ya que el parque del señor Herbelin limitaba con el bosque de Compiègne por un foso coronado por un seto en bastante mal estado. Detrás de esta cerca se había implantado una fila de trampas destinadas á castigar los destrozos que á diario causaban en la finca del coronel las liebres, los conejos y alguna que otra vez la caza mayor del inmediato bosque.

Aquel día, Félix, acompañado de un perro de caza, había salido por la mañana, á primera hora. Después de haber recorrido el bosque sin éxito notable, regresaba ya, bastante descontento, cuan-

que, como premio á tal servicio, no haya de recoger más que ingratitud!

En el momento mismo en que Servian adoptaba esta determinación, Estela, á despecho del tranquilo aplomo que acababa de aparentar, sentía que en el fondo de su alma se agitaba una duda hasta entonces desconocida.

—Aunque los celos del señor Servian hacen sospechosa su opinión—se decía,—preciso es reconocer que hay algo razonable en lo que me ha dicho. Lo que me agrada en el señor Tonayrion es su intrepidez de carácter, llevada hasta el heroísmo. Creo en ella firmemente; pero, ¿qué pruebas tengo de su certeza?

También en aquel momento Félix Cambier, paseando por una alameda del parque, reflexionaba de esta suerte:

—Si esta mujer quisiera, sería yo capaz de arrojarme de cabeza desde lo alto de una torre. Cosa hermosa es el amor; pero no debe llegar hasta la debilidad; y yo hace un momento he sido débil, muy débil. Mi tío, que se congratula de que no me bata, cuidará muy bien de decirme nada; pero en el fondo, estoy seguro, reconoce que he carecido de carácter. Está bien; he jurado

dar por terminada la cuestión y cumpliré mi palabra. Pero el señor Tonayrion habrá de andar derecho; si no, en la primera ocasión le haré pagar de una vez intereses, capital y atrasos.

El heroísmo del guapo Raul se encontraba, pues, amenazado de una triple prueba; al día siguiente, la casualidad suministró á Estela la ocasión de poner en práctica la suya.

VIII

El lobo en la trampa.

Hemos dicho ya que el parque del señor Herbelin limitaba con el bosque de Compiègne por un foso coronado por un seto en bastante mal estado. Detrás de esta cerca se había implantado una fila de trampas destinadas á castigar los destrozos que á diario causaban en la finca del coronel las liebres, los conejos y alguna que otra vez la caza mayor del inmediato bosque.

Aquel día, Félix, acompañado de un perro de caza, había salido por la mañana, á primera hora. Después de haber recorrido el bosque sin éxito notable, regresaba ya, bastante descontento, cuan-

do, al pasar á lo largo de la cerca, divisó en el fondo de una de las trampas algo que le consoló repentinamente del escaso resultado de su cacería; era un lobo de bastante alzada, con las cerdas rígidas, la mirada bravia y el hocico sanguinolento; azorado, como lo están habitualmente los animales que caen en el lazo, andaba, daba vueltas se ponía en dos pies, saltaba y se agitaba furioso sin lograr salir de la fosa á que su desdicha le condujo.

El perro, no bien olfateó la temible pieza, lanzó un aullido lastimero y echó á correr con toda la velocidad de sus patas, con las orejas gachas y el rabo entre piernas. El lobo, por su parte, redobló sus esfuerzos y se puso á saltar con tanto frenesí, que Félix, que se había adelantado hasta el borde del agujero, se echó involuntariamente hacia atrás.

—¡Otra vez el infernal sobrecojimiento del corazón!—se dijo el joven cazador con despecho; —está escrito que nunca tendré valor de primera intención; el instinto de conservación está en mí desarrollado de un modo realmente odioso é innoble.

Exasperado con tal motivo, deslizó dos balas

en cada cañón de la escopeta y apuntó al devorador de corderos; ante tal demostración amenazadora, éste dejó de saltar y se acurrucó, rechinando los dientes. Félix entonces examinó mejor la profundidad de la trampa y reconoció que la evasión del cautivo era imposible. Tranquilo respecto de este punto, le pareció poco generoso matar á un enemigo indefenso y le perdonó la vida, regresando á toda prisa á la casa. El almuerzo tocaba á su fin cuando entró en el comedor.

—*Tarde venientibus ossa*—le dijo el coronel.

—Hemos aguardado más de un cuarto de hora

—dijo á su vez la señora Caussade;—¿sin duda no ha querido usted dar por terminada la cacería sin haber llenado antes el morral?

—Para contener la pieza que he encontrado—respondió Félix dándose importancia,—se necesitaría un saco, no un morral.

—¿De qué pieza se trata?—preguntaron varias voces al mismo tiempo;—¿un gamo, una zorra, un jabalí?

—¡Un lobo! ¡Un lobo enorme que ha caído en una de las trampas de la *Fosa del Cosaco*.

—¡Un lobo!—exclamó la señora Caussade;—¿supongo que no le habrá usted muerto?

—¿Acaso no es sagrada la vida de un prisionero?—repuso el alumno de Saint-Cyr.

—¡Diantrel!—dijo el señor Herbelin,—no esperaba oír nombrar el derecho de gentes, tratándose de un lobo. ¿Qué hacer, pues, sino matarlo?

—Guardarlo, padre mío—dijo Estela con vivacidad;—se le pondrá en una jaula haciendo pareja con Mustafá. Amigo Félix, almuerce usted de prisita; estoy deseando ver su lobo. ¿Tiene aspecto muy feroz?

—Yo he creído observar que su fisonomía es bastante bonachona; pero Píramo no ha sido de mi opinión, al parecer; el muy cobarde se escapó sin respeto humano alguno.

—Pero, ¿es serio tu propósito de conservarlo?—dijo el coronel á su hija.—¿Qué te ha hecho el bueno de Mustafá para que quieras darle semejante vecino?

—Mustafá se está haciendo pesado y dormilón; eso le despabilará—respondió Estela.—Se tienen en las casas monos y loros; ¿por qué no se han de tener lobos? Es menos vulgar.

—Bueno; pero, ¿crees tú que el lobito se dejará sacar de la trampa y encerrar en una jaula sin utilizar sus mandíbulas?

—Se le abozalará—dijo Tonayrion con desembarazo.

—¿Y va usted á ser el encargado de ponerle el bozal?—repuso el coronel, con manifiesta incredulidad.

—¿Por qué no? Un lobo no es peor que un oso.

—¿Luego usted ha abozalado osos?—preguntó riendo la señora Caussade.

—Me he permitido ese capricho—respondió el guapo Raul humorísticamente.—Ocurrió el hecho en una fiesta campestre: el propietario de una colección de fieras, que contemplaba admirada una muchedumbre de labriegos, dejó escaparse á uno de sus pupilos, un oso negro. De repente el baile se convierte en desbandada. Hombres, mujeres, niños, guardia nacional y hasta la gendarmería, todo el mundo, en una palabra, echa á correr.

—¿Excepto usted?—interrumpió Estela.

—Excepto yo—continuó Tonayrion con amable sonrisa.—Enseñar los talones á tan vil animal, se me antojó que era excesivamente ridículo. Le espero, pues, á pie firme. Algunos pasos antes de llegar á mí, se pone en dos pies y abre

los brazos para oprimirme contra su corazón; rehuyo el abrazo y le introduzco bruscamente el hocico en el chacó que, al huir, había dejado caer un guardia nacional. He aquí á mi oso convertido en soldado ciudadano. Al animal no le hace gracia su nueva profesión; refunfuña, salta, trata de quitarse el bozal: todo en vano. Yo tenía agarrado el chacó por las carrilleras y no lo solté hasta que estuvo reinstalado en su jaula. Es, probablemente, el primer individuo de su especie que ha lucido la escarapela tricolor.

—¡Embusterol!—se dijo Félix, comiendo apresuradamente un trozo de pastel;—tanto creo en ese oso como en los aparecidos, en los ladrones y en los beduinos con que nos has fastidiado estos días.

—Dese usted prisa, Félix—dijo Estela;—¿no ve usted que hace una hora que le esperamos?

Obedeció el joven, con peligro de atragantarse. Un momento después los invitados se levantaron de la mesa y, á excepción del coronel, á quien un ataque de reuma impedía salir de la casa, salieron todos juntos para ir á visitar al lobo prisionero.

Ante el aspecto del grupo que rodeó súbita-

mente la trampa en que estaba encerrado, el lobo cesó en sus inútiles saltos y se refugió en un rincón con inquietud.

—¿Y ese es el feroz animal?—dijo la señora Caussade, examinando la espantada actitud del cautivo;—el más pequeño dogo tiene aspecto más terrible y Mustafá lo estrangularía en un minuto.

—Lo dudo, señora,—observó Servian.

—¿De qué no dudará usted?—repuso la joven con acento de burla.

—Por mi parte, señora—dijo Tonayrion,—opino como usted; siempre me pareció que el lobo disfrutaba de una reputación usurpada. ¿Qué es el lobo, después de todo? Un perro salvaje, ni más ni menos. Que haga temblar á los corderos, se comprende; pero á los hombres... eso es lo que yo no entiendo.

—Armado con un sable ó aun con un puñal—dijo Félix con entonación sentenciosa,—el hombre no debe retroceder ante ninguna bestia feroz.

—¡Un sable, un puñal!—repuso Tonayrion, riendo burlescamente;—si se tratara de un tigre ó un rinoceronte, comprendería yo la utilidad de

semejante arsenal; pero para aniquilar á tan mezquino animal, ¿á qué vienen tantos requisitos? al primer puntapié le dejaría fuera de combate.

—Hubiera usted debido nacer pastor—dijo Estela;—su rebaño hubiera estado bien guardado. De modo que, aun sin armas, ¿no temería usted atacar á un lobo?

—No puede asegurarse nada en redondo, señora—contestó Tonayrion con fatuidad;—¿quién sabe!, quizás echaría á correr. Es cierto que una vez luché con un león; pero no todos los días se está en iguales disposiciones.

—¿Que ha luchado usted con un león!—dijeron á un tiempo mismo la señora Caussade y Félix.

—¿Sin armas?—añadió Servian, con expresión admirativa muy bien simulada.

—Inútil es advertir que la escena ocurrió en Africa—continuó Raul, con acento de sencillez propia para dar verosimilitud al más fabuloso relato;—algunos oficiales de *spahis*, varios colonos de la Mitidja y yo, habíamos organizado una carcería que nos llevó hasta las estribaciones del Atlas. Al finalizar el tercer día nos encontrába-

mos á la entrada de un valle desierto y abrasador. De repente, un espantoso rugido se dejó oír á lo lejos: «¡Un león!»; tal es el grito general. Juzguen ustedes si en un caso semejante se olvida pronto el cansancio, se extingue la sed y el ardor se reanima. Cada cual prepara sus armas, y hétenos á todos galopando. Gracias al vigor de mi caballo y quizás también á lo agudo de mis espuelas, no tardé en ponerme á la cabeza y en encontrarme á doscientos ó trescientos pasos delante de mis compañeros.

¿Qué es lo que veo de improvviso entre dos rocas? Al león en persona; un gran león, á fe mía, que con el lobo que estamos viendo no habría tenido para un bocado. Verme, rugir, erizarse su melena y arrojarle sobre mí, fué para él obra de medio minuto. Dos balas que le envió y que se hundían en su cuerpo no le detienen ni un solo instante. Con el pecho desgarrado por las zarpas del monstruo, mi caballo se encabrita, cae hacia atrás y rueda por la arena, arrastrándose en su caída. Entonces, el león, que probablemente cree que es más sabrosa mi carne que la de mi cabalgadura, salta sobre mí, abriendo una boca que, debo confesarlo, me pareció tan ancha,

tan profunda y tan ardiente como la de un horno. Tenía yo cogida una pierna bajo el caballo y mi posición se hacía crítica; á todo evento, sin embargo, desenvaino mi yatagán y lo hundo cuanto da de sí mi brazo en aquella boca próxima á devorarme. Si el león cierra las mandíbulas me quedo manco, sin duda alguna; felizmente al herir comprendo el peligro y, por un movimiento de muñeca bastante acertado, en lugar de hundir el acero en la garganta de mi adversario, lo elevo verticalmente. Muerde el león, como yo me lo esperaba, y él mismo se clava la lengua en la hoja y el paladar en la empuñadura del yatagán. En tanto que trata de desasirse de aquella especie de anzuelo, retiro la mano, saco una pistola de las fundas de la silla, la aplico sobre el cráneo del animal y le salto la tapa de los sesos con toda tranquilidad. Esta es la historia de mi combate con la majestad leonina.

—Esa maniobra del yatagán me parece profundamente ingeniosa—dijo Servian con gravedad impasible;—si no recuerdo mal, Rolando empleó un artificio del mismo género para vencer á la orca de la isla de Ebude.

—¡Poco importa!—repuso Raul secamente;—

no reclamo el privilegio de invención. Lo indudable es que la piel de mi león figura como alfombra en mi alcoba.

Durante el relato de esta aventura, digna de figurar entre los cuentos árabes, Estela experimentó esa especie de malestar que á veces causan al oyente bien intencionado los atrevimientos vocales de un cantante poco hábil.

—Cuenta demasiado—se dijo ella,—y tan extraordinarias historias sólo á él ocurren. Es evidente que Servian no cree una sola palabra de ésta y que Félix se muerde los labios para no echarse á reír.

Sin quererlo, la joven viuda se sintió contagiada de la incredulidad que leía en la fisonomía del tío y del sobrino.

Al entusiasmo irreflexivo que hasta entonces le había inspirado el heroísmo imaginario ó real del señor Tonayrion sucedió cierta desconfianza que desde el día antes no esperaba más que una ocasión para manifestarse.

—Si mintiera!...—pensó, mirándole á hurtadillas con escrutadora atención.

Uno de los componentes del carácter de la señora Caussade era una resolución fogosa y, por

decirlo así, varonil, que le hacía intolerable la incertidumbre, ese terreno movible en que se empantanaban los espíritus irresolutos, pero del cual se apresuran á salir las almas enérgicas, á riesgo de caer en un abismo. Esclarecer la duda á que había dado acogida le pareció, en consecuencia, tan urgente como necesario.

—Una de dos cosas —se dijo:—ó miente, en cuyo caso hace falta que yo me asegure de ello, ó dice verdad, y entonces la incredulidad de Servian es una impertinencia que merece ser abochornada.

Concebir un proyecto era para Estela como ejecutarlo. Acostumbrada desde su niñez á seguir sus caprichos más que á cumplir las leyes de frívola circunspección que reglamentan, por lo común, los actos de las mujeres, procedía y obraba sin cálculo y con arreglo á la inspiración del momento. Ahora bien, tal inspiración, acertada las más veces y algunas aventurada, revisó en aquel momento caracteres de tan excéntrica temeridad, que apenas nos atreveríamos á hablar de ella, si no hubiéramos cuidado de decir que la señora Caussade era joven, bonita, espiritual, encantadora, en una palabra, y lo que

es más, viuda. Con tales títulos, quizás tenía derecho para conceptuar sencilla y vulgar una humorada que, procediendo de una colegiala inexperta, de una respetable matrona ó de una madre de familia, hubiera parecido extravagante, por no decir monstruosa.

Desde el momento en que reconoció la necesidad de pasar por el crisol el heroísmo de Raul para determinar si era oro ó plomo, la joven permaneció silenciosa y distraída, como acostumbraba á estarlo quien acaricia en su imaginación algún designio extraordinario. Inclínada al borde de la trampa, impacientaba al animal agitando sobre la cabeza de éste un pañuelo de batista, tal como los lobos tienen rara vez ocasión de contemplar. De repente fingió Estela haberse asustado con motivo de un brusco movimiento que hizo el animal y soltó el fino tejido, que cayó en la trampa.

—¡Mi pañuelo! —exclamó;— ¡esta horrible bestia va á comerse mi pañuelo!

Al mismo tiempo que ésto decía, miraba á Tonayrion con la expresión con que la bella Angélica debió de mirar al enamorado Rolando cuando le envió á destruir los jardines de Falerno.

No había más que una manera de interpretar semejante mirada y de obedecerla: era saltar á la fosa. El guapo Raul no hizo nada parecido, sea que su inteligencia ó que su corazón flaquearan. En lugar de arrojarle heroicamente sobre el lobo y arrancarle el pañuelo sobre el que acababa de lanzarse enfurecido, paseó la vista en todas direcciones, divisó una pértiga apoyada contra la cerca y corrió á buscarla.

Al ver á qué recurso lleno de prudencia había recurrido su adorador, Estela sintió que una súbita aversión reemplazaba á la preferencia que hasta entonces le había otorgado.

—La prueba está realizada—pensó;—¡otra careta que cae, otro héroe que se evapora!

Involuntariamente se volvió hacia Serván. Acostumbrado éste á leer en el corazón de la joven viuda, había adivinado todo y sonreía malignamente, porque la derrota de un rival es siempre agradable, aunque no espere uno aprovecharse de ella.

—Parece—dijo con traidora benevolencia,—que ese señor, que caza leones con anzuelo, se propone también pescar lobos con caña.

En vez de tomar á risa esta pulla, la señora

Caussade dejó escapar un ademán de despecho y volvió la espalda al bromista. Tal movimiento la puso frente á Félix, quien desde hacía un rato la contemplaba con pasión sin que ella lo advirtiera. Tal fuego brillaba en las negras pupilas del futuro oficial, tan absoluta abnegación expresaba su fisonomía, tanta y tan arrogante resolución su actitud, que la joven viuda, que el día antes le conceptuara niño, vió en él al hombre por primera vez.

—¡Qué expresión tan resuelta tienes!—se dijo.

—No sería él seguramente el que necesitara de una pértiga para devolverme el pañuelo.

En aquel momento, el demonio caprichoso de que ya hemos hablado se aproximó á su oído y le dijo en voz baja:

—¡Qué humillación sería para Raul que ese joven á quien finge despreciar se mostrara más valiente que él!

Sin recapacitar, Estela detuvo sobre Félix una mirada cuya expresión suave y espléndida producía la impresión de un terciopelo luminoso, y después, cediendo á una tentación irresistible, con una ojeada rápida é incisiva le señaló la fosa.

Era la segunda vez que el alumno de Saint-

Cyr se veía mirado de esa manera por una mujer. Deslumbrado súbitamente, oprimido, palpitante, aturdido, como si hubiera recibido una descarga eléctrica, creyó ver los cielos abiertos de par en par y le flaquearon las rodillas. El éxtasis se transformó en el acto en frenesí. Bajo la fascinación de la potente mirada, Félix se creyó dotado de gigantesca estatura, del corazón de un león y del brazo de Hércules y, en un transporte de amoroso fanatismo, saltó dentro de la trampa.

—¡Félix!—exclamó Servian con cólera, en tanto que Estela, ya arrepentida, lanzaba un grito de terror.

La caída de un rayo no hubiera sorprendido tanto al feroz animal como aquella brusca invasión.

Abandonando el pañuelo que ya había hecho trizas, se acurrucó en un ángulo de la fosa y permaneció inmóvil al mismo tiempo que mostraba al temerario agresor una doble fila de dientes agudísimos, que, á falta de carnes que desgarrar, se entrechocaban con un rechinamiento convulsivo. Ante el aspecto de aquel terrorífico hocico, que parecía olfatearle antes de hacerle pedazos, Félix perdió las tres cuartas partes de su exalta-

ción. A la heroica embriaguez que había invadido su cerebro sucedieron los impulsos de una emoción mucho más prosaica. En lugar de obrar, permaneció frente á su rudo adversario, apoyada la espalda contra una de las paredes de la fosa, la respiración anhelosa, las piernas trémulas, fija la mirada y el corazón palpitante.

—Dame la mano—dijo Servian, que, al verle palidecer, se arrodilló á orilla del agujero para ayudarle á salir.

—Si no rescato el pañuelo, me deshonro—se dijo el adolescente, cuyo valor casi extinguido se reanimó á impulsos de la vanidad.—Creen que tengo miedo; aunque haya de morir descuartizado, probaré lo contrario.

Con los ojos fijos en la fiera, que por su parte le devoraba con su mirada centelleante, se bajó lentamente para recoger el pañuelo. No bien lo hubo tocado con la mano, el lobo, arrojándose sobre él con furia, le mordió una y otra vez en el brazo y en el pecho; en vano Félix trató de defenderse; en un momento se vió derribado y, á pesar de la corbata, sintió hundirse en su cuello los dientes de su terrible vencedor.

Antes de que la señora Caussade hubiera lan-

zado un grito, Servian se había arrojado dentro de la fosa. Con increíble vigor, asió al lobo por la nuca, lo arrancó de encima de Félix y le derribó sobre un costado.

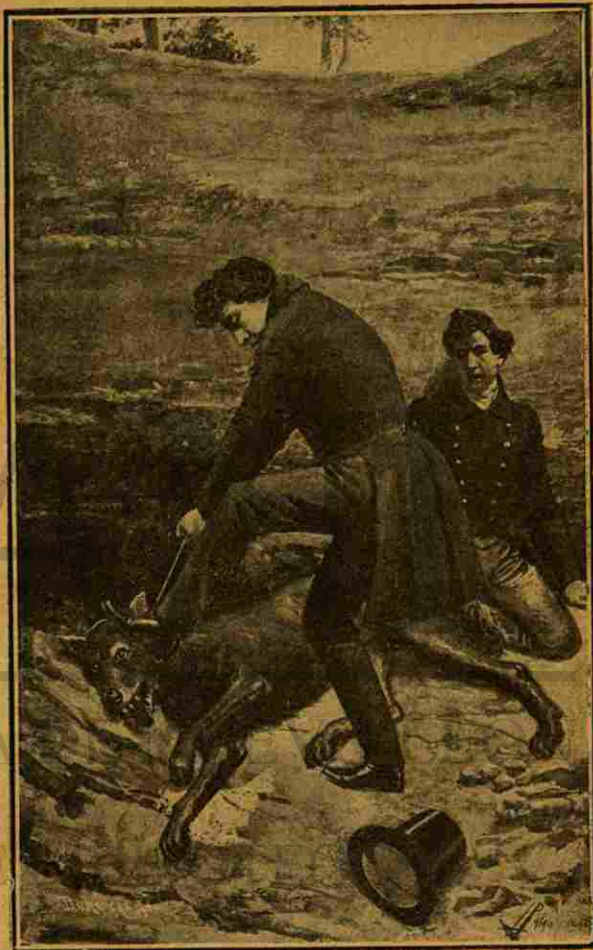
Arrodillóse entonces sobre el animal hundiéndole las costillas, le oprimió el pescuezo con ambas manos y con tanta fuerza, que pronto consiguió que enseñara más lengua que dientes.

En vez de desmayarse como una mujer pusilánime, Estela desató el cordón de seda que cerraba su peinador é hizo con él un nudo corredizo con maravillosa prontitud.

—Tenga usted—dijo arrojándose a Félix, que acababa de incorporarse;—ayude usted á su tío á estrangular al lobo.

Para ejecutar semejante orden hubiera sido necesario entenderla; y Félix, aturdido con la lucha que sostuviera, escuchaba sin oír y miraba sin ver. Servian, á quien su sangre fría no abandonaba nunca, continuó sujetando á la fiera con una mano y recogió el cordón con la otra. Con sin igual destreza ciñó con él el pescuezo del animal, ya medio ahogado, y tiró sin misericordia oprimiendo con el pie la cabeza del paciente.

La agonía de éste fué breve y en menos de un



... y tiró sin misericordia.

minuto el estertor y las convulsiones terminaron. El animal entregó su alma de lobo, que huyó indignada al tártaro destinado á los devoradores de corderos, y su cuerpo, ya cadáver, permaneció inmóvil en el fondo de la trampa, con el pescuezo adornado por el cordón de seda.

Terminada la ejecución, Servian se acercó á Félix, que parecía próximo á desmayarse, y entreabrió con inquietud su chaleco manchado de sangre. A través de los desgarrones de la camisa divisó una mordedura ancha, pero poco profunda, que restañó en el acto con el pañuelo de Estela.

—No tienes más que un arañazo—le dijo.— ¡Vamos, valor; que te miran!

El joven levantó la cabeza y vió á la señora Caussade, cuyos ojos estaban clavados en Servian con expresión de indecible asombro.

A su lado, el guapo Raul, con la pértiga en la mano, parecía bastante corrido del papel que desempeñaba, aunque adoptara una actitud más arrogante y triunfal que nunca. Avergonzado de dejar ver su emoción á semejantes testigos, Félix reunió toda su energía y trató de lanzarse fuera de la trampa; pero sus fuerzas le traicionaron y volvió á caer.

—Deja que salga yo primero—le dijo su tío. De un salto vigoroso Servian alcanzó el borde de la fosa, se izó fuera de ella y en el acto, tendido sobre el césped, alargó la mano á Cambier. Gracias á este socorro, el joven consiguió salir del angosto campo de batalla en que estuvo á punto de perder la vida. Pero apenas se puso en pie le acometió un desvanecimiento. Su tío, que velaba por él con paternal solicitud, le sostuvo en el momento en que iba á caer.

—¡Dios mío! ¿Está gravemente herido?—preguntó la joven viuda con voz conmovida.

Servian fijó en ella una mirada glacial y, presentándole los jirones de batista con que había secado la herida de Félix, dijo:

—Señora, puede usted estar satisfecha; su pañuelo está manchado de sangre.

Ante esta reconvención severa, pero justa, Estela experimentó una confusión que su orgullo había hasta entonces ignorado. En lugar de responder, se ruborizó y bajó la vista. Levantó al fin la cabeza con expresión afligida; pero Servian, á quien buscó con la mirada, había ya cogido en brazos á Félix y, cargado con aquel peso que llevaba con tanta ligereza como si el

alumno de Saint-Cyr hubiera sido aún un niño, se encaminaba hacia la casa á paso largo.

—¿Qué ha querido decir ese caballerito?—dijo Tonayrion, frunciendo trágicamente el entrecejo;—se ha permitido, según creo, dar á usted una lección de moral. Cuide de que no le dé yo una de urbanidad.

La señora Caussade le miró de frente.

—Deje usted en paz á ese *caballerito*—dijo, sonriendo sardónicamente;—no es digno de su cólera; mejor es que me haga usted un favor.

—Diga usted, señora,—repuso solicitamente.

—Vaya usted á recoger el cordón que se ha quedado olvidado.

Antes de que hubiera acabado de hablar, Tonayrion había saltado al interior de la trampa. En tanto que levantaba la cabeza del lobo para desprender de ella el cordón de seda que había desempeñado funciones tan diferentes de las que le eran propias, Estela se inclinó hacia el guapo Raul y le dijo con gravedad:

—¿Debo confesar á usted un mal pensamiento que acaba de ocurrírseme?

Tonayrion levantó la cabeza.

—Confíeselo usted, señora—contestó riendo;

—los malos pensamientos son, por regla general, muy agradables.

—Deseo que el mío sea de su agrado. Hele aquí: creo que si el lobo resucitara se encontraría usted muy á disgusto en ese hoyo.

—¡Qué gracioso, ¡qué gracioso!—dijo Tonayrion con risa forzada.

—Creo también que experimentaría usted algo de miedo.

—¡Graciosísimo! ¡palabra de honor!

—Creo, finalmente, que tiene usted una imaginación maravillosa y tengo gana de decirle como Dinarzada á Scheerazada: «Puesto que no duermes, cuéntame una de esas lindas historias de osos y de leones que refieres con tanto agrado.»

—Señora... la broma es muy ingeniosa... seguramente; pero confieso que no la entiendo.

—Va usted á comprenderla—repuso la señora Caussade con decisión;—hasta ahora y fiándome sólo de su palabra, he creído que era usted un héroe; de hoy en adelante, juzgaré á usted con arreglo á sus actos y no por sus discursos.

Sin esperar la respuesta de Tonayrion, que continuaba sumido en la fosa en que yacía el lobo, la joven viuda se alejó rápidamente y des-

apareció bien pronto por entre los árboles del parque.

IX

El desquite.

Después de la marcha de Estela, Tonayrion descargó su cólera sobre el difunto lobo dándole un furioso puntapié en los riñones.

—Vea usted—se dijo—cómo una maldita bestia va á hacer que se me escape esta soberbia boda. ¡Las mujeres tienen caprichos verdaderamente diabólicos! ¡Quién diantres hubiera adivinado que al dejar caer el pañuelo esa caprichosa criatura, quería proporcionarse el gusto de verme hecho pedazos, como ha estado á punto de serlo ese tontín de Félix! Pero también, ¿qué necesidad tenía yo de hablar de osos ni de leones? Estas fábulas orientales la han levantado de cascos y ahora, para reparar mi fracaso, me voy á ver obligado á luchar á puñetazo limpio con la casa de fieras en masa. Necesito—me ha dicho ella—actos y no frases. ¿Qué entiende por actos? ¿Hazañas, prodigios que eclipsen á los de Hércules? Si

dejo á su imaginación que trabaje, es capaz de exigir que le ofrezca como regalo de boda el bigote del Pachá de Egipto ó un diente del Sultán de Marruecos. ¡Demonio! Es de toda urgencia tomar la iniciativa por medio de alguna espantable y, sobre todo, auténtica hazaña que me saque del compromiso de tener que dar el doble salto mortal ó tragar serpientes; porque, después de la escena de hoy, ¿quién sabe qué locuras pueden pasársele por la cabeza? Véame yo casado y ya sabré entonces poner en orden esas extravagancias; pero hasta ese momento, mi papel es el de humilde esclavo. ¡Triste papel, palabra de honor!

Refunfuñando de esta suerte el guapo Raul había salido de la trampa y regresaba á la casa lentamente. A fuerza de discurrir un medio de echar un remiendo á su heroísmo averiado, concibió un proyecto cuya ejecución le pareció fácil y de éxito seguro. Lo examinó mentalmente largo rato y combinó con atención esmeradísima los menores detalles. Seguro al fin de haberlo previsto todo y de no dejar ningún cabo suelto á cargo del azar, que descompone tan á menudo los planes mejor combinados, escribió al señor

Federico Cluzel, amigo suyo residente en París, una carta cuyo contenido omitimos aquí, supuesto que la continuación de este relato nos dará á conocer suficientemente sus efectos.

En tanto que el aspirante á la mano de la señora Caussade desplegaba todos los recursos de su imaginación para recobrar el terreno que acababa de hacerle perder un incidente tan pueril en apariencia, Félix Cambier era presa de una violenta fiebre en la cama, donde su tío le había obligado á echarse para que pudieran ser examinadas sus heridas.

Gracias á la pronta intervención de Servian, los dientes del lobo no habían dejado más que huellas superficiales. Pero si las mordeduras no ofrecían peligro alguno y si el dolor físico era casi nulo, en cambio el herido sufría un tormento moral que transformaba su cama en un brasero de carbones encendidos.

—¡No tengo más corazón que un pollo!—decía lamentablemente en un acceso de delirio;—toda mi vida seré un cobarde... Que me den una rueca en lugar de una espada... Y, sin embargo, era tan fácil hacer lo que mi tío llevó á cabo: agarrar por el pescuezo al lobo y estrangularlo... Pero no

lo he hecho; me he dejado derribar y sangrar como un cordero vil... ¿Y cómo voy á ingresar en Saint-Cyr después de esto? ¡Y la señora Caussade que me vea! ¡Cómo debe despreciarme! ¡Soy un cobarde, una mujerzuela, un canalla!...

Al caer el día, la calentura de Félix disminuyó y su agitación pareció calmarse; Servian, al verle más tranquilo, le dejó, con la esperanza de que una noche de sueño reparador acabaría de restablecer el equilibrio de aquella ardiente y juvenil naturaleza.

Al día siguiente, por la mañana, volvió para ver si la fiebre había reaparecido; pero, con gran asombro, encontró el lecho vacío. Una carta colocada sobre el mármol de la chimenea y dirigida á Servian reveló á éste la causa de la fuga:

«Querido tío—decía el adolescente:—No concebía usted inquietud alguna por mi ausencia. Si no he avisado á usted, es porque temía sus observaciones y, sobre todo, sus bromas. Sin duda hubiera usted calificado de niñería la profunda pena que me causa mi debilidad de ayer. Cuanto más pienso en ella, más reconozco que me es imposible reaparecer ante la señora Caussade y ante usted, antes de haber demostrado que no

soy indigno de la estimación de ambos. Esa demostración espero que no se hará aguardar; pero, se lo repito, no pase usted ninguna inquietud y crea usted siempre en mi inalterable y respetuosa adhesión.

»FÉLIX.»

—¿Qué irá á hacer este mentecato?—se dijo Servian, después de haber leído la carta;—¡alguna tontería! Pero, ¿cómo estorbarlo? Por el cuidado que pone en tranquilizarme veo que nada de fúnebre hay en sus proyectos; es, pues, inútil echar á correr detrás de él: mañana, quizás, estará de regreso, aunque, á decir verdad, preferiría yo que no lo hiciera. En el momento de ingresar en Saint-Cyr, la compañía de una mujer tan seductora como Estela le sugiere ideas novelescas del todo incompatibles con los estudios serios que ha de emprender.

En la satisfacción que causaba á Servian la marcha de Félix, los celos del enamorado tenían tanta participación como la solicitud del tío; pero éste rehusó confesarse á sí mismo una debilidad que juzgaba indigna de él.

Hasta entonces, aun habiéndole ocasionado sufrimientos la conducta de la señora Caussade, en

el fondo de su corazón había siempre sentido respecto de ella la indulgencia tierna y melancólica que á un hombre llegado á la madurez de la vida inspiran los más desatentados caprichos de la mujer á quien ama.

Rarezas, desigualdades de humor, exageraciones novelescas, ingenio burlón, tendencias despóticas, todo lo había soportado, disculpado y amado. Estas espinosas imperfecciones estaban, según él, desprovistas de raíces; eran producidas por la lozanía de la juventud y por la exuberancia de la imaginación y no esperaban para trocarse en flores duraderas más que el cultivo de un cariño inteligente que Estela, casada con un viejo, no había encontrado aún á su paso.

—Tiene la cabeza ligera, pero su corazón es excelente—pensaba Servian cada vez que veía su paciencia sometida á prueba.—Mimada por su padre, mimada por el señor Caussade, ¿es para asombrarse de que sea algo voluntariosa y ligera? ¡Cuántas en sus condiciones serían malas del todo!

De esta suerte había Servian justificado hasta entonces su amor ante sus propios ojos; pero desde la víspera observaba que su optimismo se hallaba muy quebrantado.

—Que una mujer use y abuse del derecho á ser caprichosa, lo comprendo—se decía;—pero exponer á un peligro cierto la vida de un hombre, ¿no es una ocurrencia cruel, que nada podría disculpar?

No trató Servian de disimular la impresión ingrata y triste que en él había producido lo que denominaba inhumanidad de Estela; y así, cuando ambos se encontraban en el salón, su mirada fría y punzante reveló á la joven que en él tenía más bien un juez severo que un adorador benévolo.

¡Rarezas del amor! En el mismo instante en que Servian, rebelado contra su ídolo, se prometía abjurar de un culto que su razón condenaba, la señora Caussade sentía despertarse en su alma un afecto adormecido desde hacía dos años y que ella creía aniquilado.

Servian, exponiendo su vida por salvar á su sobrino, había adquirido ante sus ojos las proporciones marciales, sin las que el hombre más honrado, más virtuoso y hasta de mayor entendimiento, le parecía indigno de ser amado. La prudente conducta de Tonayrion y la flaqueza nerviosa de Félix ponían más de relieve aquel acto

de valor, que hacía poco menos que increíbles los recuerdos del asalto de la diligencia. Al relacionar entre sí hechos tan desemejantes, Estela no sabía á qué atenerse.

¿Era Servian un cobarde ó un héroe? Las dos proposiciones de esta alternativa tropezaban con una objeción igualmente insoluble. Si era un hombre tímido, ¿de dónde procedía la bravura con que había atacado sin armas á una bestia feroz? Si, por el contrario, era valiente, ¿cómo explicar su actitud pusilánime frente á unos miserables ladrones?

Después de haber tratado inútilmente de conciliar tales contradicciones, la señora Caussade se decidió por la creencia hacia la cual la inclinaban, sin que ella quisiera confesárselo, las secretas inclinaciones de su alma y se complació en recapitular las cualidades de su primer enamorado á medida que la reciente impresión borraba poco á poco sus antiguas prevenciones. Tales cualidades le parecieron numerosas y capitales. Carácter elevado, sólido juicio, trato fácil, amable indulgencia, espíritu vasto, que reunía por raro privilegio la profundidad sin pedantería á la jovialidad sin ligereza; estos fueron los mereci-

mientos que reconoció á Servian. Terminada esta enumeración, no pudo menos de juzgar un poco ridícula la preferencia que durante un momento le había sugerido la presuntuosa nulidad de Raul Tonayrion.

—Tenía vendados los ojos, ó, por mejor decir, estaba loca — se dijo. — ¿Cómo es posible que haya tomado yo en serio á semejante mentecato, cuyo mérito principal consiste en el lazo de su corbata? ¡Si fuera valiente, al menos! Pero, ¿lo es? Por de decontado su prudencia de ayer me da derecho á dudar de que lo sea.

Por una de esas transformaciones de que los anales de la pasión ofrecerían más de un ejemplo, Servian y la joven viuda habían invertido sus papeles. A él correspondían ahora la frialdad, el orgullo, la ironía; á ella la mansedumbre, la discreción, la paciencia.

Para un observador hubiera sido entretenido tema de estudio aquella contrapartida en que la dignidad masculina, largo tiempo subyugada por el capricho femenino, tomaba brillante desquite. Previendo, quizás, una próxima recaída en su amorosa debilidad, Servian se apresuró á utilizar su descontento. Atacado hasta entonces, se con-

virtió á su vez en agresor. Todos los sarcasmos dedicados por Estela á los hombres afeminados fueron devueltos por él á las mujeres varoniles. Sometió al tormento de una burla implacable á esas criaturas anfibias que abdican la gracia de su sexo para parodiar la energía del opuesto, á las Amazonas y cazadoras, á las nadadoras y fumadoras, á las que tienen una armería por tocador, á las que asisten á las carreras *carnet* en mano, á toda la raza de mujeres hombrunas, en fin, desde la inglesa que intenta la ascensión del Monte Blanco, hasta la española que delira por las corridas de toros.

—Sin duda, Marte con enaguas es ridículo; pero, ¿qué decir de Venus con botas de montar?

Así terminó Servian su peroración.

Pocos momentos antes, la señora Caussade no hubiera dejado sin contestación semejante ataque; pero en aquellas circunstancias una emoción dulcísima que enternece su corazón la hizo traicionar la causa de las mujeres de temple. Lejos de ofenderse por bromas que podían pasar por alusiones personales, las sufría con resignación, y hasta más de una vez les dió pábulo con una mirada sonriente que parecía decir: «¿Qué

tenemos de común yo y los marimachos de que usted se burla con tanta justicia?»

A medida que Servian trataba á sangre y fuego á las Clorindas y á las Bradamantes, Estela se arrellanaba en su butaca con la gracia indolente de una frágil belleza susceptible de quebrarse al menor tropiezo. Cuando sacó Servian á la vergüenza á la esposa de un agente de cambio que recibía lección diaria de esgrima, ella se levantó para ir á buscar un trabajo de tapicería que no había tocado desde un mes antes y armó pacíficamente con una aguja su mano, harto blanca y menuda para merecer que el pomo de un florete marchitara su piel suave y satinada.

Finalmente, cuando Servian, al hablar de Venus, sacó á colación las botas de montar, la joven no pudo prescindir de asomar sobre la alfombra un pieccecito maravillosamente calzado que hubiera honrado á la misma diosa.

¡Cosa extraña, pero no inexplicable! El ensañamiento de Servian, en vez de molestar á la señora Caussade, la agradaba. Desde que le veía irritado y propicio á rebelarse deseaba su amor y le parecía atractiva la tarea de reducirle á la obediencia. A medida que él desbordaba de iro-

nias refrenadas durante mucho tiempo, sentía ella reverdecir su inclinación hacia él, como verdea el césped bajo la acción bienhechora de una lluvia tempestuosa. Jamás le pareció tan expresiva su mirada, su voz tan penetrante, tan arrogante su apostura y su palabra tan llena de energía y de autoridad. Paciente, cortés, respetuoso, le había maltratado; burlón y provocativo, le oía con una sumisión que se asemejaba á la ternura.

Durante dos días continuó esta reacción, que Tonayrion y el señor Herbelin presenciaban sin comprenderla. El coronel estaba más al corriente de la táctica militar que de los ardides amorosos. A sus ojos la acometividad de Servian y el desarme de Estela constituían dos enigmas igualmente inexplicables.

—¿Quién diantres podría adivinar lo que ocurre en esos dos cerebros?—pensaba, contemplándolos de reojo.—Días atrás le trataba como yo no trataría á un cosaco y él lo toleraba con la mansedumbre de un cordero; hoy el cordero es ella, y él, en lugar de aprovechar tan buenas disposiciones, no cesa de maltratarla y de lanzarle frases punzantes. Veo que ya es hora de que tome yo cartas en el asunto.

Aunque había prometido á su hija dejarla en libertad para la elección de marido, no por eso el coronel había renunciado al deseo de ver á Servian convertido en yerno suyo y por eso no tuvo escrúpulo en sacarle del mal camino en que le veía encarrilado.

—Pero, ¡vamos á ver, cáspital! ¿Qué es lo que estamos haciendo?—dijo, llevándole aparte.—¿Acabaré usted de ametrallar á las Amazonas? Puede usted alabarse de discreto y oportuno. ¿Ignora usted acaso que para Estela no hay placer mayor que el de montar á caballo y que mata una paloma al vuelo?

—Lo sé—repuso Servian.

—Y para hacerse agradable, ¿no se le ocurre cosa mejor que bombardearla? El modo de cortejar es nuevo.

—No pretendo agradar á la señora Caussade.

—Pero, al menos, ¿lo desea usted?

—Ya no lo deseo—dijo Servian fríamente.

—¿Está usted seguro de ello?—preguntó el coronel sonriendo con jovialidad;—el amor, si mal no recuerdo, se va menos deprisa que llega.

—¿Quién ha dicho á usted que yo estuviera enamorado? ¿Es la señora Caussade?

—Ella misma ha sido—contestó el señor Herbelin;—¿por qué no he de hablar con franqueza? Entre antiguos amigos, como lo somos nosotros, toda diplomacia huelga. ¿Solicitó usted á mi hija en matrimonio?

—Y su hija me desairó.

—No es esa su última palabra; lo apostaría, á juzgar por lo que ocurre desde hace dos días. Por lo que á mí se refiere, no creo necesario decirle que preferiría su alianza á otra cualquiera.

—¿A la del señor Tonayrion también?

—Aun á la del señor Tonayrion, quien, al parecer, ha tomado mi casa por una posada. Ya se lo hubiera hecho observar, si no esperara para ello ciertos datos y noticias; hasta que los reciba, he prometido callarme. Si el matrimonio de usted dependiera de mí sólo, estaría ya celebrado á la hora presente; pero, usted lo sabe, Estela es dueña de sus actos y de su persona y yo no soy un padre despótico. No quiero violentarla en ningún sentido; á usted corresponde seguir el juego con atención y ganar la partida; á mi parecer, puede usted conseguirlo todavía y dar jaque mate á Tonayrion. El único resentimiento que Estela tiene con usted no es más que una niñada.

—¿Puedo saber cuál es ese *único resentimiento*?—preguntó Servian, cuyos ojos expresaron viva curiosidad.

—¿No se lo ha dicho ella?—replicó el coronel con cierto embarazo;—en ese caso, silencio en las filas. Es mejor, por lo demás, que tenga usted con ella una explicación. Trate usted de hacerla hablar; defienda usted su causa y, sobre todo, ni una palabra de lo que acabo de decirle: no tengo ganas de que me regañen.

—Mi querido coronel—respondió Servian con una sonrisa llena de tristeza;—agradezco á usted el interés que me demuestra. Crea que me hubiera sido muy grato estrechar más aún los lazos de amistad que nos unen, siendo su yerno, ó mejor dicho, su hijo; pero esta esperanza es una ilusión que ya no me ciega. ¿Comunicaré á usted por entero mis pensamientos? Sí, porque no ser franco sería no corresponder á su franqueza. Hoy por hoy, creo que la señora Caussade hizo bien en negarme su mano.

—¡Bah!—exclamó el señor Herbelin con expresión de asombro.

—Sin hablar de ese *único resentimiento* que desconozco aún y que debe de ser en extremo

monstruoso, puesto que se niega usted á nombrarlo, la señora Caussade habrá sin duda previsto las incompatibilidades que habrían indefectiblemente de resultar de la diferencia de nuestros caracteres respectivos; y en este caso, ¿no ha procedido con suma discreción al negarse á asociar al mío su destino?

—Esa es otra tecla. Ya sé que antes se concedía el divorcio por incompatibilidad de caracteres; pero eso ya se ha suprimido.

—El divorcio, sí; la incompatibilidad de caracteres, no.

—¿De modo que usted cree que hubieran hecho mal matrimonio?

—Por culpa mía, sin duda; no acuso más que á mi insuficiencia. La señora Caussade, como dotada de superiores cualidades, tiene derecho á exigir á su futuro marido méritos eminentes de que yo me reconozco desprovisto. Persigue un ideal heroico al lado del cual un hombre de cuarenta años, reflexivo, positivista y poco entusiasta, ha de hacer, convengo en ello, una tristísima figura. Cedo, pues, el puesto al señor Tonayrion. ¿Cómo trataría yo de luchar con ese irresistible paladín? Si tiene usted encargos para París, pue-

de prepararlos; me marcharé mañana por la noche. Espero, coronel, que no seremos menos amigos, á pesar de todo.

—¡Diantre! ¡Está herido en lo vivo!—se dijo el señor Herbelin cuando Servian se separó de él.
—¡Qué tono de burla! ¡qué expresión más irónica! Mi hija ha abusado de su paciencia y lo comprendo; otros muchos en lugar suyo no hubieran tenido tanto aguante.

Sin demora el coronel fué á buscar á su hija, á quien encontró sola en el jardín.

—No necesitarás despedir á Servian, como te lo proponías—la dijo con entonación huraña.

—¿Y por qué?—dijo Estela.

—Porque se marcha mañana.

La señora Causade inclinó la cabeza pensativamente; la irguió al cabo de un instante y, mirando á su padre con malicia, le dijo:

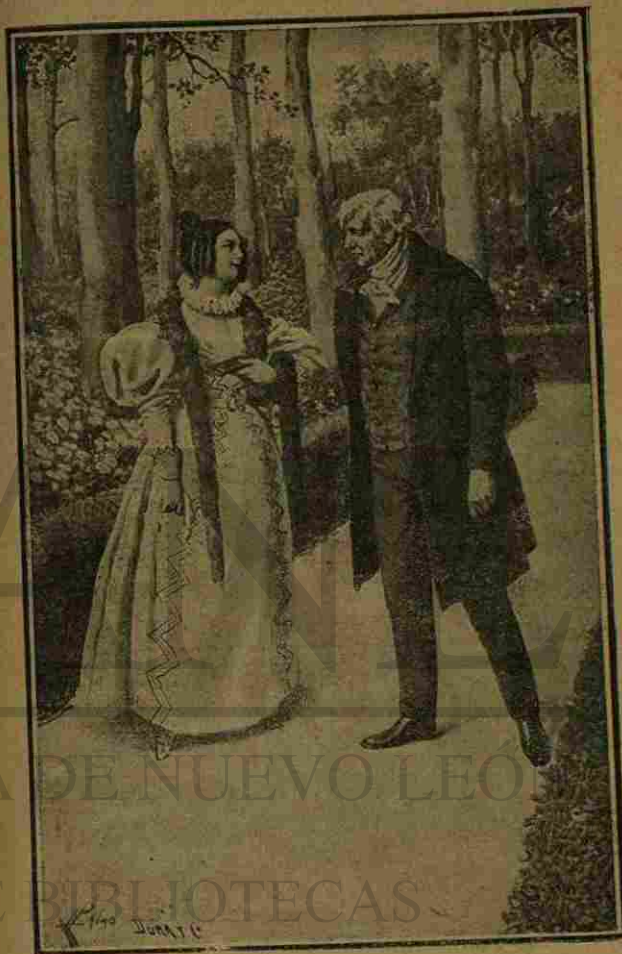
—¿Está usted muy seguro de que se va mañana?

—¿Serás tú quien lo impida?

—¿Me lo prohíbe usted?

—Empieza por contestarme. ¿Serás tú quien le impida marcharse?

—Sí; si lo quiero.



—¿Está usted muy seguro...?

—Pero, ¿lo querrás?

—Sí—dijo Estela con tan resuelta entonación que el coronel al frente de su regimiento no hubiera acertado á emplear acento más firme ni más imperativo.

—¡Ah!, ¡señora caprichosa!—respondió, después de un instante de silencio;—parece que cambiamos de parecer. Te advierto que es ya un poco tarde para ello y que Servian, de quien acabo de separarme, me ha parecido tan sentimental como una granada de 12.

—¿No soy hija de usted?—dijo ella;—¿creerá usted que me asusta una granada?

—Tratad de entenderos—continuó el coronel con expresión de complacencia;—sabes muy bien que no pido más que firmar el contrato.

—¡El contrato! ¡Qué prisa le ha entrado á usted! El contrato de paz es lo que hacía falta firmar ante todo y ni yo misma estoy decidida á hacerlo. ¡Si él cediera, veríamos; pero es tan orgulloso con sus apariencias modestas!

—Pues precisamente ahora entra en el jardín.

—¿Quién? ¿La granada de 12?—dijo Estela riendo.—Tengo mucho miedo y ganas de echar á correr.

—Eso, según creo, quiere decir que tienes muchas ganas de que me vaya.

La joven sonrió con ladina expresión y no contestó palabra.

—Vamos, vamos, comprendo—continuó el coronel, bajando la cabeza bondadosamente;—ya no sois niños y se os puede dejar solos. Voy á buscar á Tonayrion para llevarle al billar. Para que veas que soy buen padre.

El señor Herbelin se alejó al pronunciar estas palabras y un momento después Estela y Servian se encontraron por una de esas casualidades que no ocurren más que á los que las buscan.

X

Los rivales.

Después de separarse del señor Herbelin, Servian se sumió en profunda meditación.

—Estela ha recibido de mí un agravio—se dijo—y eso es el motivo que la impide casarse conmigo. ¿Qué agravio será ese?

Hasta entonces Servian no había atribuído la repulsa de sus pretensiones más que á la exage-

—Pero, ¿lo querrás?

—Sí—dijo Estela con tan resuelta entonación que el coronel al frente de su regimiento no hubiera acertado á emplear acento más firme ni más imperativo.

—¡Ah!, ¡señora caprichosa!—respondió, después de un instante de silencio;—parece que cambiamos de parecer. Te advierto que es ya un poco tarde para ello y que Servian, de quien acabo de separarme, me ha parecido tan sentimental como una granada de 12.

—¿No soy hija de usted?—dijo ella;—¿creerá usted que me asusta una granada?

—Tratad de entenderos—continuó el coronel con expresión de complacencia;—sabes muy bien que no pido más que firmar el contrato.

—¡El contrato! ¡Qué prisa le ha entrado á usted! El contrato de paz es lo que hacía falta firmar ante todo y ni yo misma estoy decidida á hacerlo. ¡Si él cediera, veríamos; pero es tan orgulloso con sus apariencias modestas!

—Pues precisamente ahora entra en el jardín.

—¿Quién? ¿La granada de 12?—dijo Estela riendo.—Tengo mucho miedo y ganas de echar á correr.

—Eso, según creo, quiere decir que tienes muchas ganas de que me vaya.

La joven sonrió con ladina expresión y no contestó palabra.

—Vamos, vamos, comprendo—continuó el coronel, bajando la cabeza bondadosamente;—ya no sois niños y se os puede dejar solos. Voy á buscar á Tonayrion para llevarle al billar. Para que veas que soy buen padre.

El señor Herbelin se alejó al pronunciar estas palabras y un momento después Estela y Servian se encontraron por una de esas casualidades que no ocurren más que á los que las buscan.

X

Los rivales.

Después de separarse del señor Herbelin, Servian se sumió en profunda meditación.

—Estela ha recibido de mí un agravio—se dijo—y eso es el motivo que la impide casarse conmigo. ¿Qué agravio será ese?

Hasta entonces Servian no había atribuído la repulsa de sus pretensiones más que á la exage-

ración romántica de las aspiraciones conyugales de la señora Caussade. Al saber que su fracaso obedecía á un motivo particular, experimentó satisfacción indefinible. Interrogó sus recuerdos, sin llegar á descubrir el delito de que se veía acusado. Cansado de indagarlo y convencido de su inocencia, determinó pedir una aclaración á la única persona de quien podía esperarla, supuesto que el coronel se había resistido á explicarse.

Este paso le pareció en un principio conveniente, luego necesario y se dijo que su resultado, fuera el que fuese, en nada alteraría la razonada frialdad de sus actuales sentimientos. Recordando entonces que había anunciado su marcha para el siguiente día, reconoció que no tenía tiempo que perder y bajó al jardín, en el que un rato antes había divisado á la señora Caussade.

Para dar á su exnovio el tiempo necesario para acercarse sin comprometer por ello su dignidad de mujer, Estela se detuvo ante un macizo de dalias, cuyas variedades se dedicó á observar con atención que hubiera honrado á un buen aficionado á la horticultura. Servian, á quien afectaba volver la espalda, se encontró cerca de ella, sin que se volviera al percibir sus pisadas.

—¡Ahl, ¿es usted?—dijo, fingiendo cierta sorpresa.—¿Busca usted á mi padre? Estaba aquí ahora mismo.

—Hace poco rato que lo he dejado—respondió Servian;—no es á él á quien busco, sino á usted.

—¿A mí? Me sorprende usted ciertamente—replicó la joven.—¿Qué me quiere usted?

—Recibir sus órdenes para París.

—¿Se marcha usted?

—Mañana, señora.

—¿Y cuándo vuelve usted?

—El día de su boda con el señor Tonayrion, si es que se digna usted invitarme á ella.

Estela apoyó el codo derecho sobre la mano izquierda y pellizcó el hoyuelo de su barbilla con dos dedos delicados y regordetes. En esta actitud llena de coquetería y con la cabeza inclinada hacia adelante, fijó sobre su enamorado una de esas miradas que llegan hasta el fondo del corazón y contra las cuales no hay defensa posible.

—¿Y con esa frialdad habla usted de mi boda?

—le dijo, á modo de reconvención.

—¿Querría usted, quizás, oírme hablar de ella con dolor, como tuve la debilidad de hacerlo el otro día?

—Quizás—replicó con una sonrisa, hermana gemela de su mirada.

—Permitame usted que le rehuse esa diversión; no dudo que la pena de un corazón que fué todo de usted, pudiera parecerle agradable compañía para su felicidad; pero para hacer el papel de amante desgraciado me falta hoy una cosa esencial...

—¿El amor?

—Quizás, diré á mi vez.

—¿No está usted muy seguro?—dijo ella sonriendo.

—No lo estoy cuando usted me mira de ese modo; pero lejos de usted, y bien pronto lo estaré mucho, el sortilegio se desvanece y deja lugar á la razón.

—¿Y qué le dice á usted de mí esa hermosa razón?—preguntó la señora Caussade con provocativa travesura;—es ese un espejo en el que nosotras las mujeres no acostumbramos á mirarnos. No me adule; al contemplarme usted en él, ¿me ve muy fea, muy hermosa, muy abominable?

Al hablar de esta suerte, pareció Estela tan encantadora á Servian, que, en lugar de contestar, se entregó al placer de mirarla.

—Pero, ¡hable usted, hombre!—continuó;—su silencio podría hacerme creer que no se atreve á decirme lo que piensa de mi persona.

—No me atrevo, en efecto—dijo él, sonriendo con melancolía.

—Pues bien; entonces soy yo la que va á hacer mi retrato. Soy una mujer atolondrada, caprichosa, extravagante, malvada, cruel y bárbara; y soy todo esto porque el otro día y por haber tenido miedo al lobo, no supe sujetar bien mi pañuelo.

—Pecado confesado, está medio perdonado—dijo Servian con fría entonación.

—No me basta un medio perdón—repuso Estela con irresistible acento de dolor;—quiero su perdón entero, el de usted, ¿lo oye?; la opinión de los demás me importa poco. ¡Sí, he obrado mal; me he conducido como una niña, como una local. Hubiera merecido que se me arrojara á la trampa detrás del pañuelo. Pero para reconocer mi falta no necesitaba que me la hiciera usted sentir tan duramente. La herida de Félix y el peligro á que usted se expuso, ¿no eran suficiente castigo para mí? Porque no siempre he tenido buena cabeza, ¿se ha deducir que tengo mal co-

razón? ¡Qué severo ha sido usted para conmigo! Me ha dirigido usted palabras tan mordaces, tan amargas, que más de una vez me ha costado trabajo contener las lágrimas.

—¿De modo que llora usted algunas veces?— dijo Servian, quien, para cerrar su corazón á la indulgencia, trató de acorazarlo de ironía.

—Pero, ¿qué idea tiene usted formada de mí?— continuó la señora Caussade con impaciencia.
—Porque soy alegre, ó, si usted lo prefiere, atolondrada; porque, disfrutando de salud completa, no hablo nunca de jaquecas, de gastritis ni de ataques nerviosos; porque no me paso los días tendida en un diván haciendo los mohines usuales en mujeres que quieren hacerse las interesantes; porque me agrada el ejercicio, el aire libre, el movimiento, cosas todas necesarias á mi salud; porque, si tuviera que vivir como bajo un fanal, me moriría; porque, finalmente, monto á caballo alguna vez, y este es, según creo, mi gran crimen á sus ojos, ¿se figura usted que soy un húsar con enaguas? ¿Sabe usted que es usted muy atrevido y que á mi vez tendría yo derecho á enfadarme? Sepa usted, caballero, que no tengo ninguno de los defectos que se dedica usted á po-

ner en ridículo desde hace dos días. Ha creído usted ser muy malo y no ha sido más que injusto. Ni una sola de sus bromas puede referirse á mí. Ni fumo, ni tiro á las armas, ni he apostado nunca en las carreras; en una palabra, no soy un marimacho: soy una mujer, ¿oye usted?, una mujer en toda la extensión de la palabra.

—Es usted un ángel, cuando quiere— dijo Servian con expresión burlona, que dejaba adivinar la ternura;—¿y por qué no quiere usted siempre?

—Eso, á la larga, resultaría aburrido— dijo Estela riendo;—las mismas virtudes necesitan variedad y, por lo demás, conozco demasiado la flaqueza de mis méritos para aspirar á la perfección. Pero, me parece que hemos andado mucho camino sin enterarnos de ello. ¿De qué hablábamos? ¿De su marcha? ¿De modo que está usted resuelto á dejarnos mañana?

La mirada que acompañó á estas palabras acabó de vencer á Servian.

—Dígame usted la verdad— dijo con voz conmovida;—¿es posible que se case usted con el señor Tonayrion?

—Con él ó con otro, ¿qué más le da á usted?

—Otro quizás fuera digno de usted; ¡pero él! ¡Cómo!; estando dotada de tan viva penetración, ¿no ha adivinado usted aún la deplorable indigencia que se oculta detrás de esas exterioridades fastuosas?

—Palabras de rival. Confiese usted que siente celos del señor Tonayrion y, á mi vez, contestaré francamente á su pregunta.

Hasta entonces, en lugar de provocar la aclaración que deseaba obtener, Servian se había dejado llevar por el curso de la conversación; las últimas palabras de Estela volvieron á encarrilarle.

—No puede haber rivalidad sino donde existen esperanzas; ¿y cómo podría yo abrirlas todavía?—dijo con acento resignado;—¿acaso no he cometido una falta que me ha perdido para siempre ante sus ojos?

—¡Ah! Mi padre ha hecho una de las suyas—dijo vivamente la joven;—me las ha de pagar. Vamos, ¿qué le ha dicho á usted?

—Un enigma cuya solución he venido á buscar aquí. Todo lo que he sabido es que soy culpable; pero, ¿en qué?; pero, ¿cómo? Lo ignoro. Sin embargo, en ningún país civilizado se condena

á un acusado sin dejarle medios de defensa: permítame usted que invoque este principio de justicia. ¿De qué me reconviene usted, señora? ¿Cuál es mi crimen? ¿Qué lie hecho?

Desde hacía dos días la señora Caussade ansiaba esta explicación tanto, por lo menos, como el mismo Servian; pero al verse interpelada de improviso de modo tan explícito, experimentó una sensación de cortedad que la hizo enmudecer.

—Tiene usted razón—dijo al fin, recobrando su serenidad;—no hay nada como la franqueza. Además, llevamos ya mucho tiempo ocupándonos de mis defectos; á usted toca ahora ocupar el banquillo. Sepa usted...

En aquel momento Estela divisó á corta distancia á Raul Tonayrion que se dirigía hacia ellos.

—¡Qué fastidio!—dijo, interrumpiendo la frase comenzada;—¿no se le había llevado mi padre al billar?

—Por favor—exclamó Servian,—una palabra más. Tiene usted tiempo para decirla antes de que llegue aquí.

—Una palabra no bastaría; pero volveremos á hablar de esto.

—Pronto, ¿verdad?; ¿hoy?

—Es ya muy tarde; es preciso regresar y en el salón nos será imposible hacerlo.

—Entonces, ¿mañana? Se lo suplico, ¿mañana?

—¿No sabe usted que todas las mañanas voy á pasear por el bosque, cerca de la *Fosa del Cosaco*?

El importuno se hallaba ya á dos pasos de distancia y Servian sólo pudo contestar con una mirada.

Lo que conducía á Tonayrion al jardín era la casualidad y no ninguna celosa suspicacia. Los celos implican siempre cierta desconfianza de sí mismo, que jamás llegó á conocer el guapo Raul. Harto poseído de sus méritos para dignarse conceder la menor atención á Servian, le había dejado el campo libre desde hacía cuarenta y ocho horas, observando respecto de Estela la actitud digna y seria de un hombre injustamente postergado. Por lo demás, teniendo la imaginación fija incesantemente en el misterioso proyecto cuya realización esperaba, ¿cómo hubiera podido adivinar el pensamiento de un rival hasta entonces ignorado?

En aquel momento, sin embargo, la venda

con que una vanidad excesiva le había cubierto los ojos se desgarró súbitamente. El rubor de Estela y el visible descontento de Servian le dieron á conocer que su presencia no era esperada ni, menos, deseada.

Comprendió que estaba allí de sobra, descubrimiento siempre mortificante para un indiferente y singularmente cruel para un interesado. Un enamorado tímido hubiera perdido su aplomo ó se hubiera retirado; pero no era hombre Tonayrion para declararse vencido por tan poco. Lejos de parecer turbado, aumentó su engallamiento habitual y, lanzando á su rival una altanera mirada, ofreció el brazo á la señora Caussade, como hombre cuyos derechos á semejante familiaridad estaban por encima de toda discusión.

—El ambiente está frío—le dijo—y el coronel teme que se constipe usted. ¿Quiere usted volver á casa?

En cualquiera otra circunstancia, Estela hubiera acogido pésimamente semejante intervención; pero el despecho que vió relampaguear en los ojos del guapo Raul le inspiró desacostumbrada prudencia. Para evitar una de esas discusiones que entre rivales adquieren tan fácilmente una

gravidad á menudo irremediable, aceptó el brazo que se le ofrecía y, mirando á Servian de modo que le indemnizara espléndidamente, le dijo:

—Realmente hace frío y mi padre tiene razón al querer que me retire. ¿Tiene usted la bondad de buscar un libro que me he dejado en el banco verde? Va á llover esta noche y sentiría que se mojase.

Si el mal humor y hasta la rebelión parecen á veces lícitos á un amante desahuciado, la sumisión pasiva, en cambio, es deber elemental para todo enamorado favorecido. Con arreglo al giro que había tomado su conversación con Estela, Servian no podía desobedecer, so pena de incurrir en delito de lesa ingratitud; ejecutó, pues, con docilidad ejemplar la orden que había recibido y se encaminó al fondo del jardín, sin que la entrevista de que iba á aprovecharse su rival pareciera ocasionarle la menor inquietud.

Mientras se alejaba, la señora Caussade y Raul siguieron el camino que conducía á la casa y anduvieron algún tiempo silenciosamente, á disgusto ambos y ambos irresolutos en manifestar su descontento.

Al fin, Tonayrion dejó escapar una sorda risotada.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Estela con sequedad.

—Reflexiono—contestó el interpelado sombríamente.

—¿Por lo visto reflexiona usted alguna vez?—dijo Estela con sorna.

—Verdad es que prefiero obrar.

—Excepto cuando hay lobos de por medio.

Tonayrion se permitió encogerse de hombros. —Convengo en ello—dijo;—el otro día carecí de entendimiento; pero, ¿cómo comprender que deseaba usted verme luchar con aquel animal insignificante? En otra ocasión, cuando crea usted oportuno ponerme á prueba, indíqueme, se lo ruego, un adversario serio; no siento afición alguna á realizar proezas de colegial.

—Eso se concibe: un hombre acostumbrado á vencer leones no puede rebajarse hasta el extremo de matar á un lobo.

El guapo Raul se retorció marcialmente los bigotes.

—Señora—dijo,—es usted una mujer y todo le está permitido; diviértase á mi costa, si eso la

agrada. Escucharé descubierto sus bromas. Sin embargo, permítame usted que le dirija una sola observación.

—Hable usted—dijo Estela.

—Si tuviera en menos su estimación, podría yo, no dejar de merecerla, sino resignarme con su pérdida; los sentimientos que á usted he dedicado no se compadecen con esa resignación. La flecha que, lanzada por cualquiera otro, pasaría sin tocarme, me hiere profundamente cuando procede de su mano. No es prudente, sépalo usted, irritar, ni aun en broma, un corazón apasionado como el mío. Nunca oculté á usted mis defectos; para uno de ellos, sobre todo, solicito su consideración.

—¿Qué defecto es ese?

—Un sentimiento de pundonor llevado quizás hasta la exageración, que no me permitió jamás aceptar una posición falsa, ambigua ó ridícula. Admiro la moral evangélica; pero no poseo la suficiente virtud para practicarla. Cuando se me abofetea una mejilla, me es imposible ofrecer la otra.

—¿Adónde quiere usted llegar?—dijo la señora Caussade;—¿á un desafío?

—Quizás.

—¿Quiere usted batirse conmigo?

—Estoy harto seguro de que sería vencido.

—¿Con quién, entonces?

—No tendría que ir muy lejos.

—¿Con mi padre?

—Lo respeto como si fuera el mío.

—A nadie sino á él podría usted, sin embargo, hacer responsable de los agravios de que resulto culpable respecto de usted, toda vez que no tengo ni hermano, ni marido.

—Sabe usted perfectamente á quién me refero.

—¿Sería acaso al señor Servian?

—A él mismo.

—¿De veras?—dijo Estela, fingiendo risa.—¿Qué le ha hecho á usted?

—¿Que qué me ha hecho, señora? ¿Me cree usted ciego? Ese hombre ama á usted ó, por lo menos, trata de agradarla; ¿y me pregunta usted lo que me ha hecho? Más le valdría haberme arrebatado mi fortuna, pues eso podría perdonárselo; pero disputarme el corazón de usted es atentar contra mi vida. ¡Fatal inspiración la que le trajo aquí! ¡Oh, sí, muy fatal!

Levantó la diestra en alto y la cerró convulsivamente, como si hubiera empuñado el pomo de una espada. El ademán fué ejecutado con tan amenazadora expresión, que, á pesar de sus aficiones á todo lo heroico, la señora Caussade experimentó algún sobresalto. Con maravillosa presteza de imaginación, se figuró ver á sus dos adoradores en el campo del honor; y al observar el sanguinario continente del señor Tonayrion, no pudo menos de sentir temores por Servian.

—Permítame usted que le dirija una pregunta—continuó el guapo Raul con voz cavernosa:—¿ese caballero va á permanecer aquí mucho tiempo?

—Algunos días solamente; hasta es posible que se marche mañana.

—¿Y cree usted que volverá?

A pesar de su emoción, creyó la señora Caussade que sería humillante someterse á semejante interrogatorio.

—Que vuelva ó no, ¿á usted que le va en ello?

—¿Por lo visto se niega usted á contestarme?

—No reconozco en usted derecho para hacerme esas preguntas.

—Escúcheme usted, señora, porque ello es

grave—exclamó Tonayrion patéticamente;—desde hace varios meses, en que he tenido el honor de verla á menudo, nunca me ha permitido usted que describiera en toda su violencia los sentimientos que me dominan. Pero, en el momento actual, no me es posible contenerme por más tiempo; y es porque amo á usted con tal pasión, que si me viera precisado á renunciar á toda esperanza de ser correspondido, hoy mismo diera fin de mi existencia. ¡Juzgue usted, pues, si me es dable pensar con sangre fría en ese hombre, que temerariamente se jacta, quizás, de obtener su amor! ¡Entre él y yo no cabe ya otra cosa que un combate á muerte! ¡Lo repito, señora; fatal es el destino que le ha conducido aquí, porque le mataré ó me matará él á mí!

—Pierde usted la cabeza—repuso Estela, más asustada cada vez ante tan mortífero lenguaje.—El señor Servian es amigo de mi familia y me conoce desde hace mucho tiempo; eso es todo. Le atribuye usted intenciones que no tuvo jamás. Vamos, deje usted esa entonación trágica y prométame ser tan razonable como cuando el otro día le impedí batirse con el señor Cambier.

—¿Se puede ser razonable cuando se ama? El

solo recuerdo de ese hombre me exaspera. Si permanecemos algún tiempo el uno frente al otro, lo conozco, me será imposible refrenarme; y entonces... ¿No me ha dicho usted que pensaba marcharse?

—Muy pronto.

—¡Que se marche, pues, ó desgraciado uno de los dos!

Al tratar de asustar á la joven, Tonayrion no perseguía otro fin que el de conseguir el alejamiento de su rival. Tal sistema de intimidación, que resulta práctico cuando se ejerce sobre espíritus impresionables, se vió coronado por un éxito completo.

Estela, al llegar á la casa, se apresuró á separarse de su terrible adorador y subió rápidamente á las habitaciones de su padre, á quien, como lo esperaba, encontró en compañía de su soberbia pipa de espuma de mar.

—¿Así es como juega usted al billar?—le dijo.

—No me riñas—respondió el señor Herbelin apagando la pipa;—he buscado al señor Tonayrion por todas partes sin lograr dar con él. ¡Vamos á ver! ¿En qué hemos quedado? ¿Persiste Servian en irse mañana?

—Que quiera ó no, es necesario que se marche.

—¿Y por qué razón?

—Porque, si se queda, el señor Tonayrion le desafiará indefectiblemente.

—¿Desafiarle? ¿Y á santo de qué?

—¿A santo de qué?—repitió la señora Caussa-de con impaciencia.

—¡Ah, es verdad!; no recordaba yo aquella fábula, según la cual vivían en paz dos gallos hasta que se presentó una gallina...

—No lo tome usted á risa. Si yo fuera causa de la muerte de un hombre, me moriría de pena. A toda costa hay que evitar el lance, que puede ocasionarse con el motivo más insignificante. El señor Tonayrion es tan exaltado y tan violento, que creo imposible llamarle á la razón; pero Servian es hombre tranquilo, reflexivo, prudente; usted ejerce sobre él gran influencia y no es dudoso que, si usted le habla, accederá á...

—¿A marcharse, verdad? El recurso es honroso. ¡Despedir á uno de mis mejores amigos porque no tiene la suerte de agradar á Tonayrion! ¡Preferiría echarme á mí mismo de casa!

—Pero, ¿y si se baten?

—¿Y qué? Se batirán. Bien mereces que se

crucen por ti dos aceros; en el curso de mi vida he recibido dos estocadas por dos princesas que no hubieran sido dignas de limpiarte el polvo de los zapatos; además, puesto que sostienes que Servian es cobarde, esta es buena ocasión para saber á qué atenernos.

—Habla usted en broma, ¿verdad?

—¿Y por qué no había de hacerlo así, cuando tú, tan intrépida habitualmente, estás tan asustada? ¿Por cuál de los dos abrigas temores?

—Por los dos.

—¿Lo mismo por uno que por otro?

—¡Qué pesado está usted hoy!—dijo Estela sonriendo, á pesar de su preocupación.

—Eso no es contestar—repuso el coronel con expresión de afable ironía;—si intervengo en este grave asunto es con la condición de que me hagas una confidencia completa.

—Mañana—contestó la joven viuda, recordando la conferencia decisiva que había de celebrar con Servian.

—¡Enhorabuena!—dijo el señor Herbelin, restregándose las manos.

La señora Caussade estaba en pie ante una ventana cerca de la cual se encontraba sentado

su padre; de vez en cuando miraba al exterior y contemplaba con ansiedad involuntaria al guapo Raul que se paseaba en actitud majestuosamente amenazadora. De improviso, Servian apareció por la entrada de la alameda de castaños que terminaba cerca del edificio, y al divisarle Tonayrion acortó el paso con la probable intención de interpelarle. El encuentro de ambos rivales era inevitable y, al pensar en sus posibles consecuencias, Estela sintió reavivarse sus alarmas.

—¡Ahí están!—dijo, volviéndose con viveza hacia su padre, como para reclamar de él el auxilio prometido.

Levantóse el coronel y á través de la persiana observó á los dos hombres, que no distaban entre sí más que algunos pasos.

—Por la manera de saludarse—dijo con el aplomo de un perito en cuestiones batallonas,—conoceré si realmente hay gato encerrado.

En aquel mismo momento, los rivales se dirigieron la palabra mutuamente con tanta tranquilidad, que el hombre más perspicaz de la tierra no hubiera descubierto en sus ademanes indicio susceptible de ser trágicamente interpretado.

—Ya estás viendo que ninguno de los dos piensa en nada malo—dijo el coronel á su hija, quien, al comprobar la tranquila actitud de sus dos adoradores, acabó por tranquilizarse.

Al furibundo transporte á que se entregó Tonayrion habían seguido reflexiones de más pacífica naturaleza, inspiradas sobre todo (conviene decirlo), por el recuerdo del modo expeditivo y desembarazado con que Servian estranguló días antes á un lobo de poco benigno aspecto.

El soberbio joven pensó en que el sistema de intimidación, con tanto éxito empleado con Estela, pudiera muy bien ser ineficaz con tan rudo luchador; y así, en vez de ponerlo en práctica, como lo pensara en un principio, para decidir á su rival á retirarse, recurrió á un medio más ingenioso y menos arriesgado.

—Celebro poder hablar con usted un momento—dijo á Servian, con expresión de tanto interés, que á éste le pareció muy extraña.—¿Tiene usted noticias del señor Cambier?

—Me escribió al marcharse—repuso el tío de Félix.

—¿Y después?

—No.

—Pero, al menos, ¿sabe usted donde se encuentra?

—En París, supongo.

—¿No está usted inquieto?

—¡Inquieto!—repitió Servian;—¿de qué?

—En un abismo como París, mil asechanzas amenazan constantemente á un joven. Su sobrino tiene mucho de atrevido y me atrevería á decir que de irreflexivo; ¿no es de temer que, alejado de la vigilancia de usted, abuse de su libertad y cometa una de esas locuras que, á pesar de la atenuante de la edad, dan á veces resultados gravísimos?

—De temer es eso, en efecto; pero, ¿qué le hemos de hacer? Un futuro coracero no puede vivir recluso como una religiosa. Ninguno de nosotros en la primera juventud ha dejado de cometer alguna locura de esas de que usted habla; y, después de todo, las mejores lecciones son las que da la experiencia. Se corrige uno á sí mismo mucho más de lo que se deja corregir por el prójimo.

Tonayrion guardó silencio un momento.

—Su sobrino de usted es aficionado al juego; ¿lo ha observado usted?

—No—repuso Servian.—Ha aprendido á jugar al whist para poder acompañar al coronel; antes de esto, que yo sepa, no había tocado una carta.

—Antes del viaje de usted á Italia, es posible; pero tengo pruebas de que ha jugado durante su ausencia.

—¿Y cree usted que ha ido á París expresamente para eso? Por fortuna las casas de juego están cerradas; pero, aunque no lo estuvieran, á un niño como Félix no le permitirían entrar en ellas.

—Los garitos públicos es cierto que están cerrados; pero, ¿no existen más de veinte casas clandestinas, más peligrosas aún, puesto que se sustraen á la vigilancia de la policía, y en las que no paran mientes en la edad de los menores?

Servian miró fijamente á su rival.

—Usted tiene, sin duda, motivos para hablarme de esa manera—le dijo con seriedad.—Ruego á usted que se explique más claramente.

—No quisiera alarmar á usted sin motivo—respondió Raul con fingida vacilación;—pero, puesto que lo exige usted, voy á decirle todo lo que sé. Esta mañana he recibido carta de un ami-

go en la que me refiere una escena trágica de que había sido testigo en uno de esos garitos á que acabo de aludir. Después de haber perdido una cantidad de cierta consideración, un joven se disparó un tiro en la cabeza; y sus señas, que mi amigo me transmite, parecen asemejarse tan exactamente á las del señor Cambier, que, á pesar mío...

—Enséñeme usted esa carta—dijo Servian, presa de súbita emoción.

—La he roto, porque no conservo ninguna de las cartas que recibo; además, no añadiría nada á lo que le he referido.

Servian amaba paternalmente á su sobrino; pero estaba dotado de harta serenidad é inteligencia para alarmarse fácilmente. En vez de enviar á buscar caballos de posta y de salir precipitadamente en dirección á París, conforme lo esperaba el guapo Raul, recapacitó brevemente y bien pronto se tranquilizó del todo.

—El suicida no puede ser Félix—dijo;—en primer lugar, para perder mucho dinero es necesario tenerlo, y yo soy quien administra su fortuna. Con lo que ha debido sobrarle de su pensión al finalizar cada mes le sería difícil hacer

lócuras; en segundo y último lugar, Félix es rico y, aunque se hubiera dejado en la ruleta cien mil francos, no sería esa razón bastante para que se suicidase. Ningún jugador se mata mientras lleva una peseta en el bolsillo.

—¡Ah! ¡No quieres marcharte! —se dijo Tonayrion, irritado ante la lógica y la sangre fría de su rival;— te proporciono un medio honroso de retirarte y te obstinas en no aceptarlo. ¡Está bien; haz lo que gustes! ¡Mañana triunfaré en tus propias barbas y la cosa tendrá más gracia todavía!

XI

Los ladrones.

Al día siguiente por la mañana, la señora Caussade, fiel á su promesa, se dirigió con paso ágil y con el corazón conmovido al sitio designado para la cita. Obedeciendo á un sentimiento de vaga inquietud, que toda mujer experimenta en análogas circunstancias y sea la que quiera su inocencia, miró en pos de sí algunas veces al cruzar el parque.

En el momento en que salía de él por una

puertecilla situada sobre el foso y no lejos de la tumba del cosaco, miró hacia atrás por última vez y creyó reconocer á Raul Tonayrion en un hombre que desapareció en el acto por entre la arboleda.

Vivamente ofendida por aquella especie de espionaje, estuvo á punto de volver sobre sus pasos para dar una lección de urbanidad al indiscreto que se permitía seguirla de tal suerte; pero reflexionó que, en tanto realizaba su propósito, podría Servian esperarla y creer que faltaba á su promesa. Esta consideración hizo enmudecer á su resentimiento; trató de convencerse de que se había engañado y de que el hombre que había entrevisto era uno de los criados de la casa. Tranquilizada á medias, cruzó rápidamente el foso y bien pronto se encontró en una glorieta tapizada de mullido césped y formada por algunos árboles centenarios, lugar agreste y solitario que habitualmente escogía para sus paseos.

Cerca de un cuarto de hora llevaba la señora Caussade andando por la glorieta, á la que dió la vuelta por dos veces, sin dejar por eso de lanzar á los senderos que allí desembocaban miradas en las que empezaba á traslucirse la impaciencia,

lócuras; en segundo y último lugar, Félix es rico y, aunque se hubiera dejado en la ruleta cien mil francos, no sería esa razón bastante para que se suicidase. Ningún jugador se mata mientras lleva una peseta en el bolsillo.

—¡Ah! ¡No quieres marcharte! —se dijo Tonayrion, irritado ante la lógica y la sangre fría de su rival;— te proporciono un medio honroso de retirarte y te obstinas en no aceptarlo. ¡Está bien; haz lo que gustes! ¡Mañana triunfaré en tus propias barbas y la cosa tendrá más gracia todavía!

XI

Los ladrones.

Al día siguiente por la mañana, la señora Caussade, fiel á su promesa, se dirigió con paso ágil y con el corazón conmovido al sitio designado para la cita. Obedeciendo á un sentimiento de vaga inquietud, que toda mujer experimenta en análogas circunstancias y sea la que quiera su inocencia, miró en pos de sí algunas veces al cruzar el parque.

En el momento en que salía de él por una

puertecilla situada sobre el foso y no lejos de la tumba del cosaco, miró hacia atrás por última vez y creyó reconocer á Raul Tonayrion en un hombre que desapareció en el acto por entre la arboleda.

Vivamente ofendida por aquella especie de espionaje, estuvo á punto de volver sobre sus pasos para dar una lección de urbanidad al indiscreto que se permitía seguirla de tal suerte; pero reflexionó que, en tanto realizaba su propósito, podría Servian esperarla y creer que faltaba á su promesa. Esta consideración hizo enmudecer á su resentimiento; trató de convencerse de que se había engañado y de que el hombre que había entrevisto era uno de los criados de la casa. Tranquilizada á medias, cruzó rápidamente el foso y bien pronto se encontró en una glorieta tapizada de mullido césped y formada por algunos árboles centenarios, lugar agreste y solitario que habitualmente escogía para sus paseos.

Cerca de un cuarto de hora llevaba la señora Caussade andando por la glorieta, á la que dió la vuelta por dos veces, sin dejar por eso de lanzar á los senderos que allí desembocaban miradas en las que empezaba á traslucirse la impaciencia,

y ya acusaba á Servian de falta de puntualidad, pecado imperdonable en tales casos, por lo que hiere el amor propio.

—Sin embargo, bien claramente le dije que el punto de la cita estaba situado detrás de la *Fosa del Cosaco*—pensaba;—es, pues, imposible que no lo haya entendido así. ¿Tendrá la pretensión de querer hacerse esperar?

En el momento en que discurría sobre este pensamiento con creciente enojo, un ruido repentino que percibió á sus espaldas llamó su atención.

—Aquí está—dijo, dando media vuelta.

En lugar de Servian, Estela divisó á algunos pasos de distancia á tres hombres vestidos de blusa, armados de garrotes, terroríficamente barbudos y con rostros patibularios, cuyo encuentro en sitio tan apartado hubiera hecho retroceder al hombre más intrépido.

A pesar de sus inclinaciones caballerescas, Estela experimentó horrible espanto y trató de huir; pero en el acto los tres bandidos se precipitaron sobre ella, la sujetaron entre sus brazos y, para ahogar sus gritos, le aplicaron sobre la boca un pañuelo, nuevo ó poco menos, que sin duda ha-



... le aplicaron sobre la boca.

bían robado previamente. Medio muerta de miedo, la señora Caussade se agitó como el cordero entre los dientes del lobo; pero, á pesar de sus esfuerzos, se sintió llevada, ó mejor dicho, arras-trada por los audaces malhechores.

En aquel momento, un hombre á quien la Providencia pareció encaminar allí exclusiva-mente para impedir el odioso rapto, Raul Tonay-rion en persona, salió de entre los árboles y acu-dió belicoso como el propio Marte. A pesar de estar sin armas y aunque, al verle, los bandidos sacaron sus puñales, se arrojó sobre ellos con fu-ria admirable, arrancó el garrote de las manos del primero que cayó en las suyas y, solo él con-tra los tres, trabó un combate que en tales condi-ciones resultaba heroico.

Durante algunos momentos resonó en el bos-que el estrépito de los garrotes que se entre-chocaban, golpeaban, se elevaban y descendían con la fuerza y el menudeo de una granizada; pero pronto los bandidos, molidos á palos, apa-rentemente, empezaron á retroceder ante su te-rrible adversario; después, su retirada se convir-tió en derrota y abandonaron el campo de batalla envainando sus puñales.

Después de haberlos perseguido corto trecho, Tonayrion volvió en busca de la señora Cau-ssade, quien durante el combate había perma-necido inmóvil, sin voz y casi sin alientos.

—No tema usted nada, señora—le dijo Raul, secándose la frente con nobilísimo ademán;—esos miserables no volverán: soy yo quien se lo jura. Si usted no hubiera estado presente, los hubiera castigado con mano aun más dura. Pero esta escena ha atemorizado á usted; está usted pálida y trémula. Permita usted que la acom-pañé á casa.

Estela aceptó maquinalmente el brazo de Raul, quien siguió hablando con acento exaltado:

—¡Ah! ¡Este es el día más feliz de mi vida! ¡Hacia tanto tiempo que deseaba afrontar un peligro que le demostrara mi amor! No es que yo dispense á esos bandidos el honor de conside-rarlos como un grave peligro. ¿Por qué no eran más que tres? ¿Por qué estaban armados no más que de garrotes y puñales? ¿Por qué no me han herido, muerto mejor, ante los ojos de usted? ¡Quizás en este último caso lamentaría usted ha-berme tratado el otro día tan cruelmente!

El valor de Tonayrion acababa de revelarse

de modo tan manifiesto, que la señora Caussade se vió obligada á reconocer que había sido injusta con él. Ofendida, además, por la inexplicable conducta de Servian, creyó que la manera mejor de castigarle era congraciarse con su rival. Bajo la influencia de secreto enojo, estableció entre sus dos enamorados un paralelo que, como es natural, redundó en perjuicio del ausente.

Comparada la derrota de tres bandidos armados hasta los dientes con la estrangulación de un lobo, ¡cuán vulgar y mezquina resultaba, en efecto, esta última proeza! Servian faltaba á la cita; Tonayrion volvió á ser para ella el héroe de antaño.

—¡Me ha salvado usted la vida!—dijo ella, apoyándose en su brazo con un abandono en que el afecto entraba por menos que el despecho.

—Señora—contestó Raul con la más patética de las entonaciones,—después de esa frase, mi vida es la que ha de perderse si no me permite usted que se la consagrel

—Daría cuanto hay en el mundo—se dijo Estela—porque Servian nos viera en este momento.

Y, hecha esta caritativa reflexión, acentuó su coquetería hasta el punto de poder hacer deses-

perar á su otro enamorado, en caso de encontrarsele.

El, es decir, Servian, se encontraba mucho más cerca de lo que la señora Caussade se figuraba. Llegaba á la glorieta en el crítico momento en que terminaba el combate. Al ver volver á Tonayrion cerca de Estela, para quien ya no existía peligro alguno, se puso en persecución de los malhechores y, como éstos huían en distintas direcciones, se dedicó á dar caza al que más cerca tenía. No corría mal el bandido; pero corría más Servian. A punto ya de ser alcanzado, volvióse el primero de repente y, enarbolando el garrote, exclamó con voz fatigada:

—¡Un paso más y te reviento!

En lugar de hacer caso de la amenaza, Servian cargó sobre el bandido y le asestó en plena cara tan vigoroso puñetazo que le envió rodando seis pasos más allá. Sin darle tiempo para levantarse, le arrancó su garrote, se apoderó de un puñal que asomaba por un bolsillo de la blusa y, para tenerle sujeto, le asió de las barbas. ¡Espectáculo imprevisto! Aquella barba rojiza y poblada se le quedó entre las manos y dejó al descubierto un rostro que hubiera sido imberbe, á no ostentar

un leve bigotillo enrojecido por la sangre que derramaba el ladrón por nariz y boca.

—¡Pardiez!—dijo éste, saliendo de su atontamiento;—bien hubiera usted podido pegar menos fuerte. ¿Me ha confundido usted con un toro?

—Levántate—repuso Servian, guardando en su bolsillo como prendas de convicción el puñal y la barba postiza.

El hombre de la blusa obedeció.

—Ahora, andando delante de mí—continuó Servian.—Y, sobre todo, no trates de escaparte; al primer paso que des á derecha ó á izquierda te rompo la cabeza con tu garrote.

—¡Vamos! ¡Expliquémonos!—dijo el ladrón, sacando del bolsillo un pañuelo con el que enjugó la sangre que le corría por la barbilla.—¿Hace usted el favor de decirme por quién me ha tomado?

—Por un bandido, de quien el Juzgado dará buena cuenta.

—¡El Juzgado! ¡Nada menos que el Juzgado! ¡Gracias!

—Bueno: te explicarás ante él. Entretanto, anda.

—Caballero, está usted incurriendo en el más

deplorable de los errores. Tenga la bondad de mirarme y dígame si tengo la facha de un ladrón. No se fije usted en el traje, que, lo reconozco, no se acomoda al último figurín. Solamente los tontos juzgan á un hombre por la ropa que viste; y usted, á juzgar por el vigor de sus puños, tiene mucho talento. Examineme usted sin parcialidad: ¿Tengo cara de ladrón? ¿es de ladrón mi apostura? ¿cree usted que un ladrón se corta las uñas de esta manera?

Y, al hablar así, el joven puso ante los ojos de su interlocutor dos manos cuya pulcritud daba fe de cuidados de tocador que, por lo común, desdennan los salteadores de caminos. Lejos de aplanar á Servian esta especie de justificación, encendió su enojo.

—Si usted no es un ladrón, resulta que se trataba de un rapto—repuso, frunciendo el ceño;—no creo que semejante disculpa mejore su situación ante la justicia.

—¡Li rapto, ni robo, se lo juro, sino una de esas bromas que entre hombres...

—Basta. Yo no soy su juez, sino su guardián. ¡Ladrón ó no, ande usted!

Al decir esto, le asió por el cuello y le empujó

hacia adelante. El hombre de la blusa trató de resistirse; pero una vigorosa sacudida, que por segunda vez le derribó cuan largo era, le dió á entender que bajo la mano de su rudo adversario venía á estar como el pajarillo bajo la garra del milano.

—¡No me asesine usted!—exclamó, al ver el bastón enarbolado sobre él.—Puesto que resulta claro que es usted el que más puede, me someto; pero le doy mi palabra de hombre honrado de que pagará usted caro este atropello. Si alguna vez le encuentro en la calle, le prometo un par de bofetadas de primera calidad.

En lugar de contestar á esta amenaza, Servian ayudó al equívoco ladrón á levantarse y, sujetándole con mano firme, le obligó á emprender muy en contra de su voluntad el camino de la casa.

En otras circunstancias, el extraño atentado de que la señora Caussade acababa de ser objeto hubiera cautivado su romántica imaginación. Pasado el peligro, lo hubiera recordado mucho tiempo con emoción y quizás con gusto; pero en aquel momento la impresión que sufrió en poder de sus incógnitos raptos se desvaneció desde que cesó la causa. A las angustias del te-

rror siguieron inmediatamente las perplejidades de la duda más molesta.

—Ustedes los hombres son seres verdaderamente extraordinarios—dijo de improviso á Tonayrion, quien, en pie ante la butaca en que ella tomó asiento al entrar en el salón, se aprovechaba de las ventajas que le habían aquistado sus recientes proezas para intentar un ataque decisivo contra el corazón de la joven y opulenta viuda.

—¿Qué hay de extraordinario en que se muera de amor por usted?—contestó el guapo Raul, decidido á no dejar cortar por cualquier digresión el hilo de su apasionada arenga.

—No me comprende usted—continuó Estela con impaciencia;—quiero decir que me parece que los hombres tienen poca consecuencia en su carácter. Se habla del humor voluble de las mujeres; pero, ¿qué es nuestra volubilidad comparada con la inconsecuencia de los hombres? Valientes hoy, al día siguiente cobardes; ¿qué ha de creerse de ellos en definitiva?

—¿Debo darme por aludido en esa observación?—dijo Raul, con risa un tanto forzada.

—La mitad de ella va con usted.

—¿Por qué la mitad?

—Porque es usted el segundo en quien observo esas contradicciones.

—El segundo...; ¿luego hay un primero? ¿Puedo conocerle?

—Es inútil—respondió la señora Caussade, inclinando la cabeza con expresión meditabunda.

Tonayrion se mordió el bigote con cierto despecho, advirtiéndole al mismo tiempo que la ocasión era inadecuada para experimentar ó manifestar celos y continuó su peroración sentimental desde el punto en que su interlocutora la había cortado.

—Sí, señora, la amo—dijo, sacando de su pecho los acentos más patéticos;—la pasión que usted me ha inspirado ha adquirido un grado tal de ardor y de intensidad, que no me permite continuar viviendo en la incertidumbre; es que sufro demasiado, devorado como lo estoy por las llamas de tan amado tormento. ¡Oh, sí!; sufro demasiado—continuó el guapo Raul, con la mirada elevada al techo y la diestra oprimiendo su corazón.—¡Por favor!; ¡tenga usted piedad de su víctima! ¡Decida usted mi suerte con una sola palabra! Señora... Estela... una palabra, se lo supli-

co..., se lo pido de rodillas... Si aún tiene usted la crueldad de callar, á lo menos vuelva usted hacia mí sus hermosos ojos; que una mirada suya me revele lo que su boca se niega á decirme... ¡Estelal... ¡Una mirada tan sólo! ¡Oh!

—Levántese usted—repuso tranquilamente la señora Caussade;—¿no oye usted que viene alguien?

Antes de que Tonayrion hubiese obedecido, se abrió la puerta del salón y apareció Servian. Deteniéndose un momento en el dintel, examinó con mirada penetrante el continente de la joven y el de su rival. La calma de la una contrastaba de tal suerte con el acaloramiento del otro, que se sintió tan pronto tranquilizado como conmovido.

—Señora—dijo aproximándose,—al ver su tranquilidad nadie sospecharía que acaba usted de salvarse de una infame emboscada.

—Gracias al señor—repuso Estela, designando á Raul con una mirada que se fijó en seguida en Servian con expresión de fría indiferencia.

—Uno de esos miserables ha sido detenido—continuó este último.

—¡Detenido!—exclamó Tonayrion.

—¿Por quién?—preguntó la joven.

—Por mí.

—¿Luego estaba usted allí?—exclamó la señora Caussade, cuyo rostro se dulcificó súbitamente.

—Sí, señora—dijo Servian, acompañando la afirmación con una mirada que acabó de conseguir su perdón total.

—¿Y en vez de acudir en socorro mío—continuó Estela jovialmente,—se entretenía usted en perseguir á los ladrones?

—Se escapaban; luego ya no corría usted peligro alguno.

—¿Y ha traído usted aquí á su prisionero?

—Sí, señora; y venía á cerciorarme de si estaba usted lo suficientemente repuesta del susto que ha debido sufrir para que pueda ser conducido á su presencia sin inconveniente.

—¿Y á qué viene ese careo?—dijo Raul con expresión singular.

—Ese hombre pide con insistencia ser conducido ante la señora. Asegura que ella le concederá su perdón.

—¡Qué tontería!—repuso Tonayrion;—es imposible consentir que ese miserable se aviste con la señora. ¡Voy á hablarle!

—¿Por qué es imposible esa entrevista?—dijo Estela, cuya curiosidad é interés se habían súbitamente despertado ante la idea de ver comparecer ante ella uno de los ladrones que tanto terror le habían causado.—Mi padre ha salido y, por consiguiente, soy quien manda ahora en la casa. Además, no veo por qué he de negarme el gusto de hacer un acto de autoridad admitiendo la comparecencia de ese hombre ante mi tribunal. ¡Que venga!

—Pero, señora—objetó Tonayrion,—¿no teme usted que la vista de ese granuja le produzca una emoción demasiado viva...?

—¿Qué puedo temer, estando aquí usted y el señor Servian?—replicó la joven viuda.—Nada, está decidido; háganle venir. Siempre desee ver cara á cara á un ladrón; y en el bosque sentí demasiado miedo para contemplarle detenidamente.

Sin miramiento á la oposición manifestada por su rival, Servian salió del salón, al que regresó poco después seguido del hombre de la blusa, á quien custodiaban de cerca dos criados.

XII

La punta de la oreja.

Al entrar en el salón el bandido, cruzó una rápida mirada con el guapo Raul, se inclinó cortésmente ante la señora Caussade y, volviéndose en seguida hacia Servian, le designó con la vista á los criados, que se habían detenido en el dintel.

—Me parece que esos caballeros están aquí de más—dijo con voz poco segura;—acostumbro á no hacer nada delante de criados. Tenga usted la bondad de enviarlos á la habitación inmediata. Nada absolutamente tengo de malhechor, se lo juro; además, ¿no sabe usted que por sí solo vale tanto como seis gendarmes?

Servian hizo una indicación á los criados, que salieron del salón, cerrando la puerta al mismo tiempo.

El ladrón saludó de nuevo á la señora Caussade con un desembarazo que contrastaba singularmente con sus ropas y con su presunta condición.

—Señora—le dijo:—el modo de presentarme

ante usted es tan extraordinario, que ante todo debo suplicarle acepte mis humildes excusas por esta manifiesta violación de todas las leyes impuestas por el decoro.

—Pero este hombre no es ninguno de los que me han atacado—dijo Estela, quien desde que entró el bandido le miraba con una especie de desilusión;—los tres tenían unas barbas espantosas.

—Aquí está la del señor—dijo Servian, sacando del bolsillo la barba postiza.

Este imprevisto incidente avivó más aún el decidido interés que la escena inspiraba á la joven.

—¡Un disfraz!—exclamó.—Pero, ¿esto es cosa de novela?

—Una verdadera novela, señora—dijo el bandolero, sonriendo con toda amabilidad;—el papel que represento no se anuncia, convengo en ello, bajo colores muy halagüeños; pero tiene la heroína tales encantos, que me atrevo á esperar de ella un poco de indulgencia. Es imposible que no sea buena, siendo tan hermosa.

La señora Caussade miró sucesivamente con expresión de asombro á aquel ladrón de aca-

démico lenguaje, á Servian, cuya fisonomía expresaba gran esfuerzo de atención perspicaz, y á Tonayrion, quien, á pesar de sus esfuerzos por aparentar impasibilidad, parecía experimentar inquietud inexplicable.

—¿Comprende usted algo de esto?—dijo Estela, dirigiéndose á Servian.

—Si dijera que sí, me adularía—respondió éste;—pero es posible que el señor Tonayrion pueda facilitar á usted la clave del enigma.

—No sé lo que quiere usted decir, caballero—dijo el guapo Raul pataleando, sin darse cuenta de ello, como si el piso le abrasara las plantas de los pies.

—El señor tiene razón—dijo el ladrón;—¿á qué conduce prolongar por más tiempo un *imbroglio* que ya no tiene objeto? Por mi parte declaro que soy amigo abnegado; pero hasta el calabozo *exclusive*. Mi barba desapareció; vamos ahora con la careta. Vaya, Tonayrion, cede de buen grado y empieza por presentarme á esta señora de modo un poco menos irregular.

—¡Este miserable está loco!—exclamó Tonayrion, lanzando al ladrón una mirada relampagueante.

—¡Loco!—replicó éste sin conmoverse;—tú eres más bien el que me causa extrañeza. ¿Sabes que este señor, que está en todo, ha enviado á buscar á los gendarmes? ¿Pretendes, quizás, que yo me deje llevar á la cárcel con esposas en las manos? Pilades acaso no hubiera hecho otro tanto por Orestes; y has de saber que yo no soy Pilades.

—Está usted viendo que este desgraciado ha perdido el juicio,—repuso Raul, dirigiéndose á Estela con azoramiento;—permítame usted que le eche de aquí.

—Pero, si no tiene nada de loco—dijo Estela, cuya curiosidad había llegado al más alto grado.—Explíquese usted con toda libertad—continuó, encarándose con el hombre de la blusa.

—Pierdes el tiempo dirigiéndome esas miradas exterminadoras—continuó éste, sin dejarse intimidar por la furiosa pantomima de Tonayrion;—este es caso de fuerza mayor; los gendarmes están al llegar y ser discreto por más tiempo sería una estupidez. ¿Quieres presentarme á la señora, si ó no? No, ¿verdad? Pues bien, aquí tengo una cartita que va á servirme de recomendación.

El ladrón sacó del bolsillo un papel que pre-

sentó respetuosamente á Estela. Tonayrion se apresuró á tratar de apoderarse de él; pero Servian, que observaba sus menores movimientos, le detuvo con rápido ademán.

—Aguarde usted un poco, caballero—dijo, entregando la esquila á la señora Caussade.

El guapo Raul dejó escapar un silbido de rabia y alzó el puño, como para pulverizar cuanto se encontraba en torno suyo; este frenético ademán terminó sin efusión de sangre en la gorra que había dejado sobre una mesa en el momento más patético de su declaración amorosa.

—¡Cluzel, eres un infame!—exclamó, dirigiéndose al ladrón;—pero acuérdate de que has de perecer á mis manos ó yo á las tuyas.

Dicho esto, se precipitó fuera del salón.

—¿Desde cuándo te bates tú?—le gritó Cluzel.

Estela y Servian se miraron mutuamente; ella muy conmovida, él sonriente.

—Léame usted esta carta—dijo ella al fin;—todo esto me tiene trastornada.

Servian se apoderó de la carta y empezó por leer la dirección:

—«Señor Federico Cluzel, calle de Chantierine, París.»

—Servidor de ustedes—dijo el ladrón, saludando gravemente.

«Querido Cluzel—prosiguió Servian, pasando del sobrescrito al cuerpo de la carta:—Al recibir esta carta citarás á Balland y á Sabretat, con arreglo al artículo 4.º de nuestra Asociación tenoriesca y mefistofélica. Por el momento, á mí es á quien habeis de ayudar, abandonando cualquiera otra empresa que traigais entre manos. El asunto es éste: hace unos cuantos meses descubrí en las inmediaciones del bosque de Compiègne una joven, espiritual y encantadora viuda, que, aparte de estas cualidades, posee, sobre poco más ó menos, el millón de rigor. A esta amable personita le reservo la dicha de convertirse en la señora Tonayrion; pero es preciso para ello que le salve la vida ó el honor, ó cualquiera otra cosa por el estilo. ¡Esta es su manía! En su doble condición de viuda y de heredera, es endiabladamente caprichosa; y tengo previsto el momento en que, para permitirme que aspire á su mano, me exigirá que aprenda á bailar en el alambre; en fin, espero salir del apuro salvándola de algún peligro espantable. Pero, como los peligros son poco frecuentes, se trata de prepa-

rar uno que me lleve sin más escalas ni aplazamientos al puerto del matrimonio. El drama está escrito, sólo falta leerlo á los actores. Escuchadme y aplaudid. El miércoles próximo, á las nueve de su mañana, tú y los supradichos Salvetat y Balland os encontrareis en la encrucijada del Trieul, á un cuarto de legua de la carretera de Compiègne; Balland, que es cazador, conoce el sitio á que me refiero. Trajes: blusas desgarradas, barbas formidables, aspecto de ladrones de caminos, garrotes y puñales. Se me figura que ya me has adivinado. Entre otras aficiones más ó menos belicosas, mi futura tiene la de pasear todas las mañanas por el bosque y pasa invariablemente por el sitio indicado. Os poneis los tres al acecho; llega la pieza con faldas y os precipitais sobre ella con las exterioridades más criminales que podais imaginar; si la víspera habeis perdido á la ruleta, es seguro que desempeñareis vuestro papel con más naturalidad. Yo, providencialmente, me encuentro en el sitio en cuestión y me arrojo sobre vosotros, sin armas; uno cualquiera tendrá la bondad de dejarse desarmar; y entonces, ¡combate encarnizado! Sobre todo, no os olvideis de los puñales y de asestár-

melos al pecho; las mujeres tienen al puñal en gran estimación. No necesito añadir que al final resultareis ignominiosamente derrotados. Emprendéis la fuga, el drama se termina y lo demás corre de mi cuenta. A los tres meses se efectúa la boda y á ella estais invitados de antemano. No teniendo la presente más objeto que el que dejo expuesto, os deseo toda clase de prosperidades. *La unión hace la fuerza.*

TONAYRION.»

Durante la lectura de la carta, la señora Causade se ruborizó varias veces; y al terminarse, en lugar de formular alguna observación, permaneció silenciosa, con la cabeza caída y en actitud avergonzada.

—¿Esta carta ha sido dirigida á usted por el señor Tonayrion?—preguntó Servian, mirando fijamente al pseudo ladrón.

—Esa es su letra—dijo Estela, sin alzar la vista.

—Para destruir las sospechas que pesan sobre mí—respondió Cluzet,—es necesario que explique algunos fragmentos de esta carta, que seguramente habrán parecido á ustedes algo confusos. Algunos amigos míos y yo hemos formado

una Asociación por el estilo de la que se menciona en la célebre novela *La historia de los Trece*.

—¡Los devorantes! —interrumpió la señora Caussade, quien sabía de memoria aquella y muchas otras novelas.

—Precisamente, señora: Tonayrion es devorante, yo lo soy también; verdad es que en el ejercicio de esta profesión ni uno ni otro hemos devorado otra cosa que nuestro capital. Tonayrion, como ustedes han visto, había discurrido un medio muy agradable de rehacer la suya. Sometido á las reglas de la Asociación, me he visto en el caso de auxiliarle y confieso que lo hubiera hecho hasta el último extremo, si la defensa de mi honor comprometido no me hubiera obligado á romper el silencio; pero, señora (y permítame que apele á su buen juicio), ¿podía resignarme yo á pasar por más tiempo ante usted por un miserable ladrón?

En vez de contestar, la joven viuda miró á Servian, quien comprendió la significación de aquel signo tácito.

—Puede usted retirarse—dijo él á Cluzel con seriedad.—La señora accede á no ver en la con-

ducta de usted más que una calaverada que su juventud disculpa, pero que, de repetirse, se haría acreedora á un castigo severo. Las hazañas de Don Juan Tenorio no son ya propias del tiempo en que vivimos; hoy día su menor castigo sería el ridículo; no lo olvide usted.

Abrió la puerta y, dirigiéndose á los criados, que habían permanecido á modo de centinelas en la habitación contigua, les dijo:

—Dejen ustedes salir al señor.

En lugar de apresurarse á usar de la libertad que se le devolvía, Cluzel miró á la señora Caussade con expresión conmovida.

—Acepto la calificación de atolondrado y de calavera—le dijo;—pero me desesperaría que me creyese usted un canalla. Cuando pienso en que la he asustado, siento deseos de darme de calabazadas. Se lo suplico, señora; en nombre de su belleza, muéstrese usted generosa; dígame que me perdona y que si la casualidad me acerca á usted alguna vez, no me tratará como á un paria.

—Le perdono—repuso Estela, que, al ver la expresión humilde del exbandido, no pudo reprimir una sonrisa;—tenga su horrible barba y márchese á escape antes de que lleguen los gendarmes.

Cluzel le dió las gracias con una mirada expresiva y volviéndose acto seguido hacia Servian, le dijo:

—Bien miradas las cosas, no es bofetada, sino puñetazo, lo que he recibido de usted: ahora bien, en un combate, y combate ha habido, los puñetazos no encierran nada injurioso. De modo que, si le es á usted lo mismo, dejaremos la cuestión en tal estado.

—Como usted guste—dijo Servian sonriendo;—bastante tiene usted ya con su desafío con el señor Tonayrion.

—¿Acaso se bate ese?—repuso el joven con expresión desdenosa.

Saludó por última vez á la señora Caussade, se guardó en el bolsillo la barba postiza y salió del salón con el mismo aplomo con que entrara.

Solos ya, Estela y Servian guardaron silencio durante unos instantes. Al fin, él se sentó cerca de ella.

—¿Y bien?—dijo con suave ironía,—¿y cuándo yo le hablaba de las plumas de pavo real?

—Se lo suplico—contestó la joven;—no me hable usted de ese hombre, ni hoy ni nunca. ¿No estoy ya bastante humillada? Su ironía es terrible;

no me agobie usted con ella. Lo que me consuela algo es que nunca le amé; se lo juro. Me deslumbraban sus fanfarronadas y eso fué todo. Pero, vuelvo á decirlo; no hablemos más de ello. ¿Qué decíamos ayer cuando vino á interrumpirnos?

Servian entendía harto bien sus intereses para no seguir en el acto la conversación en el nuevo terreno en que se planteaba.

—Se disponía usted—respondió—á indicarme el horrible crimen que me perdió en el concepto de usted.

—Así es, y voy á decírselo todo. Sobre todo trate usted de disculparse, bien ó mal; me siento tan desilusionada, que, para reanimar mi corazón, quisiera pensar bien de usted. ¿Recuerda usted nuestro viaje á Vichy?

—Recuerdo todo lo que á usted se refiere desde que la conozco.

—De entonces proviene mi cambio respecto de usted.

—¡Por favor, explíquese usted!

—Es difícil de decir—prosiguió Estela con turbación;—¿cómo hacérselo comprender á usted? Cuando los salteadores detuvieron la diligencia,

me pareció... creí observar... quizás me equivocara...; pero, en fin, me pareció...

—Pero, ¿qué le pareció á usted? ¡Dígallo, por Dios!

—Que tenía usted miedo—dijo la joven, pronunciando estas palabras con rapidez y en voz baja.

—¿Y es ese el resentimiento que tenía usted conmigo?—exclamó Servian, cuya fisonomía inquieta se iluminó con una sonrisa llena de serenidad.

—Es bastante, me parece—repuso Estela, mirándole á hurtadillas.

—Y, aparte de eso, ¿tiene usted que reconvenirme de algo?

—No; pero contésteme usted: ¿me había engañado?

—No—dijo él, con acento apasionado,—no; porque tuve miedo, es verdad; y sólo el recuerdo de aquel instante me hace temblar todavía. Pero, ¿es usted mujer y no comprende? Usted estaba allí; aquellos miserables tenían armas; á la primera tentativa de resistencia podía tocar á usted una bala; ¿y no comprende usted aún que yo tuviera miedo?

La señora Caussade había inclinado la cabeza hacia atrás, entornando los párpados como para apreciar mejor la solidez del argumento; de improviso, mirando dulcemente á su enamorado, le dijo con expresión candorosa:

—No lo había adivinado; ¡y dicen que tengo talento!

Servian asió la mano que ella le tendía y la retuvo tiernamente entre las suyas.

—Y, aun suponiendo que yo hubiera experimentado el acceso de flaqueza de ánimo que usted suponía—dijo en tono de dulce reconvencción,—¿no hubiera resultado hartito duro mi castigo?

—No se queje usted de mi maldad; antes, por el contrario, esté usted agradecido á ella. ¿Quién sabe? Quizás reconocía la misma causa que su miedo.

—¡El amor!—exclamó Servian.

—No es á usted á quien pudiera tildarse de ser mal adivino—respondió ella, sonriendo deliciosamente;—de una frase que trato de hacer obscura deduce usted una declaración.

—¿Se desdice usted de esa declaración, que constituiría mi felicidad?

—Eso lo sabrá usted más adelante. Lo único que hoy por hoy quiero decir á usted es que una persona indiferente no hubiera excitado tan violentamente mi enojo.

Los novios estaban sentados ante una ventana; al mirar al exterior, Estela divisó al señor Herbelin, que cruzaba la terraza con paso acelerado y con animado continente.

—Ahí está mi padre—dijo, retirando la mano de que Servian se había hecho dueño;—retire usted su butaca, deme mi bordado y adopte usted una actitud razonable.

—¿Sabe usted dónde se encuentra el señor Tonayrion?—preguntó el coronel.

—En su cuarto, supongo—repuso Estela.—¿Tiene usted que decirle algo?

—Algo, y aun algo—dijo el coronel con áspera entonación;—y, por de pronto, ¡buen viaje!

—¡Buen viaje!—exclamó Servian;—¿cómo sabe usted que se marcha?

—Sé que se marchará, ¡mil bombas! Me parece que ya es demasiado el honor que nos hace prolongando su visita.

—¿Ha recibido usted cartas de París?—dijo Estela con vivacidad.

—Sí, señora, he recibido cartas de París—replicó el coronel con la misma colérica entonación;—cartas instructivas y edificantes. Margeron ha tardado en contestarme; pero tenía sus razones para ello. ¿Quieren ustedes conocer su estilo? Escúchenme.

El coronel sacó del bolsillo un papel mal doblado y, con voz acentuada por el mal humor, leyó lo siguiente:

«Tan pronto como recibí tu carta, mi viejo camarada, me puse en campaña para el negocio de que se trata. Ahí van los antecedentes y noticias que he obtenido y cuya autenticidad te garantizo. Tonayrion (Juan Raul), de treinta años de edad, aproximadamente, es hijo de un perfumista de Lyon, exdependiente de notario, actualmente sin oficio, ni beneficio, ni capital. Su padre le legó cien mil francos, evaporados en los actuales momentos; muy conocido en los garitos clandestinos y, lo que es peor, en Santa Pelagia (1). El año último, perseguido encarnizadamente por sus acreedores, marchó á Argel con el propósito de establecer allí una industria cualquiera, es de—

(1) Título de la cárcel de París en que se encerraba á los deudores. —N. del T.

cir, la de desplumar á los colonos; pero se encontró con que éstos eran más listos que él; eso es lo que sin duda llama él su «campaña de Constantina». En cuanto á su valor, es más que dudoso. Es uno de tantos fanfarrones como andan por esos mundos; un lobo que sólo á los corderos acomete. Se le conocen, sin embargo, dos desaffos; uno á pistola, á treinta y cinco pasos, con un pobre diablo medio ciego; el otro, á espada, con un muchacho de diez y siete años que en su vida había tenido un acero en la mano; ¡los hirió á los dos! Si tu encantadora hija, para quien te encargo un buen abrazo, fuera lo bastante loca para casarse con un bribón de esa especie, harás muy bien en imponer tu capital en renta vitalicia, á menos que te sientas lo bastante pollo todavía para lanzarte por segunda vez al matrimonio, lo cual, querido camarada, es harto aventurado á nuestra edad. Siempre tuyo,

MARGERON.»

—¡Bueno! ¿Y qué me dicen ustedes de esto?—preguntó el coronel, quitándose violentamente las gafas.—Ahora mismo voy á notificar al señor Tonayrion que se largue con viento fresco cuanto antes. No necesito en mi casa semejante ma-

marracho; y que no me excite la bilis, porque entonces...

—Padre mío, todo es inútil—dijo Estela suavemente;—según todas las apariencias, el señor Tonayrion está haciendo su equipaje en este momento y antes de la hora del almuerzo se habrá marchado.

—¿Eres tú quien le ha despedido? ¡Ven que te abrace!

La joven viuda relató los acontecimientos ocurridos durante aquella mañana. Al enterarse del simulacro de rapto, el coronel sintió exacerbarse su cólera; pero aquel arrebato se calmó en el momento en que Estela confesó, no sin ruborizarse, que se había reconciliado con Servian.

—¿Ves cómo yo tenía razón?—dijo entonces el señor Herbelin, restregándose alegremente las manos;—estaba seguro de que nuestro amigo era tan valiente como yo mismo. ¡Ah, soy de la antigua escuela! Me encantan las novelas que acaban en boda. Puesto que te empeñas en que no vaya á tirarle de las orejas al intrigante de Tonayrion, te complaceré; pero con la condición de que vas á otorgar tu mano á Servian, ahora mismo y delante de mí.

Ambos novios cambiaron una sonrisa.

—¿De qué se ríen ustedes?—preguntó el coronel.

—De que esa orden llega un poco tarde—replicó Estela, quien, con ademán lleno de donaire, puso su mano en la de Servian.

—¡Solapadal!—dijo el señor Herbelin, besando la frente de su hija, en tanto que estrechaba con vigorosa cordialidad la mano de su futuro yerno.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y Félix Cambier entró precipitadamente en el salón, con el rostro radiante y el brazo derecho en cabestrillo.

—¡Félix!—dijeron tres voces simultáneamente.

El alumno de Saint-Cyr se quitó la gorra con la mano izquierda y la arrojó negligentemente sobre el canapé. Se inclinó acto seguido ante la señora Caussade con arrogante galantería y adoptó una actitud de gran seriedad para saludar a su tío y al coronel.

—¡Qué cosa más rara!—dijo Estela, mirándole con atención;—el lobo le mordió á usted en el brazo izquierdo y resulta que tiene usted herido el derecho.

—¡Te has batido!—exclamó Servian.

Félix acentuó su seriedad é hizo un gesto á su tío para que se callara.

—Pero, ¿cree usted que se ha batido?—dijo el señor Herbelin.—Con razón se dice que ya no hay niños. Vamos, Félix, no se ponga usted colorado y cuéntenos eso; ya ve usted que estamos en familia.

No obstante su turbación, el alumno de Saint-Cyr no deseaba más que hablar.

—Mi tío—dijo, adoptando una actitud modesta,—habrá quizás referido á ustedes la triste disposición de espíritu en que me hallaba al ausentarme de esta casa. Casi estaba decidido á arrojar-me al agua; porque, figúrese usted, coronel, que se me había metido entre ceja y ceja una idea muy poco agradable; la idea de que era un cobarde; ni más ni menos. Llego, pues, á París, con la muerte en el alma, y, por una feliz casualidad, la primera persona con quien tropiezo en el boulevard es Daligny, compañero mío de promoción, buen muchacho, buen tirador y de genio poco sufrido. Aquel día estaba él de mal humor; yo, apenado; para distraernos, nos fuimos á comer juntos y después á la Opera. En la Opera regañamos: él sostenía que Dupres canta mejor

que Rubini, y yo, naturalmente, sostuve lo contrario. Se acaloró la discusión, las pullas mortificantes reemplazaron á los argumentos. En una palabra, convinimos en batirnos; y al día siguiente, que era ayer, nos encontramos en el terreno.

—¡Bueno! ¿Y qué ocurrió?—dijo Servian, que seguía con vivo interés el acalorado relato de su sobrino.

—Pues ocurrió que todo salió admirablemente—respondió Félix con expresión jubilosa;—al ponerme en guardia sentí el temblorcillo que usted ya conoce; pero duró apenas un segundo. Una vez cruzados los aceros, no pensé más que en el asunto, que se presentaba dificultoso, pues Daligny tira, por lo menos, tanto como yo. Para terminar, simuló un quite y en el momento en que me disponía yo á pararlo en terciá, me asestó una estocada en el brazo, gritando: «¡Do de pecho!»—«Sol sobreagudo», dije en el acto, replicando con otra estocada en segunda, que le alcanzó en un costado. Heridos ya los dos, nos separaron, nos abrazamos y... ¡nada más!

—¿Y su herida?—dijo Estela, sonriendo á pesar suyo.

—No es más que un arañazo. Ahora ya sé á

qué atenerme acerca de la solidez de mis nervios y ya veo que el peligro, que á lo lejos parece algo, de cerca es nada.

—Ahora que ya has recibido tu bautismo de sangre—dijo Servian con gravedad,—conviene que te contentes con esta prueba. No todas las estocadas resultan arañazos.

—Uno mi consejo al de su tío—exclamó la señora Caussade;—bueno es ser valiente, pero tampoco está demás la prudencia.

—¡Diantrel!—exclamó el coronel.—Se ha vuelto usted razonable, señora heroína; usted, que tanto despreciaba antes á los hombres prudentes. ¿Es quizás que la boda empieza á hacer efecto?

—¿La boda?—dijo Félix con estupefacción.

—¡Sí, mi teniente!—dijo el coronel riendo;—sepa usted que durante su ausencia y sin haber tenido la cortesía de solicitar su permiso, hemos concertado una boda, en la que usted será testigo, ¡pardiez! Vamos, en vez de abrir los ojos, como si le refiriera á usted la retirada de Moscou, bese usted la mano de su tía.

—¡Mi tía!—repitió el joven Cambier, volviéndose hacia Estela.

—Sí, amigo mío—dijo Servian, esforzándose

por atenuar el golpe que tan brusca é imprevista noticia asestaba al romántico adolescente;—la señora se digna ser tu tía. Tal título no puede menos de aumentar aún la respetuosa adhesión que le has dedicado y espero que siempre habrás de mostrarte digno de su benevolencia.

Al ver la consternación del joven y sus esfuerzos para no deshacerse en lágrimas, la señora Caussade sintió la afectuosa compasión que despierta siempre en el corazón de la mujer el dolor de un niño.

—Tendrá usted en mí una tía cariñosa; le reñiré lo menos posible—le dijo Estela con voz acariciadora.—Cuando haya usted incurrido en alguna falta que no se atreva á confesar á su tío, á mí debe usted darme cuenta de ella. Cuando salga usted de Saint-Cyr le regalaré una bonita dragona para el sable. Y después, cuando llegue usted á edad de contraer matrimonio, le buscaremos una mujercita amable, bonita y espiritual, á quien querrá usted mucho y que le hará tan feliz como merece.

Estas palabras, cuya jovialidad trataba Estela de hacer comunicativa, aumentaron la pena de Félix, en vez de consolarle. Imposibilitado para



—¡Señor Tonayrion!—exclamó.

contestar ni una sola palabra, con el corazón oprimido y los ojos arrasados en lágrimas que sólo el orgullo contenía, se alejó un tanto y fué á apoyarse en el balcón.

Servian le siguió sin parecer observar su dolor y, para darle tiempo de reponerse, le refirió las aventuras sucedidas aquella mañana y la completa derrota del señor Tonayrion. El relato surtió el saludable efecto que esperaba el narrador; á pesar de su pena, Félix fué gradualmente prestando mayor atención y en diversas ocasiones dejó escapar expresiones de menosprecio.

En el momento en que Servian terminaba su relato, el guapo Raul, seguido de un criado que llevaba su equipaje, cruzó la terraza por delante del balcón. Para salir de la casa no existía más que aquel camino, pues sin eso es lícito creer que no hubiera arrostrado voluntariamente el fuego de sus enemigos.

Al verle, la desesperación de Félix se convirtió en cólera, lo cual es ya un principio de consuelo.

—¡Señor Tonayrion!—exclamó el adolescente con voz resonante:—cuando sienta usted ganas de recibir una estocada, hágame el favor de ir á buscarme á Saint-Cyr.

En vez de volverse para contestar, el guapo Raul agachó la cabeza y apretó el paso.

—No se debe herir al caído—dijo Servian, poniendo la mano sobre la boca de su sobrino, que se disponía á reiterar su apóstrofe;—eso es lo que se llama la cox del asno.

—Para que la cita sea exacta—dijo Estela riendo,—sería preciso que el señor Tonayrion fuera un león auténtico, en vez de ser, como lo es, el asno disfrazado con la piel del león.



FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

Director, Rafael Calleja Gutiérrez.

Las obras literarias han estado en España, durante años, vinculadas en la novela publicada por entregas, que el suscriptor ha pagado semanas y más semanas, luchando con empresas y repartidores no siempre exactos en el cumplimiento de sus compromisos y que con frecuencia han dejado las obras incompletas, cuando no faltó paciencia al suscriptor para la difícil conservación de aquellas hojas sueltas.

Esas obras, en general poco recomendables, según la opinión de críticos y toda clase de hombres de letras, pasaron de moda y comenzó la publicación de novelas en tomos completos, pero sin el orden necesario; y así, en las modernas colecciones literarias encuéntrase, al lado de obras místicas, obras obscuras; obras anodinas mezcladas con joyas de nuestra antigua literatura.

Prescindiendo del precio y de la forma, esas heterogéneas publicaciones nunca podrán ser más que leves muestras, buenas ó malas, del movimiento literario moderno en Europa, con las cuales no es posible formar una biblioteca selecta de novelas.

Esa es la necesidad que viene á satisfacer la **Biblioteca Calleja**; toda persona, por humilde que sea su posición, puede hoy formar su biblioteca de novelas notables, de los más grandes ingenios universales.

Desde luego eliminaremos de nuestra Biblioteca las obras que han logrado popularidad predicando el escándalo.

Nuestros lectores pueden indicarnos las obras que les agrade ver publicadas en la **Biblioteca Calleja** para complacerlos, siempre que sea posible.

No tendrá la **Biblioteca Calleja** predilección por una escuela ni por una especial tendencia literaria, como no la tendrá tampoco por autores determinados; dará sus obras procurando satisfacer a todos, desde el que gusta de las emociones fuertes del melodrama, hasta el enamorado del idilio romántico; porque en el romanticismo, como en el materialismo no grosero, hay obras bellísimas.

CONDICIONES MATERIALES

DE LA

BIBLIOTECA CALLEJA

Esta Biblioteca publica próximamente una novela cada semana.

Los tomos son de gran lujo, en 8.º mayor (178 × 114 milímetros), de unas 300 páginas, con láminas finas, impresos con la mayor delicadeza sobre papel superior, satinado para su mayor belleza y menor volumen y encuadernados en pasta elegante y sólida, cuyos lomos van reforzados con tela invisible y cromos primorosos.

PRECIO DE CADA TOMO 80 céntimos.

Los pedidos que importen menos de cinco pesetas, tienen cincuenta céntimos de aumento.

Los pedidos deben venir acompañados de su importe. Las cartas que necesiten respuesta deben traer 15 céntimos en sellos.

Para el pago se prefieren letras ó libranzas; se aceptan valores efectivos; pero en billetes, monedas ó sellos, aunque se certifiquen, no hay medio de comprobar errores ó desapariciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CALLEJA

Obras de la misma y meses á que corresponde su publicación:

Enero de 1906.

- 1.—**Jaccoliot.**—El crimen del molino de Usor.

Febrero de 1906.

- 2.—**Bouvier.**—Colette ó la Cayenita.
- 3.—**Noir.**—La Reina de los gitanos.
- 4.—**Salgari.**—Los pescadores de ballenas.
- 4 bis.—**Salgari.**—Invierno en el Polo Norte.

Marzo de 1906.

- 5.—**Feval.**—El juramento de Lagardere.
- 6.—**Feval.**—Aurora de Nevers.
- 7.—**Feuillet.**—La novela de un joven pobre.
- 8.—**Toudouze.**—Las pesadillas.

Abril de 1906.

- 9.—**Salgari.**—La soberana del campo de oro.
- 10.—**Salgari.**—El Rey de los cangrejos.
- 11.—**Belot.**—El parricida.
- 12.—**Belot.**—Lubin y Dacolard.
- 13.—**Merouvel.**—El bazar de San Germán.

Mayo de 1906.

- 14.—Canivet.—Hijo del mar.
- 15.—Salgari.—Los naufragos del «Liguria».
- 16.—Salgari.—Devastaciones de los piratas.
- 17.—Silvestre.—Rosa de Mayo.

Junio de 1906.

- 18.—Pont-Jest.—De princesa á modelo.
- 19.—Vast Ricouard.—Conflicto entre dos amores.
- 20.—Salgari.—Sandokan.
- 21.—Salgari.—La mujer del pirata.

Julio de 1906.

- 22.—Enne et Delisle.—Aventureros del crimen.
- 23.—Bernard.—La piel del león.
- 24.—About.—El hombre de la oreja rota.
- 25.—Champol.—La hermana Alejandrina.

Obras que seguirán.

- 26.—Tony Revillon.—El proscrito.
- 27.—Pothey.—Malambó.
- 28.—Busnach.—Yerros policíacos.
- 29.—Vialon.—El hombre del perro mudo.
- 30.—Ponson du Terrail.—Diana de Lancy.
- 31.—Walter Scott.—Quintín Durward.
- 32.—Champol.—Las que vuelven.
- 33.—Champol.—Las Anunciadoras.
- 34.—Pigault-Lebrun.—Un tío á pedir de boca.
- 35.—Pigault-Lebrun.—El simpático Cascarrabias.

- 36.—Mie d'Aghonne.—El molinero de la pradera.
- 37.—Salgari.—Los dos rivales.
- 38.—Salgari.—Los estranguladores.
- 39.—Daudet.—Tartarin de Tarascón.
- 40.—Cherbuliez.—Miss Rovel.
- 41.—Malot.—Sin familia.
- 42.—Gautier.—La novela de una momia.
- 43.—Feuillet.—El diario de una dama.
- 44.—Barbey d'Aurevilly.—El caballero Destouches.
- 45.—Balzac.—El cura de aldea.
- 46.—Salgari.—Los tigres de la Malasia.
- 47.—Salgari.—El rey del mar.
- 48.—Opale.—La princesa Helga.
- 49.—Collins.—La muerta viva.
- 50.—Sand.—El hombre de hielo.
- 51.—Salgari.—El capitán Tormenta.
- 52.—Salgari.—El león de Damasco.
- 53.—Conscience.—El país del oro.

En las obras no publicadas al imprimir esta lista
puede haber variación en el orden de los tomos.

